

Sala a
Kantor 36
Toko 3012
No 5165

304
RUB
fel

RUBIO GALI

LA

Federico

FELICIDAD

PRIMEROS ENSAYOS

DE

PATOLOGIA Y DE TERAPEUTICA

SOCIAL

POR EL

DOCTOR RUDERICO



MADRID

IMPRENTA DE ENRIQUE TEODORO

Ronda de Valencia, 8, y Amparo, 102

— TELÉFONO 552 —

1894

LA FELICIDAD

B-963

LA FELICIDAD

PRIMEROS ENSAYOS

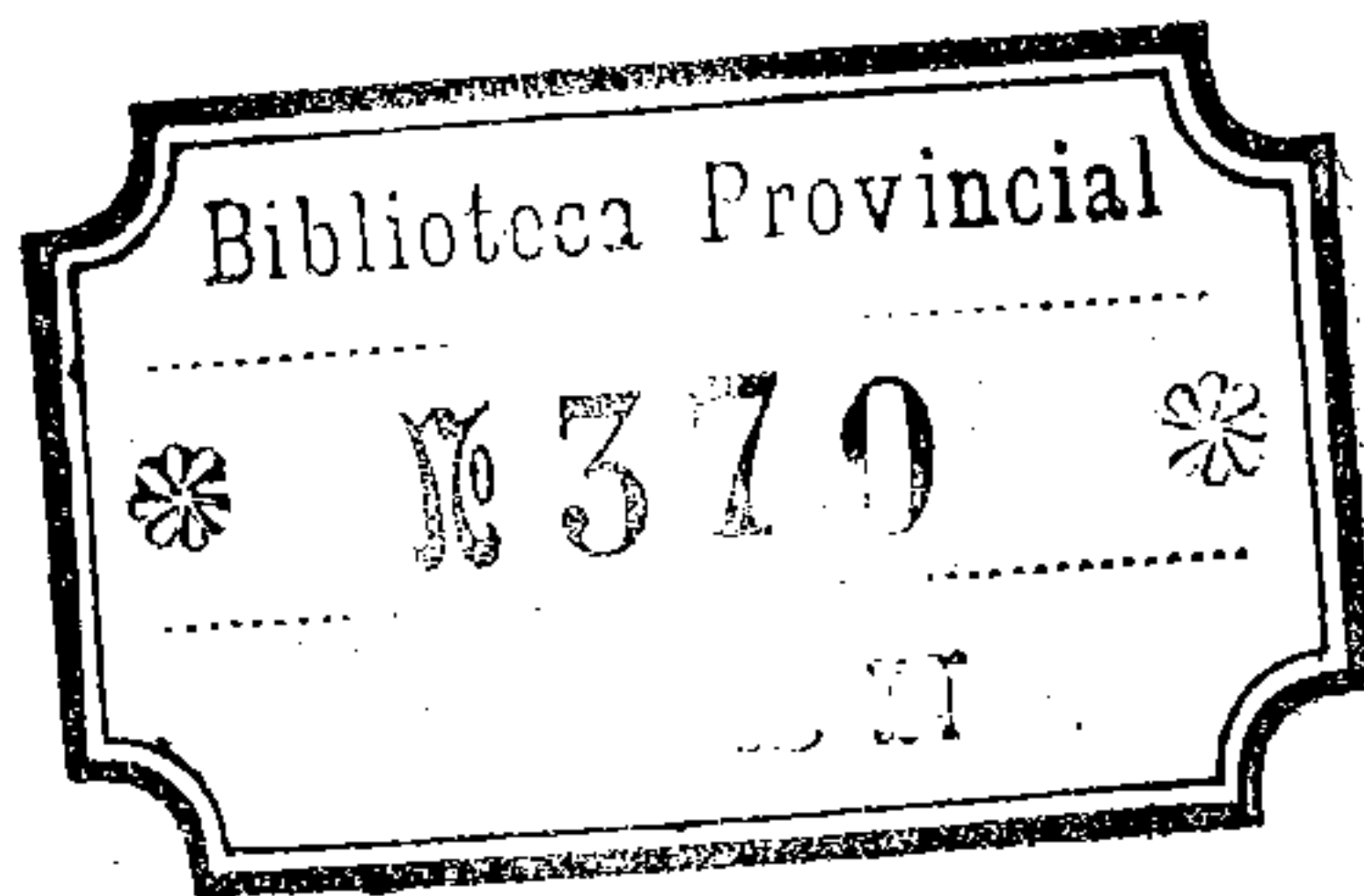
DE

PATOLOGÍA Y DE TERAPÉUTICA

SOCIAL

POR EL

DOCTOR RUDERICO



MADRID

IMPRESA DE ENRIQUE TEODORO

Ronda de Valencia, 8, y Amparo, 102.

TELÉFONO 552

1894

ÍNDICE

	<i>Páginas.</i>
Dedicatoria.....	13

I

La felicidad.

Qué es la felicidad. — Definiciones de la felicidad. — Cuerpo. — Materia — Substancia. — Fenómeno. — Cambio. — Movimiento. — Fuerza. — Sensibilidad.	15
--	----

II

De la sensibilidad en la Naturaleza.

Clasificaciones. — Evolución. — Definiciones de la sensibilidad. — Sensibilidad inconsciente. — Consciente. — Actividad. — Excitabilidad. — Protoplasma. — Función del ázoe en la materia protoplasmática. — Vida. — Movimiento transformado. — Cambios de la materia.	25
--	----

III

De la sensibilidad en la especie humana.

Variabilidad de la sensibilidad. — Relaciones de la sensibilidad con la felicidad. — Dirección en tres corrientes. — Movimientos armónicos é inarmónicos. — El placer de la vida. De las funciones — Mala inteligencia de las fuerzas físi-	
---	--

cas y vitales. — Tendencia á convertir los fenómenos en entes. — La sensibilidad es el teatro de la felicidad y de la infelicidad. — Relación entre la sensibilidad, el bienestar y el malestar. — El instinto no es más que el apetito. — Rudimento de la libertad y la voluntad. 35

IV

De la sensibilidad y de la felicidad en sus relaciones con el estado de civilización.

La voluntad. — Movimiento autógeno. — Imprevisión y previsión. — Régimen alimenticio de los pueblos salvajes. — Índice de sensibilidad. — Antropofagia. 43

V

Del índice de la sensibilidad.

Se perfecciona con la civilización. — Qué debe entenderse por índice de la sensibilidad. — Capacidad. — Su crecimiento y decrecimiento. — Embotamiento — Perfeccionamiento. — Interferencias. — Suspensión. — Agotamiento. — Efectos del miedo. — Del terror. — De los anestésicos. — De la fascinación. — Exaltación. — Por irascibilidad — Mal carácter. 49

VI

De las emociones y sentimientos.

Definición de las emociones. — Señales de las emociones. — Alegres. — Tristes. — Transformación de los apetitos en emociones. — La emoción origen de los sentimientos y de las pasiones. — Sentimiento egoísta. — Sentimiento de amor á la prole. — Diversos grados del afecto. — Sentimiento de miedo. — El miedo origen del valor — Da origen al sentimiento de la belleza. — Tatuaje y adornos primitivos. El temor da origen al sentimiento religioso 57

VII

De las causas de la infelicidad.

Insatisfacción de las necesidades de la vida. — Enfermedades — Ignorancia supina. — Dolor físico. — Hambre y sed. — Conflictos del hambre. — El trabajo como remedio del hambre. — Necesidad del trabajo para resolver el problema del hambre — Recuerdo del régimen de vida en varios períodos de civilización. — Superiores recursos de la Sociedad actual	65
--	----

VIII

Terapéutica de la infelicidad.

Higiene. — Medicina — Terapéutica del hambre. — El conflicto se agrava. — Mayor civilización. — Mayor índice de sensibilidad. — Más goce y más pena. — Mayor necesidad de no sufrir. — Mayor necesidad de gozar. — Recursos violentos de los necesitados. — Remedios de la Iglesia. — Ampliación de las explicaciones sobre el índice de sensibilidad. — Aberración de los sentimientos por error de la idea que los informa — Fanatismos — Programa del siglo XVIII.	81
---	----

IX

De la fraternidad.

Egoísmo. — Régimen egoísta. — Competencia. — Temores. — Necesidad de sustituir el egoísmo por el altruismo — Régimen altruista. — Quiere para los demás lo que quieras para ti. — El egoísmo en los que gozan. — El egoísmo en los que padecen. — Constitución altruista. — Solución del problema y terapéutica del hambre	93
--	----

X

Del ideal presente.

Conquista de la fraternidad. — Sin ideal se estancan ó perecen los pueblos.	105
---	-----

XI

Primeras exigencias.

Proporcionar á los necesitados los medios para que gocen de su vida. — Mantener la libertad en el individuo, en su trabajo y en el producto de su trabajo. — Lo que queda del socialismo. — Lo que queda del comunismo. — Lo que queda del anarquismo. — La bolsa ó la vida. — Evolución ó revolución. — La fuerza de las pasiones. — Recursos que ofrecen la libertad y la igualdad para conseguir la fraternidad. — Asociaciones obreras. — Huelgas. — Capital social de los obreros. — Banco social de trabajadores. — Exagérase el antagonismo entre el capital y el trabajo. — Incontinencia de los trabajadores. — No se vence en las empresas sin tener la razón. — Imposiciones del régimen altruísta. — Efectos de la idea exagerada de la propiedad en los que no tienen propiedad. — El trabajo es una función. — El producto del trabajo es la propiedad más sagrada. — Delito oponerse al trabajo. — Conflictos entre el trabajo y el trabajo. — Necesidad, para evitarlos, de una organización internacional. — Insensatez de los que pretenden resolver las dificultades por medio de los explosivos. Diferencias entre lo proclamado por los socialistas, comunistas y anarquistas y lo que el estudio científico da por resultado. — La gratuidad de los alimentos es posible, y su posibilidad la ha demostrado la práctica; pero es perjudicial en sumo grado y debe rechazarse. — Trabajo de pena, trabajo de ocupación y trabajo grato. — El valor del trabajo crece y el del capital mengua. — Enseñanza gratuita. — Correspondencia gratuita. — Telégrafo y teléfonos gratuitos. Locomoción gratuita. — Abolición del trabajo de las mujeres y niños. — Jornada de ocho horas. — Valor del sufragio universal. — Tiene una fuerza incontrastable, aun siendo falseado. — Las minorías que cuentan con la razón vencen á las mayorías. — Es absurdo pretender la propiedad del tiempo y del espacio. — Necesidad de reformar las leyes de testamentación. — Derecho del impedido para

el trabajo á ser sostenido en el goce de su vida por la Sociedad. — Modo y forma de verificarlo. — Abuso de la competencia de la pobreza. — Remedio. — Sindicatos y Jurados. — Precio mínimo del trabajo.	107
---	-----

XII

Consideraciones acerca de lo expuesto.

No importa, en todo caso, que haya algunos millonarios menos si resultan muchos bienhallados más.	135
---	-----

XIII

No sólo de pan vive el hombre.

Verdad de esta proposición. — También es verdad que sin comer y sin vestido no se vive bien. — El suicidio como termómetro de la infelicidad. — Cuatro causas de suicidios. Las desdichas del amor dan el mayor contingente de suicidas. — Suicidios por causas psicofisiológicas. — Suicidios por temor á la deshonra. — La felicidad que se presta al estudio se refiere á la que se circunscribe entre el nacimiento y la muerte. — Esto no impide que otros se dediquen á pensar en la felicidad de ultratumba. — La esfera de la Ciencia no es la esfera de la fe	139
--	-----

XIV

Necesidad del placer resultante del ejercicio perfecto de las funciones de la vida.

Precisa vivir alegre, plácido, contento y satisfecho. — Alegría del placer de vivir, manifestada en los niños y en los pájaros. — Contento en la juventud. — Ansias en la pubertad. — Felicidad conyugal. — Decrecimiento. — Avívase la alegría alguna vez en la senectud	145
---	-----

XV

Del amor en sus relaciones con la felicidad
é infelicidad.

El amor parte del apetito genésico. — Misterios de la generación. — Estudio de la multiplicación en el protoplasma. — La multiplicación de lo vivo tiene su punto de partida en la supernutrición. — Variabilidad y abundancia en los modos de reproducirse desde los tipos orgánicos sencillos. — Propósito decidido mostrado en la Naturaleza de conservar las especies. — El apetito genésico asciende á emoción, luego á sentimiento persistente y después á pasión. — El amor influye más que el hambre en la dicha ó la desdicha. La emoción del pudor. — El sentimiento del pudor como origen del amor puro. — Unipersonalidad del amor verdadero. — Fundamento de la monogamia y del matrimonio. — Conveniencia del examen del estado afectivo en que se encuentra cada uno. — El apetito y la emoción genésica pueden resistirse. — La pasión amorosa es irresistible. — La dominación del apetito genésico es la mejor disciplina para la virtud. — La falta de perfecto conocimiento de la evolución del apetito genésico da lugar á la confusión y contradicciones de los poetas y de los escritores. — Causas de las infelicidades del amor. — Celos. — Inconstancia. — Causas de la inconstancia del amor. — Contradicciones de carácter. — Abusos sexuales. — Quebrantamiento del pudor — Desaseo. — Perfumes. — Desorden.. . . . 149

XVI

Del honor considerado como causa de felicidad
ó infelicidad.

El honor es un sentimiento y no una idea. — El amor á sí mismo es el amor propio. — El miedo despierta el sentimiento del amor propio. — Del amor propio se engendra la vanidad. — La vanidad y el honor. — El valor de la cobardía. — Subsistencia del valor de la cobardía en las clases mal educadas. — El valor, el honor y la belleza tienen

Páginas.

el mismo origen. — Anarquía sobre las ideas y el concepto de honor. — Diversos modos de entender el honor entre los pueblos incivilizados, y también en los civilizados. — El único régimen que existe sobre el honor es el de la milicia. — Insignia del escudo. — Su significación. — Existencia real del sentimiento del honor. 179

XVII

T e r a p é u t i c a
de las infelicidades producidas por las falsas ideas
del sentimiento del honor.

Sustituir las imposiciones de la Ética vulgar por reglas de justicia. — Ética vulgar y Ética científica. — Subsistencia del imperio de antiguas ideas sobre el honor y deshonor. — Necesidad perentoria del imperio de la fraternidad. — Contradicción entre la Ética dogmática y las costumbres actuales. — Evolución altruísta de los principios éticos — Honorificación del trabajo 193

XVIII

De los vicios como causa de infelicidad.

Los vicios son el resultado del abuso de los apetitos. — Constituyen estados patológicos. — Unos proceden de causas físicas. — Otros de causas psíquicas — La pereza. 207

XIX

Educación para la felicidad.

Asociación de la Ética, de la Higiene y Pedagogía en la educación para la felicidad — Para ser feliz se necesita algo más que no ser desgraciado. — Infelicidad de los felices. Tedio de la vida. — *Spleen*. — Aburrimiento, fastidio. — Explicación de estos estados por el índice de la sensibilidad. — Transtornos y desórdenes que sobrevienen por el agotamiento del índice de la sensibilidad. — Manías y de-

Páginas.

mencias. — Deplorable estado de la educación á este res- pecto.—Necesidad de los juegos y ejercicios corporales.— Conveniencia de desarrollar en los jóvenes aficiones hones- tas. — Placeres honestos. — Combinación de los mismos con el trabajo..	211
--	-----

XX

Revista de las ideas expuestas.	225
Glosario de las palabras técnicas.	275

Á RAMÓN RODRÍGUEZ CORREA

¿Es éste el parto que una noche alegre de cena me anunciaste?

Si lo es, acéptalo.

Si no lo es, acéptalo. Á tu memoria lo dedico.

FEBIO.

I

LA FELICIDAD

No hay duda; todos nuestros males, así de lo que se llama cuerpo, como de lo que se denomina espíritu, directa ó indirectamente, proceden de la ignorancia.

Saber en qué consiste la felicidad, es lo primero que se necesita para procurársela.

¿Qué es, pues, la felicidad?

Al hacerse esta pregunta, cada uno dirá para sí:

— Sé lo que es, pero no acierto bien á expresarlo.

Ahorrémonos el trabajo recurriendo á las autoridades:

«**Felicidad** (Del lat. *felicitas*): f. Estado del ánimo que se complace en la posesión de un bien

cualquiera. || Satisfacción, gusto, contento.» (*Diccionario de la Lengua Castellana*, por la Real Academia Española, XII edición.)

«**Felicidad:** s. f. La dicha ó prosperidad de que alguno goza.» (*Diccionario Universal de la Lengua Castellana*, 1876.)

«**Felicidad:** El acuerdo inalterable de la sensibilidad y la razón.» (*Diccionario de Ciencias Filosóficas*, t. I, pág. 327, l. 47, París, 1844.)

«**Felicidad:** El premio de la virtud.» (San Agustín, *Ciudad de Dios*, pág. 112, cap. II, l. 12. Madrid, 1614.)

La mayoría de los filósofos y escritores entienden por felicidad, unos el *sumo bien*, otros el placer constante.

Claro está que unos pecan por poner la felicidad demasiado en alto, y otros demasiado en bajo.

Hecha la advertencia para no hacernos responsables de la confusión de ideas, seguiremos:

«**Felicidad:** La resultante de la justicia y la virtud.» (Platón, *Obras completas*, puestas en castellano por D. Patricio de Azcárate.)

Aunque no define exprofeso la felicidad, todos los libros de su *República*, desde el prime-

ro al décimo, están calcados en esta idea, expuesta categóricamente.

• **Felicidad:** Proporción adecuada entre las facultades y sus fines.» (L. Vives, *De anima*, lib. III.)

«**Felicidad:** El sabio uso de las pasiones.» (*Obras filosóficas de Descartes*, t. I, pág. 343, Madrid, B. Perojo.)

Y basta. Sería cosa de no acabar. Los filósofos modernos tienen un concepto más aproximado de la felicidad.

La refieren á la sensibilidad y á la satisfacción de los deseos.

Hay muchos, antiguos y modernos, que niegan la felicidad. Desde luego, todos los que la establecen en el *sumo bien*; los que no miran á la tierra y esperan del cielo que les ahorre el trabajo de discurrir.

Resulta, pues, que el concepto de la felicidad no es uniforme. Sin embargo, en todos resalta un punto de coincidencia, á saber: que se caracteriza por un sentirse bien, por cierto goce grato, no perturbado por dolor, disgusto, pena ni inquietud.

Esto quiere decir que todos convienen en que la felicidad terrena, que es la de que aho-

ra se trata, cualquiera que sea el concepto intelectual ó subjetivo que de ella se forme, se caracteriza por *el goce normal perfecto de la vida*.

Por el pronto, contentémonos con esta afirmación empírica. Resulta verdadera ante el sentido común. Claro está que podrá no satisfacer como definición; pero basta para tomarla como hito ó punto de partida para el examen del asunto.

El goce normal perfecto de la vida es una materia, ante todo, *psicofisiológica*; después pertenecerá á la esfera que á cada cual le parezca, ya á la ética, ya á la religiosa; pero no podrán negar que este su primero y principal aspecto se refiere á un estado de sensación, por el cual experimenta uno bienestar ó mal-estar.

Interinamente, al menos, es indispensable examinar el asunto bajo el punto de vista de la *sensibilidad*; facultad por la cual percibimos los estados del mundo interior, del *microcosmo* ó de nosotros mismos, y del mundo exterior, del *macrocosmo* ó gran Naturaleza.

Aunque el microcosmo ó mundo interior que

llevamos en nosotros mismos, por más pequeño, parécenos más limitado y fácil de estudiar, no es así. El mundo exterior, aunque más extenso, por lo mismo ofrece los objetos de más bulto, más diferenciados, más fáciles de distinguir y de observar. Toda la Geografía, toda la Cosmografía, no ofrece tanto contenido como la mera anatomía humana. Esto nos obliga á anteponer el estudio de la sensibilidad en la *N a t u r a - l e z a* al estudio de la sensibilidad en el sér humano.

La sensibilidad no es un cuerpo, no es una materia, no es una substancia; es meramente un *f e n ó m e n o*.

Conviene, ante todo, ponernos de acuerdo en la significación de las palabras. No es preciso que se reconozcan, ni se declaren, ni se acepten; basta que el lector sepa el alcance, sentido y concepto que tienen para el que las escribe, á fin de poderlas entender.

Entendemos, cuando decimos *c u e r p o*, toda cosa objetiva, que hiere los sentidos, que está mejor ó peor limitado, pero siempre limitado por líneas que no traspasa, y que declara su gravedad por la balanza.

Entendemos por *m a t e r i a* toda cosa inobjetiva directamente para unos sentidos, pero objetiva directa ó indirectamente para otros, y que declara su gravedad ó peso por la balanza, y su existencia por las reacciones químicas.

Entendemos por *s u b s t a n c i a* lo que no tiene existencia visible para los sentidos, que no se sujeta á la balanza ni á los reactivos al presente, pero que se declara á los sentidos internos de la razón, como un postulado necesario, cual á saber: el *Éter* tal como se admite por todos los naturalistas y fisiólogos; el *Monohylógeno*, ó primer elemento de que se compone el mundo *s i d e r a l*, según nosotros entendemos.

Al expresar, pues, que la sensibilidad no es un cuerpo, no es una materia, no es una substancia, sino meramente un fenómeno, habrá de preguntar cualquiera: — ¿Y qué entiende usted por un fenómeno?

Pues por un fenómeno entendemos *un movimiento* de cualquiera de los estados de la *substancia*, ya difuso (materia), ya concreto (cuerpo).

Entendemos, pues, que todo fenómeno es

un movimiento de substancia más ó menos concreta. Nos separamos absolutamente de la creencia actual de que exista un movimiento por sí, una fuerza por sí.

La fuerza es una resultante del movimiento interrumpido, y no otra cosa; y el movimiento, un mero cambio de la materia del estado concreto al discreto ó más difuso, y viceversa. Por esto el agua, pasando al estado gaseoso, mueve trenes y rompe el mar; por eso la dinamita quebranta las peñas y arruina los edificios.

Ya advertimos las dificultades que ofrecerá la opinión general para aceptar esta teoría. Hoy se cree universalmente que la fuerza es la que engendra el movimiento, y no el movimiento la fuerza. En nuestro juicio, es un error transcendental. Ha dado origen á él una observación imperfecta, como la de los antiguos que, viendo al sol levantarse por Oriente y ocultarse por Occidente, supusieron que era el sol el que se movía, recorriendo nuestro espacio.

Sensible y objetiva y empíricamente, tanto vemos una fuerza engendrar un movimiento, como vemos un movimiento engendrar una fuerza; pero, si se considera bien, el primer acto inicial de estos dos fenómenos, correla-

cionados y transmutables matemáticamente, es un cambio de estado de la materia.

Concebido el asunto de esta manera, ya no hay necesidad de dar un concepto *e n t e l é - t i c o*, vago, misterioso y distinto de la *m a - t e r i a* y la *f u e r z a*; concebido de la manera que aparece á nuestra mente, es un movimiento interrumpido, y el movimiento, es el cambio natural, preciso y necesario de los *e s - t a d o s* de los cuerpos.

— Pero bien, se dirá: de todos modos, para que los cuerpos ó la materia cambien, algo se necesita, alguna cosa es precisa para hacerla cambiar. — Nada más que ella misma. No podemos entrar ahora en explicaciones; sería inmetódico y nos separaría de nuestro objeto, que es examinar el concepto de la felicidad.

Quedamos en que la *s e n s i b i l i d a d* corresponde á la esfera de los fenómenos; en que los fenómenos son correspondientes y derivados de los cambios de la substancia en sus diversos estados, difuso ó materia, concretos ó cuerpos.

Si nos ponemos á observar la serie de fenómenos que podemos percibir, veremos que dicha serie modifica, en una escala muy diversa,

la sensibilidad propia, la ajena y la de otros seres sensibles no humanos.

Empieza la serie en cero y acaba en cero también; pero entre cero y cero, cantidades negativas, hay uno, dos, etc., hasta la x que antecede al cero final.

En efecto: es muy varia la potencia auditiva, olfativa, visual, etc., de las personas; es muy varia su sensibilidad *a f e c t i v a* también. Y no hay que decir respecto á los seres no humanos. Los hay que carecen de órganos visuales, otros de oído, etc., y los hay que, careciendo de todo sentido, tienen, sin embargo, alguna sensibilidad.

No hay nada indiferente é inconmovible á la presencia del *m e d i o e x t e r n o* ni que por él deje de modificarse en su *m e d i o p r o p i o i n t e r n o*. Pero la mayor parte de la Naturaleza carece de aptitud para apreciar estos cambios. Llegan innumerables seres á ejecutar funciones complicadísimas y perfectas, y, sin embargo, carecen de sensibilidad para apreciarlas, no obstante de tener sensibilidad suficiente para ejecutarlas.

II

DE LA SENSIBILIDAD

EN LA NATURALEZA

La necesidad de separar las cosas unas de otras para examinarlas y estudiarlas mejor, ha dado lugar á las *clasificaciones*; pero como en la Naturaleza no existen tales divisiones, sino un proceso evolutivo en que, de lo más simple, se va, por grados insensibles, á lo más complicado, de aquí la dificultad de atemperar nuestros métodos y nuestra manera de ver á la realidad positiva.

Por acuerdo tácito y expreso, se ha convenido en que la sensibilidad empieza y acaba en el punto en que, dado un sujeto, tiene la aptitud de percibir, sentir y darse cuenta de los objetos y de los fenómenos que ocurren en el exterior ó en el interior de sí mismo.

Tal concepto de la sensibilidad, por demasiado riguroso, no es completamente exacto.

Puede aplicarse bien al hombre y no en todos sus estados; pero excluye infinitas criaturas que, gozando de sensibilidad, no la alcanzan en grado tan perfecto.

De más á menos, difícilmente podrá fijarse dónde acaba. De todos modos, nadie puede hoy dejar de convenir en que existe una sensibilidad *inconsciente* y otra sensibilidad *consciente*; pero la conciencia ó inconsciencia no anula la existencia de la sensibilidad.

El hombre es esencialmente sensible, y, sin embargo, no siempre es consciente, ni aun en su estado más normal. Basta que esté distraído, para que no se dé cuenta ni conozca que trueca ó que ventea.

Tales estados de inconsciencia se multiplican y acentúan en los animales, hasta venir á la sensibilidad inconsciente pura, que se observa en los vegetales. La misma sensibilidad estaba atenuándose, pero no extinguiéndose por completo, á medida que descendemos por la escala vegetal; y si quedase alguna duda de su no extinción, vendrá á desvanecerla la Naturaleza, mostrándonos que las algas, en sus espo-

ros, ofrecen unos fenómenos de sensibilidad tal, que suscitan la sospecha de si corresponden á la serie animal.

Desde el momento que no puede negarse la sensibilidad inconsciente, hay que admitir que no existe cosa alguna esencialmente inerte, y que todo en la Naturaleza, así viva como muerta, presenta fenómenos de actividad.

En este caso, podrá constituirse una serie de tres términos: *Actividad, excitabilidad* (proto-sensibilidad ó sensibilidad inconsciente) y *sensibilidad consciente*.

El paso de la actividad á la excitabilidad ó sensibilidad inconsciente, ha procurado fijarse, química, física y fisiológicamente, en las combinaciones del nitrógeno ó ázoe en proporciones cuaternarias, constituyendo un agregado *protoplásmico*. En efecto, la idea de vida y de sensibilidad han estado siempre, y están aún, tan unidas y correlacionadas, que casi se hallan confundidas.

Pero, dejando este asunto á un lado, es curioso observar cómo el ázoe, cuyo nombre griego significa no vida, gas ó aire que mata, que se opone á la vida, parece resultar el factor esencial de la vida misma.

En nuestro concepto, en el ázoe, lo que vemos, es la propiedad de hacer *i n e s t a b l e s* las combinaciones de que forma parte, provocando *c a m b i o s* frecuentes y sucesivos, y, de este modo, fuerzas circulantes dentro de un microcosmo.

Individualizada la materia en disposición favorable para sucesivos cambios de estado; desenvuelto el movimiento y la fuerza por el hecho mismo de los cambios, nos encontramos con un proceso de vida manifiesto. El cambio externo de unos cuerpos con otros es condición tan clara y precisa, que no cuesta trabajo ninguno comprenderlo; está á la vista del más rudo observador; lo que costaría trabajo concebir sería que dichos cambios no se verificaran.

Dado el cambio externo actuando sobre una masa chica ó grande dotada de las condiciones de cambiar interiormente, tenemos completo el proceso de la actividad y de la vida, donde ya ostensiblemente se presenta y podemos observar el primer grado ó esbozo de la sensibilidad, su primera manifestación, que es la *excitabilidad*.

La excitabilidad es otro fenómeno, y, por tanto, otro acto de movimiento, pero secunda-

rio. El movimiento primitivo es siempre efecto de un cambio de substancia; pero este movimiento es transformable en otros movimientos secundarios, y dichas transformaciones no necesitan ya del cambio primordial inmediato de la materia para efectuarse; antes al contrario, los movimientos secundarios son los que ahora, y á su vez, modifican la materia, la vibran y la mueven, convirtiéndose así de efecto en causa.

Tenemos, pues, un movimiento que se duplica, que nace como efecto y que luego se revierte en causa ; que nace de dentro y va hacia fuera, y que luego puede volver de fuera á dentro. Establécese así un círculo, que es la forma necesaria de toda función de vida.

La excitabilidad es aquella parte de movimiento que viene desde los puntos de contacto del mundo externo con el mundo interno, del macrocosmo con el microcosmo. Realmente es una función refleja. Su existencia se patentiza bien en los seres protoplasmáticos, en los de constitución más simple y en los vegetales como en los animales. La luz, el calor, el agua, la presencia de los cuerpos todos, constituyen factores de mutua acción y de excitabilidad en los organismos y protoorganismos.

La excitabilidad se ve con los ojos, se ve con la razón y hasta puede medirse por procedimientos especiales.

Es, por tanto, un fenómeno real, cierto, evidente. Se puede provocar y determinar en los infusorios, en las plantas y en los individuos que carecen de sistema nervioso.

Llega por grados sucesivos hasta confundirse con la sensibilidad, cual acontece en la sensitiva y los vegetales sarcófagos que tienen glándulas pépticas y se alimentan de insectos y digieren carnes.

Por grados imperceptibles se pasa de la actividad á la excitabilidad, y de la excitabilidad á la sensibilidad consciente de menos á más perfecta, hasta la que ofrece el sér humano.

Toda materia es activa, cambia más ó menos ostensiblemente. Por lo común, esos cambios no afectan los sentidos corporales de un observador directamente, pero sí indirectamente, auxiliados por los sentidos intelectuales. La montaña más rocosa y dura, cuando la vemos, nos parece absolutamente inmóvil, en absoluto reposo; pero si contemplamos su base ó simas, allí veremos sus detritus, sus cantos rodados, sus materiales disgregados que revelan paten-

temente el mudar de sus cambios de estado. Hay momentos, en que dichos cambios se efectúan en tan breve espacio de tiempo y de manera tan brusca y tumultuosa, que la actividad y movimiento y fuerzas producidas causan espanto. Experimentalmente, pueden determinarse cambios lentos y cambios repentinos y visibles, hasta tomar el aspecto de actividad tumultuosa. Basta poner en presencia de la cal una poca de agua, someter el agua á la acción del calórico, ó ejecutar cualquiera reacción química.

Supuesto el tránsito de la actividad propia de toda materia á la excitabilidad manifestada en el protoplasma individualizado, se puede correr con la observación los matices diversos de la sensibilidad inconsciente, protoconsciente y consciente.

En efecto; una sensibilidad absolutamente inconsciente no es más que la mera excitabilidad. El amibo pseudo-podo encoge y oculta sus tentáculos al contacto de un cuerpo extraño que no es prensible ni asimilable para él. Seguramente es un acto de mera excitabilidad con su doble movimiento: el primero, que procede del protoplasma del protozoario

prolongado en forma de tentáculos prensores, movimiento que va de dentro á fuera; el segundo, que procede del choque de las prolongaciones tentaculares con el cuerpo rudo y no asimilable, movimiento reflejo y que viene de fuera á dentro. Todos estos fenómenos de excitabilidad y de pseudo-sensibilidad pasan sin que el amoebo se dé cuenta de ello. Lo mismo puede atrapar con sus tentáculos otro amoebo más pequeño, apresarlo y comérselo, metiéndolo dentro de su masa, que ser apresado y comido él por otro sér. Una y otra cosa le son indiferentes. Lo mismo le da ser víctima que verdugo.

La excitabilidad, repitiéndose en la serie evolutiva, se perfecciona. Fenómeno de movimiento y, por consiguiente, de fuerza, va modificando la materia orgánica, haciéndola más apta para dichos fenómenos. Se particulariza el cambio á determinadas partes del sér. Las vibraciones, tanto excéntricas como concéntricas, se hacen menos difusas, y, por tanto, aprovechan mejor el resultado útil. Al igual que los cambios van determinando la circulación y perfeccionándola en canales, y así como la lluvia traza los arroyos y los ríos y labra sus cauces, así los líquidos fraguan sus vasos, y las vibra-

ciones de la excitabilidad sus caminos apropiados.

Estos caminos llegan en la serie evolutiva á constituir el sistema nervioso. Comienza, como todo, en una casi imperceptible diferenciación, que va, grado á grado, tomando estructura propia y diversa de los demás tejidos.

Á medida que el proceso avanza, va la excitabilidad pasando á ser sensibilidad; pero continúa por varias series de organismos en estado inconsciente, ó de protosensibilidad, hasta que, perfeccionado el sistema nervioso, se complican las interferencias, y las vibraciones reflejas preparan y desenvuelven un aparato receptor de las sensaciones, apto para apreciarlas.

Tales hechos de evolución progresiva pueden perseguirse con la observación en la serie de los seres orgánicos, y más fácilmente en cualquier individuo perfecto, en un mamífero, por ejemplo, observado y estudiado el proceso de su formación, desde el estado de huevo fecundado, hasta el momento en que, fuera del claustro materno y bastante después de relacionarse con el mundo exterior, adquiere su total perfeccionamiento.

De ese estudio resulta de una manera evidentísima que en el huevo existe la actividad; en el embrión, la actividad y la excitabilidad; en el *fetus*, la actividad, la excitabilidad y la protosensibilidad; en el recién nacido, la actividad, la excitabilidad, la protosensibilidad y la sensibilidad, primero obtusa y después perfeccionada y consciente.

III

DE LA SENSIBILIDAD

EN LA ESPECIE HUMANA

No es ciertamente igual, aunque sea una, la misma sensibilidad en toda la especie humana. Una es en rigor, pero extraordinariamente varia.

Sigue dentro del hombre el proceso evolutivo. Hemos visto, y cualquiera puede cerciorarse de ello, que en los recién nacidos la sensibilidad es muy obtusa. Varía con la edad; también es más torpe en los viejos que en los adultos. Varía con los temperamentos, varía con el sexo, varía con los hábitos, con la educación, los climas, las razas, el estado de civilización y otras muchas circunstancias.

Aunque lo dicho es palmario, no estará de más examinarlo. Ello nos llevará al concep-

to más aproximado de la felicidad; pero antes estudiemos las relaciones de la sensibilidad con la felicidad.

La sensibilidad se desenvuelve en tres cursos (brazos, corrientes ó funciones) cuando alcanza su plenitud, esto es, cuando llega á su completo estado de evolución.

Una corriente de dentro á fuera, que pone al sér en relación con el mundo exterior. Otra de fuera á dentro, que pone al mundo exterior en relación con el sér. Otra que actúa dentro del sér mismo y que relaciona sus partes con su todo. No hay que repetir que estas sensibilidades son primero inconscientes; pero al llegar la última, representada por el sistema ganglionar, al grado evolutivo de un ganglio superior que, no sólo puede interferir y reflejar el movimiento vibratorio de aporte y exporte, sino que también fijarlo y revelarlo después, á la manera que la luz en las placas fotográficas, aparece la sensación de la sensación, la sensación de los movimientos internos y externos. En los animales superiores y conscientes, cada una de estas funciones de sensibilidad diferenciadas tienen sus aparatos diferenciados: nervios, médula espinal y ganglios.

Los movimientos de sensibilidad son armónicos ó inarmónicos con la función del sér. Son armónicos por propia ley; pero el medio externo puede favorecer ó perturbar dicha armonía.

Si el movimiento, si las vibraciones son armónicos, el sér inconsciente continúa la función de vida en la plenitud de su grado evolutivo; si el sér ha llegado al estado consciente, se siente bien; experimenta el placer de la vida, su relativa felicidad.

No es ésta una afirmación caprichosa ó una mera ocurrencia: puede observarse por los signos exteriores que denotan el bienestar y mal-estar, la enfermedad y la salud.

El menos observador distingue cuándo un animal sufre y cuándo goza; y lo mismo lo percibe y aprecia en las moscas que le molestan, que en los pájaros de su jaula y en sus perros.

Podrá decirse que la felicidad aquí resulta de una *armonía*, de un puro *movimiento*, y que hay otras cosas que no son movimiento, que afectan dolorosamente la sensibilidad y causan pena. Por ejemplo: las sustancias tóxicas. A primera vista, parece exacto el reparo; pero es porque se incide en el pecado original de concebir las cosas al revés. Las sustancias tóxi-

cas lo son, porque *cambian* la materia, porque la *mueven* descomponiéndola, desconcertándola, haciéndola *variar* de condiciones, *llevándola* á un estado incompatible con la vida.

La vida es la función total de los microcosmos.

Las funciones, cual dijimos de los fenómenos y dijimos de la sensibilidad, no es un cuerpo, no es una materia, no es una substancia; son fenómenos de vida, y los fenómenos no tienen más existencia substancial sino la de la materia que cambió de estado y produjo un movimiento. Este movimiento, transformado ó no transformado en fuerza, es lo que constituye esencialmente todo el orden dilatadísimo del mundo fenomenal. Así, materia que cambia de estado, movimiento necesario resultante de este cambio, fuerza, actividad, sensibilidad, vida, son cosas reales, engendradas necesariamente las unas de las otras, positivas, y que, por su reunión, juego y *consensus*, constituyen el universo-mundo.

No hay nada tan testarudamente materialista como los espiritualistas. Empeñados en sus distinciones entre el espíritu y la materia,

consideran á ésta como innoble y despreciable; llaman á las fuerzas unas veces brutas, y otras misteriosas, providentes y divinas. Viene la fuerza del sol, pues fuerza bruta. Viene de un gusano, ¡ah!, ¡entonces, fuerza vital! ¡fuerza divina!

Y hacen de esta fuerza una entidad, un ente.

Hacen de la vida otra entidad, otro ente.

Hacen de la sensibilidad otra entidad, otro ente.

Hacen de la felicidad otra entidad, otro ente.

Hacen de la justicia otra entidad, otro ente.

Hacen de la moral otra entidad, otro ente.

Y así pueblan la Ciencia de fantasmas.

Por igual causa no pueden concebir que la fuerza, y menos la vida, sea una cosa de existencia fenomenal, y que no tenga substancialidad y cuerpo propio, como si lo fenomenal, por ser al parecer transitorio, y sólo al parecer, no fuese tan real y efectivo como el cuerpo que cambia. Y decimos al parecer, porque, real y verdaderamente, los fenómenos tienen la inconmensurable duración del tiempo, y unos á otros se suceden como los instantes que hacen segundos, minutos, horas y siglos.

Mientras no se acabe de comprender que la

materia modifica á la materia cambiando sus estados; que estos cambios engendran necesariamente movimientos y estos movimientos fuerzas; que estos movimientos y estas fuerzas, interfiriéndose y complicándose, actúan á la vez en la materia, no podremos formar idea de la Naturaleza, ni menos concebir la realidad del mundo fenomenal, de la vida ni del orden moral que la corresponde.

Todavía se dirá: — ¡Pero, señor! ¿Dónde empieza la materia y dónde la fuerza; qué es lo primero y qué es lo último? — Pues donde empieza y acaba un círculo. En todos y en ninguno de sus puntos. Esto, objetivamente; que subjetivamente, el problema no es tan insoluble como parece.

La sensibilidad es el teatro de la felicidad y de la infelicidad. Ni la actividad ni la excitabilidad llegan á producir en el sér pena ni goce.

Ya se inicia obscuramente el goce y la pena en cierto período adelantado de protosensibilidad, para ofrecerse claro y distinto en el grado evolutivo de sensibilidad consciente.

Llegando á este punto, puede advertirse que siguen términos proporcionales la sensibilidad, con el goce y la pena. Á mayor sensibilidad,

más percepción del *bienestar* y más percepción del *malestar*.

Muy luego, antes que exista el cerebro, apenas aparecen los órganos de algunos sentidos embrionarios, y un ganglio mayor fija y percibe las vibraciones recibidas, ya el sér manifiesta otro factor nuevo é importante á la observación: *busca* el bienestar y *huye* el malestar.

Tal fenómeno es patente, de observación general, admitido por todo el mundo y conocido con el nombre de *i n s t i n t o d e c o n s e r v a c i ó n*. Pero de este hecho evidente, mal interpretado, se ha hecho otra *entidad*, otro ente, una cosa así como un gnomo, duende ó cosa extraña, que vela dentro de cada insecto y de cada animalillo para preservarlo de la muerte. Á la verdad, el concepto no puede ser más tosco y primitivo. Es igual al que se forman los salvajes del ciclón que les arrebató la tienda, ó del rayo y el trueno.

El instinto no es entidad: es simplemente una manifestación de la sensibilidad que procura lo que le conmueve armónica y gratamente, y huye de lo que le excita inarmónica ó ingratamente.

Tiene la misma significación que los apetitos.

Lo que se llama instinto de conservación y los apetitos son una misma cosa en diferente grado, y tienen el mismo fundamento.

El factor agregado por el hecho de observación, *buscar el bienestar y huir el malestar* es de la mayor y más transcendental importancia. Tanto lo es, como que constituye la primera declaración que hace la Naturaleza de su tendencia á la libertad. Aquí la libertad no se ofrece sino como lo que es, como un fenómeno, como un movimiento ; pero como un movimiento que se *escoge*, cuya excitación *electris determinante* é inicial, la provoca el individuo. Tan modesto es el nacimiento del fenómeno libertad, que luego, desarrollándose, llega á ser la primera y más fuerte exigencia de la Humanidad, su *primera ley moral y constitucional*.

IV

DE LA SENSIBILIDAD

Y DE LA FELICIDAD EN SUS RELACIONES CON EL ESTADO DE CIVILIZACIÓN

Hemos encontrado como una de las manifestaciones de la sensibilidad el hecho de buscar el bienestar y huir el malestar.

Las manifestaciones de la sensibilidad son varias; pero ninguna tan importante y transcendental como ésta. No sólo da nacimiento al fenómeno libertad, sino que también entraña el germen de otro fenómeno de movimiento y sensibilidad y que constituye nada menos que la *voluntad*. La voluntad, que es un movimiento *autógeno*, ya no *automático*, y que determina el ser dentro de sí mismo, exteriorizándolo deliberadamente por los medios de acción ó de locomoción de que disponga.

Los animales montaraces, buscando las solanas en invierno y las umbrías en el verano; las aves, procurando guarida en los temporales; la abeja, huyendo del abejaruco, buscando las flores meleras, y casi todas las acciones de los individuos de la mayor parte de la escala zoológica, son actos de movimiento dirigidos al bienestar por una *p r o t o v o l u n t a d* que llega á los humanos en un estado incompleto é imperfecto, para desenvolverlo poco á poco, en el transcurso de los siglos, en libertad completa y voluntad perfecta.

Lógicamente se desprende que, á mayor desenvolvimiento de estas facultades, corresponde un *m a l m e n o r*. Ya los organismos pueden huir de lo que les perjudica y elegir lo que les conviene. Encuéntranse de tal manera más aptos para su defensa, para su conservación y la de la especie.

Los humanos reciben estas facultades poco más acentuadas que las ofrecen los animales superiores.

Aunque no hemos podido observar al hombre primitivo, conocemos los grados que alcanzan las razas actualmente incivilizadas, y podemos apreciar la escasez en algunas de

ellas y la limitación de sus progresos en lo respectivo á la libertad y la voluntad.

Casi la reducen á buscar el bienestar y huir el malestar, sin recurrir á otros medios que los de satisfacer inmediatamente el apetito.

Todavía las facultades intelectuales no están suficientemente desenvueltas para *p r e v e r*, para ver los sucesos antes de que ocurran, aprovecharlos si son convenientes, ó huirlos si inconvenientes.

Así, cogen el alimento que encuentran á la mano, comen los frutos y raíces espontáneos, persiguen y cazan los animales que están en los contornos, y, una vez agotados estos alimentos, siguen adelante; y si en la marcha no hay con que alimentarse, se comen sus mujeres y sus hijos, ya que no encuentren otra tribu á que poder vencer, despojar y satisfacer en ella la necesidad.

Por fortuna de estas gentes, su *índice de sensibilidad* es muy escaso, los aparatos de su sensibilidad animal están embotados, sufren por esto relativamente poco y gozan también poco.

Viene el hábito á modelar estos organismos: á su piel desnuda le sucede lo que á nosotros

con la cara: mengua su sensibilidad y soporta indiferentemente la temperatura.

El régimen de parricidio, infanticidio, homicidio, antropofagia y robo, no es propio de ningún animal más que del hombre. Sin embargo, el hombre no es esencialmente peor ó más malo que los demás mamíferos superiores. Se coloca en este estado por la fuerza del medio externo, por la necesidad de la vida de la especie. Quitad la antropofagia á un pueblo que camina sin encontrar con qué alimentarse, y el pueblo perecerá.

Los hombres más civilizados, en circunstancias parecidas, se hacen antropófagos.

Por los años 37 ó 38 de este siglo, naufragó, yendo para la Habana, un paquete ó correo procedente de Cádiz. Los náufragos, salvados en una balsa, se hicieron antropófagos.

Si, por ventura, la tribu habita en un lugar abundante y, sobre todo, exento de otras tribus enemigas, estos salvajes no son antropófagos, son humanos y hasta ofrecen virtudes que no suelen alcanzar en los pueblos civilizados el término medio de las gentes.

Así, pues, el hambre y la guerra son dos factores necesarios del salvajismo.

Desgraciadamente, esos mismos dos factores son los que informan la educación de la mayoría de los hombres incivilizados, y más de los que fuera de desear, de los pueblos civilizados también.

V

DEL INDICE DE LA SENSIBILIDAD

Hemos dicho que el índice de la sensibilidad es muy escaso en los hombres incivilizados.

Afortunadamente para ellos, es así; de otro modo no podrían soportar su régimen de vida.

La sensibilidad se perfecciona con la civilización, no sólo en el hombre, sino que también en los animales.

La observación se hace fácilmente y no da lugar á dudas. No sólo los animales domésticos, sino los montaraces y las fieras, aumentan el índice de su respectiva sensibilidad bajo el influjo de la civilización. Las fieras se domestican, se hacen más sensibles al calor y al frío, disminuyen su braveza, crece su inteligencia y hasta despiertan ciertos afectos.

La diferencia se ve patentemente comparando una vaca de ganadería con otra vaca doméstica, un perro de campo con otro de ciudad.

El índice de sensibilidad no es difícil de comprender. En último término, es la providencia bienhechora de los seres desgraciados, y es al mismo tiempo la condición fisiológica que más influye en hacer desgraciados á los felices.

Como este asunto del índice de sensibilidad tiene la mayor importancia para la dicha ó la desdicha de las criaturas, conviene examinarlo.

• Entiéndase por índice de la sensibilidad la cantidad ó capacidad que ofrezca un sér para sentir el bienestar ó el malestar, el placer y el dolor.

Dicha capacidad, partiendo de cero, sigue la serie 1, 2, 3, 4, etc., hasta un máximo que, según la agudeza de la sensibilidad, alcanza más ó alcanza menos; para luego empezar á decrecer hasta la cifra 1, que antecede al cero final.

Gráficamente podrá formarse idea ó imagen del índice de sensibilidad recordando los efectos de la caída de una gota de agua sobre la superficie de un estanque. Un punto que se di-

lata en un círculo pequeño y otro mayor, y otro y otro, hasta que se pierde la honda última y se extingue en cero.

Todo sér, desde que alcanza algún grado de protosensibilidad, tiene su índice. Pero el índice crece ó decrece en una misma criatura por multitud de circunstancias.

No obstante, es cosa fija que nadie puede sentir más allá de lo que alcanza la cifra de su sensibilidad.

Es también fijo que el malestar, la pena, los dolores, cuando llegan al punto culminante de su estado, empiezan á decrecer y acaban por extinguirse, ya porque desaparezcan realmente embotando la sensibilidad, ya porque la anulen con ó sin la muerte del organismo, que de todo esto suele ofrecer ejemplos la observación.

Cazando cierta vez, tuvimos que vadear el río Guadarrama. Quitando el calzado no pudimos dar un paso. Las piedrecillas agudas del fondo, clavándose en la planta de los pies, producían tal dolor, que era imposible proseguir. Pasar el río descalzo y andar sobre las espigas de los cardos y abrojos, es cosa habitual y fácil para los que no usan calzado; tienen la sensibilidad de la planta del pie embotada por

efecto del hábito, por el engrosamiento del epidermis, por la atrofia de las papilas nerviosas.

La sensibilidad se interfiere y anula por las sensaciones fuertes repentinas. Crece y se perfecciona por las sensaciones suaves y armónicas. De aquí resulta que, en un mismo individuo, el índice de sensibilidad puede crecer ó decrecer.

Los hechos que acaban de exponerse están consignados no recuerdo si en el *Edipo* ó si en *Otelo*:

—¿Puedo acaso ser ya más infeliz?

Pues miradme tranquilo.

Hipócrates había observado que, de dos dolores, el mayor obscurece al menor.

Pero hay más: el miedo intenso disminuye la sensibilidad. Los niños afectados por el miedo se orinan involuntariamente; se les relajan los esfínteres, cosa debida á la suspensión de la inervación, y con la suspensión de la inervación viene la casi anulación de la sensibilidad.

Los mismos toros bravos, llevados al matadero, al sentirse en el resbaladero oliendo á sangre, se atemorizan, orinan y defecan invo-

luntariamente y dan pocas señales de dolor al cuchillo.

La emoción del temor á la muerte suele determinar el síncope profundo, y en este estado puede ocurrir la muerte violenta sin ser percibida.

Otros estados emocionales anulan también la sensibilidad. La ira, el furor, la excitación misma del combate, disminuyen tanto el índice de sensibilidad, que, durante esos estados, se reciben las más grandes y graves heridas sin sentirlas.

Se observan hechos curiosos relacionados con este particular. Hay animales que anestesian á las víctimas antes de devorarlas. Unos por medio de anestésicos paralizantes, las arañas; otros recurriendo á la fascinación, los ofidios, por ejemplo.

Determinados estados patológicos disminuyen ó aumentan la sensibilidad, ya absoluta, ya relativamente; ya por un período transitorio, ya por toda la vida. Entran estos hechos en el conocimiento vulgar, y no hay para qué probarlos ni detenernos en ellos.

Pero hay estados opuestos que exaltan la sensibilidad, unos reconocidamente patológi-

cos, otros que no pasan por tales y que influyen decididamente en la infelicidad de las criaturas: irascibilidad, mal carácter, caprichos, etc.

Las cosas enumeradas y otras muchas variarían el índice de sensibilidad. No es pertinente pasarlas todas en revista.

Indicaremos, no obstante, algunos otros fenómenos que, procediendo de un grado más alto de evolución, no se podrían comprender sin los antecedentes que se dejan expuestos.

Hasta aquí hemos hablado de las sensaciones, de la sensibilidad, de las impresiones agradables ó desagradables que nos afectan del exterior, y de las impresiones agradables ó desagradables que se sienten en nuestro interior. Pero hemos dejado hasta ahora de hablar de las emociones, de los sentimientos, de esas cosas que no sentimos en las piernas, como el dolor de un hueso roto, ni en la lengua, ni en los brazos, y que las gentes y los poetas refieren al corazón, por referirlo á alguna parte, aunque sin fundamento.

En realidad de verdad, los sentimientos son cosas vagas, poco determinadas, intangibles.

Por fortuna, entre las emociones y los sentimientos existe un parentesco inmediato, y ob-

servando y estudiando las emociones, se puede formar alguna idea de los sentimientos.

Preciso es hacer este examen, porque sin ello no podría formarse juicio de la felicidad, de sus caracteres, y, como último extremo, de la manera de procurarla y obtenerla.

VI

DE LAS EMOCIONES Y SENTIMIENTOS

Las *emociones* son impresiones especiales que advertimos en la totalidad de nuestro sér.

Se diferencian de las sensaciones ordinarias en que éstas, gratas ó ingratas, se refieren á un punto. Ya son los ojos los que ven, ya los oídos los que oyen, y sabemos que en los ojos pasa la una cosa y en los oídos la otra. Ya es un dolor más ó menos extenso; pero sabemos que es la cabeza la que duele, ó el pecho, ó el estómago, ó el dedo gordo del pie. Pero en la emoción, de lo sentido, sólo sabemos de un modo cierto qué lo sentimos, que nos causa agrado y satisfacción, ó pena y tristeza.

Observando más, aunque de manera menos firme, parece advertirse que, si la emoción es grata, sin poderla referir á parte determinada, algo más se siente en los pulmones, en el corazón, en el pecho. Se respira ampliamente; y que pasa algo, es indudable. La fisonomía por sí misma, sin que la voluntad intervenga, toma cierto aspecto satisfecho.

Si la emoción es triste, el sufrimiento tampoco puede localizarse: está en todas partes y en ninguna; pero también, observado atentamente, aunque de un modo vago, parece notarse más disgusto ó pena hacia la boca del estómago. Ello es que el semblante se altera, tomando una expresión de angustia y tristeza particular.

A pesar de tanta vaguedad, el convencimiento de que dichos fenómenos son de sensibilidad, no puede ser mayor. Será una sensibilidad difusa; quizá afecte esa parte del sistema ganglionar que, destinada para conocer las impresiones, es insensible en sí misma. El cerebro, el órgano principal de la sensibilidad, es insensible en sí. Puede herírsele, cortársele, cauterizársele, y no da señales de dolor.

Ciertos fenómenos de sensibilidad ordinaria

se transforman en emociones pasionales. El hambre se convierte unas veces en furor, otras en apática languidez.

El apetito genésico se transforma en amor, y otras veces en ira, celos y odio.

Los sentimientos se revelan como emociones; son la última expresión de la sensibilidad; no aparecen sino en el último grado de su evolución, y los motivos que los transportan de emoción á pasión son del orden subjetivo, formados en muchos individuos de muchas generaciones atrás, constituyendo tendencias pasionales, arraigadas por hábitos seculares, y fundadas en creencias, opiniones y fanatismos.

El primer sentimiento que se divisa después del amor á sí mismo, es el amor á la prole.

Empieza siendo inconsciente; no merece, por tanto, el nombre de sentimiento. En el período inicial se reduce á un mero placer egoísta, aunque resulta concordante á la conveniencia de la especie.

En los animales que ponen sus huevos y no necesitan más cuidados para la incubación, no se presenta ningún signo del amor paternal. Si pasan por allí cuando los hijos han nacido, suelen comérselos, como si fueran del vecino.

Los animales que necesitan incubar los huevos para que prospere el embrión, los incuban por atractivo de cierto placer emotivo que experimentan, así como ciertas vibraciones suaves, últimas y desvanecidas conmociones del acto genésico.

Terminada la incubación, si la prole no necesita más cuidados, el estado emoto-afectivo desaparece, y la madre la abandona, si no la amenaza y persigue.

En los mamíferos se prolonga dicho estado lo que dura la lactancia.

Los perros, no obstante su alta inteligencia y gran afectividad; ellos, que lamen y acarician á la prole durante la lactancia, que la defienden, que ladran y acometen al desconocido que se acerca, concluída la lactancia muestran una soberana indiferencia por sus hijos.

En los hombres incivilizados sucede casi igual.

Por un cortaplumas pretendía cambiar un cacique su propia hija.

En los civilizados, más ó menos, se cumple también la ley. Puede amarse á los hijos con pasión desmedida; pero se siente más vivo el amor por los pequeños que por los mayores.

Cuando éstos se casan, los vínculos del amor paternal no se extinguen, pero se debilitan visiblemente.

Otros sentimientos, propiamente dichos, no se dibujan sino en animales muy superiores, y aun en el hombre incivilizado son pocos, mal sentidos y peor entendidos y expresados.

✓ El primero que salta á la vista en el salvaje es el sentimiento del miedo.

Rodeado por todas partes de peligros; viendo á cada paso escenas de destrucción y sangre, es propio que experimente esa emoción afectiva. No teniendo el ataque á la persona otro correctivo que el ataque al atacador, necesita ocultar el miedo y afectar las apariencias de la ferocidad. Esto es lo que los lleva á desfigurarse con tatuajes y pinturas extrañas, cuando no con carantoñas, rabos y otros adefesios que produzcan terror.

Así dan más valor que á nada al valor personal, que en estos casos es la ferocidad.

El más feroz resulta el más temido, y el más estimado. Como más temido se erige en jefe; como más estimado, se soporta su tiranía.

Asóciase la imperfecta idea del valor con la imperfecta idea de la belleza; y puesto que lo

más hermoso ha de ser precisamente lo más fiero, aparece, antes que el vestido, el adorno, y se ponen collares, y pendientes en los labios, en las orejas y narices, tatuados y desnudos.

De todas suertes, surge ya un esbozo de la idea de la belleza. Esbozo horrible, pero que llegará por sus pasos hasta el sentimiento espléndido, productor del arte, con sus maravillas.

El miedo, de igual manera, los lleva á la religión. Se afirma por algún viajero haber encontrado algún pueblo sin divinidades. Lo dudamos. No es fácil averiguar ciertas cosas. Religión y misterio son inseparables; tenemos por cierto que ese pueblo ó pueblos excepcionales hacían misterio de sus creencias y las ocultaban á los extranjeros.

Lo que afecta fuertemente el miedo del salvaje, supone para él un sér superior. El trueno, el rayo, la inundación, la erupción de un volcán, los animales dañinos, todos son, á su modo de entender, entes corporales que ellos personifican de un modo más ó menos bizarro.

Para defenderse de sus iras ó impetrar su protección, crean amuletos y fetiches, construyen imágenes toscas de sus concepciones ri-

dículas, á las que rinden un principio de culto, ya con ofrendas, ya con sacrificios de animales ó de humanos.

Así nace y se desenvuelve el sentimiento religioso por el sentimiento del temor, examinado tal como lo ofrece la Naturaleza y la Historia.

También pueden estudiarse en el estado salvaje los principios del sentimiento del honor.

En esas sociedades es mal visto y despreciado por cobarde el que, habiendo perdido un pariente á mano armada, no venga la muerte, matando al matador ó á otra persona de la familia ó tribu.

Este sentimiento de venganza es igualmente el que sustituye al sentimiento de la justicia. Han pasado muchos siglos, y todavía, aun en la culta Europa, andan mezclados, si no confundidos, dichos sentimientos.

De este análisis, que pudiéramos llevar y extender á todo el campo de los sentimientos afectivos, resulta que el miedo, afecto interno de naturaleza fenomenal y, por lo tanto, de movimiento, asociado á una idea equivocada ó errónea de las cosas, da lugar y origen á la mayor parte de lo que hoy constituye

el mundo moral. Da pena ver que esfera tan superior y tan importante tenga orígenes tan pobres. Pero ¡cómo ha de ser!

Si el hombre se dignifica, si se perfecciona, si de la animalidad y la barbarie se eleva poco á poco al estado que le permite ser *c r e a d o r* con el Arte, *d o m i n a d o r* de la Naturaleza con el Arte y la Ciencia, y dominador de sí mismo con el Arte, la Ciencia y la verdadera Moral, conforme á la bondad divina, entonces bien puede darse por contento con sus humildes principios.

VII

DE LAS CAUSAS DE LA INFELICIDAD

Decir que la ignorancia es la causa principal de la desdicha, es una verdad, pero es una vulgaridad.

No obstante, si el aserto se redujera á una simple declamación, como generalmente sucede, resultaría estéril. Sometiendo el punto al análisis del estudio, ya podrá ser otra cosa.

La infelicidad es más que la no felicidad; la no felicidad puede reducirse á un puro estado indiferente.

Si la felicidad es la *resultante del goce normal perfecto de la vida*, la infelicidad debe, como antagónica, ser el estado resultante del sufrimiento *anormal é imperfecto de la vida*.

Parece, pues, lógico ahora echarse á averiguar qué cosas son indispensables para el goce normal de la vida, y qué cosas pueden perturbar ó impedir dicho goce.

Lo primero, claro está, es un organismo apropiado, un organismo sano ó fisiológico. Sin buen organismo es difícil la felicidad. Sin salud no hay dicha.

El mal organismo puede ser malo originariamente por monstruosidad ó enfermedad innata. Tanto la una como la otra pueden ser incorregibles ó corregibles. Si lo primero, el sér no tiene derecho á la vida, muere, y es lo mejor que le puede suceder. Los padres deben sentir la pena de haber dado origen á una criatura semejante, tanto más, si han tenido directa ó indirectamente la culpa, cual suele suceder en los casos de enfermedad contraída en el claustro materno. Si no es así, la pena debe ser pasajera, no *debe* constituir *estado* de infelicidad para los padres; y si la sienten desmedidamente en tiempo ó intensidad, cometen un error, cometen una falta de ignorancia: se hacen víctimas voluntarios de una voluntariedad, de una inconformidad y protesta contra lo natural fortuito.

Si el caso es corregible, deben poner los medios para ello, con firmeza, discreción y verdadero interés.

El mal organismo puede también proceder de viciación patológica, adquirida en el curso de la existencia.

Éste podrá evitarse por virtud de la Higiene muchas veces. Cuando pueda prevenirse y no se haga así, es responsable de ello la ignorancia ó la falta de buena y constante voluntad.

Resulta de estos pocos ejemplos, ya que no es posible especificar todos los casos, que la ignorancia de que se trata no se refiere á la ignorancia de las ciencias particulares, porque para eso están los que se dedican especialmente á ellas, y á quienes debe consultarse, sino á la *ignorancia supina*, á esa ignorancia abandonada é imprevisora que no permite ocuparse de los males para otra cosa que para sentirlos impacientemente y deplorarlos á grito herido.

Se desprende de cuanto al buen organismo y á la salud se ha dicho, y se ha dejado de decir, que todo se reduce á una simple regla de conducta: puesto que los males físicos, en su mayoría, pueden evitarse y, muchos de los que

no se evitan, corregirse, *deben deplorarse menos y atenderse más.*

Dolor físico: El dolor físico no es enfermedad propiamente hablando; es un síntoma. Hace la vida penosa, y á veces insoportable.

Si consideramos el dolor en sus relaciones con el pasado y el presente, experimentamos gran consuelo y una dulce esperanza, porque, en efecto, podemos ver que la desdicha ocasionada por el dolor ha menguado considerablemente con los adelantos del tiempo y la civilización, no obstante de haber crecido el índice de la sensibilidad. Á pesar de esto, á pesar de ser más sensible el hombre culto que el inculto, el hombre de hoy que el de ayer, é infinitamente más que el bárbaro, el campo del dolor ha decrecido cuatro quintas partes. Para cerciorarse de ello, basta comparar los estados de guerra en la Europa actual en relación al pasado; la cantidad de heridas, contusiones y fracturas sufridas por la Humanidad en una y otra época; los medios con que se contaba y con los que hoy se cuenta, para socorrerlas y curarlas. Un libro de muchas páginas sería necesario para enumerar y describir los varios

modos por donde el campo del dolor ha venido reduciéndose.

Los medios de locomoción, la mayor seguridad personal, los adelantos de la ciencia médica y quirúrgica, el mayor y mejor conocimiento de la Terapéutica, la invención divina de la anestesia.

Hasta un punto se ha llegado en este particular, que solamente quedan dos dolores físicos indomables: el de ciertas *neuritis*, cual la que se conoce con el nombre de *muñón doloroso*, y el llamado *tic doloroso*, tan persistente é insoportable, que lleva á algunos pacientes al suicidio.

Insatisfacción de las necesidades físicas: Hay necesidades físicas absolutamente imperativas, y las hay menos imperativas.

Las absolutamente imperativas se reducen solamente á dos: el hambre y la sed. Las demás, prácticamente, si necesarias para la felicidad, no lo son, en nuestro estado actual, en tanto grado para la existencia.

El hambre: Prescindiremos de la sed, como prescindiremos del aire, en cuanto indispensables para respirar, y de la luz.

Estas cosas las ofrece suficiente y espontáneamente la Naturaleza. Pero, obsérvese bien, no de un modo enteramente gratuito. El agua, abundantísima en ríos, fuentes y lagos, no está siempre y en todo lugar á nuestro alcance: es preciso para ello cierto conocimiento, voluntad y trabajo. Tenerla así disponible, cuesta dinero; pero no tanto que llegue á producir conflicto económico.

El agua necesaria para no morir de sed resulta ya hoy casi gratuita para los individuos. Será completamente gratuita dentro de poco, tanto para beber como para sus demás importantes usos.

Menos hay que decir aquí del aire y de la luz, no del todo gratuitos, porque algo hay que hacer para que circulen bien y recibir su influencia directamente. Pero nadie siente conflicto económico para procurárselos. Esto, en lo que corresponde al individuo particular; que, si se mira al científico, y al individuo directriz ó gobernante, ya impersonal, ya colectivo, el aire y la luz, tanto como el agua, necesitan ser objetos de sus cuidados y sus gastos, para que resulten buenos, abundantes, y particularmente gratuitos. Digo particularmente, porque, gene-

ral y absolutamente gratuito, no se consigue nada ni se obtiene nada en la Naturaleza. El que recoge y bebe el agua de un arroyo no paga un céntimo por ello; sin embargo, no le sale gratuita. Tiene que ir al arroyo, andar la distancia de ida y vuelta, emplear cierto tiempo y cierto trabajo que, valorados, le importan más de dos y de tres céntimos. Resulta, pues, que le sale más cara que al que, relleno en su butaca, se la sirve un doméstico que la toma del grifo.

Este milagro lo hace la civilización. La civilización, que no se aprecia debidamente, como no se aprecia el bien sino cuando se pierde.

Los conflictos mayores y más frecuentes se originan del hambre, de esa ineludible, absoluta y fatal necesidad de cambiar el medio interno con el medio externo.

La vida es este cambio; de modo que no puede prescindirse de él.

Si el hombre no se elevara sobre la fatalidad; si, como llega á serlo, no llegase á ser libre, autónomo, director de sí mismo, previsor y providente, quedándose en la pura esfera de la animalidad, tendría perfectísimo

derecho, cuando se viera amenazado y acosado por el hambre, á la antropofagia.

La conservación de la existencia propia es un deber, y para el que no tiene luz de razón que le declare otra existencia igual ó superior á la suya, sacrificarla por salvarse es natural y, bajo su punto de vista, justo.

Tal y á tanto alcanza el imperio de la ley de cambiar el microcosmo con el macrocosmo para vivir.

El vivir cuesta mucho. Ha empleado la Naturaleza millones de años de trabajo para producir el sér que tenga el sentimiento de su vida, y otros tantos el que tenga sentimiento y conocimiento de ella.

En Europa, hasta los primeros años de este siglo, cada cuatro ó seis ocurría uno calamitoso por el hambre.

Las guerras, los caminos intransitables é inseguros, la falta de comercio, determinaban la calamidad. Y no hay que mirar más lejos, porque, á medida que volvemos la vista más atrás, el cuadro es más sombrío. Pese á los ilusos adoradores del pasado, mientras más se penetra en los tiempos que fueron, más tenebrosos y horribles se presentan.

Traigo esto á la memoria, porque nos conviene á todos, hoy que el problema socialista y anarquista es la preocupación universal de los que sufren y de los que gozan, de los felices y de los infelices.

Y lo traemos, porque, sin ser optimistas como el Dr. Panglos, vemos y sentimos la ira apoderarse de los que sufren, y el temor apático de los que tiemblan se les arrebate el bienestar, y el pesimismo y la desesperación en todos.

Comparemos desapasionadamente los tiempos pasados con los actuales, los pueblos todavía hoy en estado incivil con los civilizados; traigamos á la memoria los problemas mucho más difíciles ya resueltos por la Humanidad, y así, de no ser ciegos, veremos la grata luz de la esperanza; y como los dolores físicos han sido atenuados, trabajemos sin odios y con buena voluntad para atenuar y extinguir hasta donde sea posible los dolores morales.

Vemos que el hambre, esa sensación penosa y exigente, es la reclamación ineludible de nuestro organismo, que necesita cambiar, compensar lo que ha gastado.

Ya se ha dicho: agua, luz, aire, etc., la tiene

para el cambio generalmente y sin extraordinarios esfuerzos; pero materias asimilables semisólidas, no.

He aquí el conflicto. No es de hoy, es de todos los tiempos. No es del hombre, es de todo sér que cambia.

Las plantas sufren, enferman y perecen si no llueve, ó si agotan las substancias asimilables de su suelo. El conflicto sigue hasta el hombre, y el hombre lo ha sufrido hasta hoy, y hoy lo plantea: esto es todo.

¿Tiene solución?

Sólo una: el trabajo.

— ¡Buena salida de pie de banco! — dirán los trabajadores. — ¡El trabajo! Cuando precisamente nosotros, que trabajamos, somos los que no c a m b i a m o s, como usted pedantescamente dice, ó, como se dice en plata, no comemos.

Está bien.

Si hemos dicho una insulsez, perdónesenos por la buena intención.

Pero ¿qué mal hay en que yo *trabaje* para investigar lo que sea el bienestar y el malestar, sus causas, *el hambre*, que evidentemente es una de ellas, y la manera de evitarlas?

Podremos equivocarnos en el remedio; pero, *trabajando* en esta dirección, otro lo encontrará.

El dolor físico no lo atajó el primero que se lo propuso; pero, estudiando, que es un *trabajo*, observando las propiedades de algunas substancias, que es un *trabajo*, examinando sus efectos, que es un *trabajo*; y *trabajando* y *trabajando* física é intelectualmente en mil sentidos, se ha logrado, hasta *crear* substancias especiales, producto de la *labor* ó *trabajo* de los hombres, cual lo es el cloroformo, y triunfar del dolor.

¿Es que no hay más trabajo que el ciego esfuerzo de los miembros?

El esfuerzo sin idea es la estupidez, es menos que la barbarie.

La idea hay que buscarla, hay que *trabajarla*.

Cuando un toro va de cuca, es porque un tábano, una mosca cuya picadura es insoportablemente dolorosa, se ceba en el cornudo.

Sale éste mugiendo, disparado, haciendo fieros é inútiles esfuerzos, atropellando y destruyendo cuanto encuentra en su camino; pero va en dirección de un curso de aguas, donde al fin se sumerge, para librarse de la mosca.

¿Serán los obreros, será el hombre menos que el toro, reduciéndose á los mugidos de la declamación amenazadora y los atropellos de la violencia?

¿No se dirigirán á las tranquilas aguas del remedio?

El hambre es una sensación general y local; se experimenta en lo que llama el vulgo boca del estómago y en todo el cuerpo. Primero es una excitación producida por los jugos gástricos en las paredes del estómago vacío; después se convierte en calambres, dolores y desfallecimientos, ó accesos de furor. Si tal situación no se corrige con algún alimento, el animal perece.

Se ve que la función fisiológica se transtorna en patológica, la asimilación en autofagia; de lo cual resulta que, cuando el hombre se hace antropófago, es porque ha empezado ya á comerse á sí mismo.

Pero el *hambre*, en su acepción social, tiene otro alcance diferente que en Fisiología; tiene una significación más extensa y menos intensa; quiere expresar más bien *necesidad*, carencia de medios para satisfacer las exigencias naturales de la vida.

Del *hambre*, todo el universo sensible sabe y conoce el remedio: comer. Pero aquí estriba la dificultad: los alimentos no están á la mano, como el aire y el agua.

Hay que procurarlos. ¿Cómo los ha procurado la Humanidad? Ya lo hemos estudiado: tomados de los que el suelo y el cielo ofrecían natural y espontáneamente. Agotados, marchando á buscarlos en otra parte. Si no los hallaban, alimentándose de los individuos más débiles y menos útiles de la tribu. Luego, y sin dejar este género de vida, apresando algunos animales vivos, guardándolos y llevándolos por delante. Esta evolución llega con el tiempo á constituir un régimen de vida que permite el crecimiento de la tribu y formar pueblos: los pueblos pastoriles, pueblos, por consiguiente, nómades, viandantes y necesariamente ladrones y guerreros.

Otras tribus llegan á valles fértiles donde abundan los frutos, las raíces y semillas; no las pueden agotar inmediatamente por su misma abundancia, y se fijan ó establecen en el terreno. Aprenden á consumir con orden, no todo el terreno á la vez, sino una parte hoy y otra mañana, y así, cuando se acaban los frutos de la

última, ya los ofrece nuevos la primera. Advierten que, cuidando aquellos campos, ahuyentando de ellos los animales dañinos, quitando las brozas y las plantas improductivas, prosperan más y rinden más frutos las productivas; y la tribu, ya sedentaria, se desarrolla y llega á pueblo agricultor.

— ¡Ah! — exclamará, como D. Quijote, algún admirador de lo pasado. — ¡Dichosa edad y dichosos tiempos!, etc.

Pues no tienen por qué dolerse.

Es muy fácil hoy mismo gozar las delicias de los Nemorosos y Galateas. En Asia, en África y América tiene todavía tribus pastoriles y tribus agricultoras. Por poco dinero y en poco tiempo puede emigrar y entrar en el pleno goce de sus dulzuras.

Si algún socialista ó anarquista fuera por allí, vería que su vestido, usado y viejo, eran vestiduras pontificales comparadas con las del cacique de la tribu; que su pobre vivienda era un palacio comparado con el *bohío* que allí podría proporcionarse, y que los días de hambre de aquí, pasados con un mendrugo y un jarro de agua, resultaban allí un festín extraordinario.

No, no es que aquello sea mejor, ni que la Sociedad actual tenga la culpa de los males presentes. Ni menos destruyendo la constitución natural de las cosas, se mejoran, sino que se empeoran.

Extirpado el estómago, no cesará por eso el hambre. Sólo conseguiremos alimentarnos, digerir y asimilar peor.

La Sociedad actual es imperfecta, pero es perfectible: se va perfeccionando cada día, y sigue su proceso de evolución. Contiene dentro de sí misma los elementos necesarios para corregir sus daños.

Aunque se declame lo contrario, la verdad es que el hombre social de hoy aprovecha mejor los frutos espontáneos del aire y suelo que el hombre primitivo; aprovecha mejor los alimentos de la ganadería que los pueblos pastoriles; aprovecha más y mejor los frutos cultivados de la tierra que los pueblos agricultores, y, además, tiene el Comercio con todas sus ventajas, y tiene la Industria con todos sus productos, y tiene el capital con todo su poder, y tiene el crédito, y tiene la asociación con todos sus milagros, y tiene el Arte con todas sus maravillas, y tiene la Ciencia con sus soluciones y

esperanzas, y tiene la *libertad*, que es el mayor dón, y más que todos estimable.

Pasada revista á las causas de la infelicidad, hemos visto que la primera es la ignorancia; después siguen los dolores físicos, y luego el hambre.

Otras existen que producen insatisfacción, malestar é infelicidad; pero unas son menos importantes, y otras corresponden á la esfera que llamamos *moral*. Ya las examinaremos luego. Urge ahora no detenernos más en la etiología de la infelicidad, y pasar á su terapéutica. Pero antes insistiré diciendo: se entiende por ignorancia lo contrario de lo que se entiende por *sabiduría*. No es este punto de vista el mejor para formar un juicio exacto. Contiene la sabiduría factores que no contiene la ignorancia, y viceversa. Se puede ser muy sabio y ser sucio, desastrado y desordenado. Se puede ser ignorante y ser ordenado y aseado.

La ignorancia á que debemos atender es á la que se refiere al desconocimiento de las cosas y de las condiciones necesarias para ser feliz.

VIII

TERAPÉUTICA DE LA INFELICIDAD

Ya queda suficientemente demostrado que no hay felicidad con falta de salud.

La generalidad no necesita saber Medicina; pero debe ocuparse seriamente en elegir uno que la sepa y seguir su consejo.

Debe saber algo de Higiene, de esa Higiene que, como la lógica natural, se presenta directamente á la razón, y que simplemente se reduce á saber lo que daña y huir de ello.

Lo que ignore, debe preguntarlo á quien le pueda contestar.

Resulta ignorante, respecto al particular de que tratamos, la persona que cae enferma y no busca facultativo; el que se pone en manos de

curanderos; el que no va al hospital por vanidad ó preocupación, si carece de familia ó de recursos; el que al tomar habitación toma cualquiera, ya sea húmeda ó lóbrega, ya reciba el aire impuro, infecto, de un pudridero ó laguna cenagosa; el que por imprudencia ó temeridad se causa un daño ó lo causa á otro.

Si se hiciese una estadística del número de infelices por estos motivos y otros análogos, sorprendería la cifra.

Un hombre enfermo ó impedido, no sólo es desgraciado, sino que necesariamente hace infelices á sus hijos y á cuantos de él dependan.

No es necesario insistir en el particular. Lo dicho basta para que, si alguno, después de leer esto, comete alguna falta de conducta de las enumeradas ó análogas, al caer en la infelicidad comprenda que no tiene derecho á echarle la culpa á la Sociedad, ni menos á volar la casa del vecino.

De la terapéutica del dolor ya hemos dicho lo necesario cuando lo estudiamos como causa, y nos anticipamos inmetódicamente, para desvanecer un tanto el fuerte y decidido espíritu pesimista que, tanto en las clases malhalladas como en las bienhalladas, reina.

Terapéutica del hambre. Diremos una verdad de Pero Grullo: la Medicina es el pan. Pero vuelve á saltar la cuestión anterior: ¿cómo se procura?

Hemos pasado revista á la Historia; hemos estudiado los modos como hasta el presente ha procurado el individuo particular y el colectivo proveer la necesidad; pero nos encontramos con que, en el estado presente, esos modos, esos medios, esos recursos, son insuficientes.

Aunque el conflicto haya estado siempre en pie, hoy aparece con más fuerza y con más perentorias exigencias. ¿En qué consiste?

Pues en que, á mayor civilización, mayor índice de sensibilidad; á mayor sensibilidad, más goce y más pena. *Mayor necesidad de gozar, mayor necesidad de no sufrir.*

No se mueren á centenares y á miles las gentes por los caminos, como en los felices tiempos que pasaron.

Pero eso pasó.

¿Qué le importa al que hoy vive?

Lo que siente y lo que dice es que, si no mueren tantos de un golpe, mueren algunos, días tras días, y que, lentamente, él se ve consumir por la necesidad insatisfecha; «y ya que

yo sufro y no gozo, ya que otros gozan y no sufren, y ya que yo perezco, perezcamos todos».

¡Pavoroso porvenir!, como se canta en la zarzuela.

Pero la cosa no es para tomarla en broma.

No hay burgués ni no burgués que duerma tranquilo.

No se puede ir á paseo ni al teatro sin temor de que estalle una bomba.

Los Gobiernos se preocupan, los legisladores se agitan y proclaman leyes preventivas y coercitivas. La Policía convierte en Argos sus agentes; con su propia sangre procura sofocar el incendio, sin lograr apagarlo.

Evidentemente, es preciso, es indispensable atacar el problema.

El Sumo Pontífice lo cree así y ha dicho:

«Póderosos, amad al pobre y dadle de vuestro pan.

»Pobres, amad al rico, y Dios os dará la felicidad en el reino de los cielos.»

Esto no se opone á que cualquiera persona humilde y de buena voluntad pretenda estudiar el asunto.

Aumento del índice de sensibilidad, aumento de necesi-

d a d e s : Dejamos probado páginas atrás que el índice de sensibilidad crece á medida que el hombre se aleja del salvajismo, se perfecciona y civiliza.

No obstante ser ésta una verdad inconcusa, necesita algún mayor estudio que el que le hemos dedicado.

El salvaje ve una distancia que no alcanza el hombre de nuestras ciudades. Por el olfato distingue si ha pasado por allí un hombre de su tribu ó de otra distinta. Con el oído en tierra, percibe de muy lejos si se acerca ó se separa alguien del lugar que ocupa. Pero esto no constituye el índice de sensibilidad. El índice de sensibilidad se refiere á la capacidad cuantitativa y cualitativa de apreciar el dolor y el placer, el bienestar ó el malestar, la íntima satisfacción ó insatisfacción de la vida.

Pues bien: el índice de estas cosas es muy corto en el salvaje, como se ha dicho y probado. Así, pues, aunque en general los hombres civilizados sean más felices, en particular, á los que les toca sufrir, ya por un tiempo dado, ya por toda la vida, sufren más, son más infelices que si pertenecieran á un estado de civilización anterior.

No tener que comer en cuatro ó cinco días, no es motivo de grandes sufrimientos para el nómada y su familia. El malestar que indudablemente les produce la abstinencia, les es habitual. Se resignan, lo consideran cosa natural, se distraen de la sensación, y como si no existiera. Es preciso que pasen más días, seis ó siete, para que empiecen á sentir como el civilizado á los dos.

Añádase para más claridad: si una herida x produce un grado de sensación a en el salvaje, la misma herida en el civilizado produciría $a + a$.

Esto en cuanto al dolor y placer físico; que, respecto al moral, la escala es infinitamente mayor.

En el salvaje es tan rudimentaria, como que se come á sus mujeres y sus hijos. Los ven enfermos, y el sentimiento que les inspira es librarse de la carga. Cuando los padres llegan á viejos, los matan, y algunas tribus tienen la costumbre de enterrarlos vivos. Todas estas cosas, que serían horribles motivos de infelicidad para nosotros, no lo son para el incivilizado.

Claro está que resultan infinitas variantes y matices, que no todos los pueblos salvajes tie-

nen las mismas crueldades por costumbre, pero la ley es general.

Dentro de nuestro mismo pueblo y tiempo, el casero de Vizcaya no tiene el mismo índice de sensibilidad que el vecino de Bilbao; ni su hijo, cuando vuelve del servicio, que antes de ir; ni su hija, que anda por el campo sin zapatos bien, y sin sentir empacho ni vergüenza, si traída á Madrid se mira descalza y se siente rebajada.

Nadie se ha fijado suficientemente en este importante asunto del índice de sensibilidad, asunto que corresponde á la Psicofisiología, y que, por ser una ciencia naciente, no ha podido desentrañar aún las materias que le pertenecen.

El índice de sensibilidad, donde toma su mayor dilatación, es en la esfera moral. También es el terreno en que sufre mayores perturbaciones y aberraciones. Cambia el índice también por el influjo de las ideas y los estados emotivos.

Dejamos dicho que los sentimientos eran emociones asociadas y dirigidas por una idea. Y claro está que, si la idea es imperfecta ó errada, el sentimiento lleva á consecuencias absurdas y calamitosas.

Veamos un efecto de modificación del índice de sensibilidad por las ideas.

La señora doña N. Vargas, muy sensible y amante de su hijo único, lo pierde en la guerra de la Independencia. Recibe la noticia, se inmuta, le asoman las lágrimas, las reprime y dice: — Está bien. Ha muerto por su patria. — Viste luto; pero no da las muestras de sufrir que antes, cuando su hijo se ponía levemente enfermo.

Ejemplos y pruebas como éstas saltan á centenares. Si algún pueblo salvaje entierra *vivos* á sus padres cuando llegan á viejos, es porque entienden que, muertos y comidos de gusanos, no pueden entrar ni estar vivos en el otro mundo.

Véase una idea de ultratumba dar lugar á un sentimiento por asociación, y esta asociación á un acto de crueldad monstruoso, anulando enteramente el índice de sensibilidad de los hijos.

Venimos á parar en lo que dicen los idealistas: que la idea rige al mundo.

Y no está mal dicho. Pero está mejor para nuestra empresa haber encontrado la verdadera naturaleza del sentimiento en la asociación de una emoción con una idea.

De ello, en primer término, se deduce que es indispensable señalar y denunciar las asociaciones falsas ó torcidas de las emociones con las ideas.

Los sentimientos, lo más bueno y noble que ostenta la criatura, es, sin embargo, un arma terrible y peligrosa. Del sentimiento nace el Arte y la virtud, y nacen también los fanatismos que traen la Inquisición, las hecatombes de víctimas humanas, las escenas del año mil, y la aplicación de los explosivos á la solución de los problemas del bienestar y mal-estar, como si esos problemas fueran minas de cobre encerradas en las rocas.

Y dicen los prelados de la Iglesia:

« La medicina consiste en dar á los necesitados pan y hojas de Catecismo. »

Reconocen, con razón, la evangélica verdad de que « no sólo de pan vive el hombre ». Pero olvidan que han estado dando sopas á las puertas de sus palacios y de sus conventos y repartiendo Catecismos desde el primer siglo de la era, y que el problema social, precisamente, se levanta gritando en los pueblos cristianos y no en los pueblos de otras religiones, donde no hay ni ha habido palacios episcopales, ni con-

ventos, ni sopas, ni se han repartido Catecismos.

Á juzgar de modo tan ligero, más razón tendrían los incrédulos contestando sonrientes á los mitrados: — Pues miren sus señorías ilustrísimas: en los pueblos de sopa y Catecismo es donde ruge y amenaza la tormenta. La gente del Corán está calladita; la China y el Japón andan á la greña; pero de socialismo, ni una gota. Sospechamos si no tendrán la culpa Catecismo y sopas.

No; el asunto no es apropiado para dictar su terapéutica con la primera ocurrencia del mágn, ni menos es cosa de sonrisa.

La cuestión social es hija necesaria del adelanto de la civilización, que, al fin, se pudo alcanzar después del Renacimiento y la Reforma. Hija que está naciendo y que produce en la madre los dolores del parto.

La ha engendrado la Naturaleza. Ha contribuido á su gestación la Historia; la Iglesia misma; la Revolución bendita, aunque sangrienta, del 93; la libertad, más bendita todavía.

El programa de cada siglo lo escribe con fuego el siglo que le antecede.

Y el pasado dijo al presente:

— *Libertad, igualdad, fraternidad.*

Y empleamos la primera mitad en establecer la libertad con la *Constitución política* que sellaron nuestros padres con su sangre.

Y empleamos la otra mitad en conquistar la igualdad de los derechos naturales con la *Constitución de la democracia*, cuyo honor ó cuya responsabilidad reclamamos con la cabeza alta los supervivientes que restamos del combate.

Pero se acaba el siglo XIX, y el anterior nos pregunta: — ¿Dónde está la fraternidad?

Y á esta pregunta se empieza á contestar con el atolondramiento del que busca y no halla, Con los gritos del miedo que produce la agitación, con los rugidos, amenazas y furores del león impaciente.

IX

DE LA FRATERNIDAD

El primer obstáculo con que la fraternidad tropieza es el *egoísmo*. Para traer á la vida el principio de la fraternidad es indispensable sustituir el egoísmo por el *altruísmo*. He aquí la lucha de dos principios.

¿Será menos sangrienta que la de la tiranía y la libertad, la de los privilegios y la igualdad?

Esperamos en Dios que sí, que será menos sangrienta.

No obstante, podrá llegar á ser una lucha dura, quizá terrible, si la mayoría de los hombres, ya por virtud, ya por convencimiento, ya por necesidad, no deponen el sentimiento de su egoísmo,

Realmente, el egoísmo tiene hondísimas raíces. Sirve de nodriza al hombre primitivo, y vela en todas las tribus, en todos los pueblos y en toda la Historia por la conservación del individuo y de la especie. Preséntase de cuando en cuando alguna rara excepción individual, tan rara, que las gentes la consideran como un prodigio, una cosa extraordinaria, una heroicidad.

Así en rigor ha sido y ha *debido* ser.

Hasta el momento actual de la civilización, el hombre ha estado *necesitado* y ha estado *obligado* á vivir por y en el *egoísmo*. Salvar cada uno su persona, aun á costa de sacrificar su propia familia, era, en pasados tiempos, salvar la especie; si no, se hubiera extinguido.

Hoy se vive en el apogeo del pleno imperio egoísta.

Ha venido la Ciencia, el Arte, la Industria y los demás factores de la civilización á agrandar la esfera de acción individual, y los recursos para el medro del que puede más son inmensa y desproporcionadamente mayores que los medios de que puede disponer otro menos poderoso. De este modo se ha venido formando la Sociedad actual en una especie de escalona-

do anfiteatro, en que la multitud ocupadora de las gradas carece de régimen de vida, por las competencias de los individuales egoísmos.

En tal situación, las multitudes exaltan también su sentimiento de egoísmo, se miran impotentes y apelan á la violencia.

Los poderosos, á su vez, siguen creciendo en poder y disminuyendo en número. El que ayer era rico porque disponía de un millón en una fábrica de papel, hoy es pobre porque otro dispone de diez millones en otra fábrica de papel y lo ha arruinado.

La competencia, así desequilibrada, se establece también entre naciones y naciones. Las poderosas se hacen más poderosas, y las menos poderosas sienten los escalofríos de los graves peligros, como cuando se ven venir las aguas de un diluvio.

Ya lo vimos: la Iglesia dijo: «Amaos los unos á los otros.» Llamó hermanos al prócer y al mendigo. Pero no basta.

Hoy es preciso que amemos á la Humanidad más que á la nación, y á la nación más que al pueblo en que nacimos, al pueblo en que nacimos más que á la familia, á la familia más que á nosotros mismos.

Hoy es indispensable que el individuo se contente con lo preciso para el goce de las funciones fisiológicas de su vida, que á otra cosa no tiene derecho, y establezca del modo altruísta que hemos indicado el orden de sus cuidados y de sus afectos.

Sólo de esta manera llegará á realizarse la fraternidad y podrá verse resuelto el problema socialista.

Y dirá un anarquista: — Yo no quiero que me quieran ni que me aborrezcan. Todo eso me importa un bledo; lo que quiero es vivir como el que mejor viva, gozar como el que más goce, y no sufrir.

Pues empieza deponiendo tu egoísmo, y trabaja para que los demás consigan lo que quieres para ti.

Resulta, pues, que el principio moral « no quieras para otro lo que no quieras para ti », es preciso elevarlo á otra acepción más imperativa y extensa:

« Quiere para los demás lo que quieras para ti. »

El primer mandato dice que no se desee para otro el mal que no quiera uno para sí mismo. Es verdad que, implícitamente, contiene el se-

gundo precepto. Pero la evolución nunca es una cosa totalmente nueva: es sólo un mayor desarrollo de otra cosa anterior.

El primer precepto no expresa la ley altruísta, y el segundo sí.

Del egoísmo de los afortunados no hay que decir; es cosa patente; nadie la niega.

Algo conviene hablar del egoísmo de los escasos de medios, de lo que se llama proletariado.

Salvas excepciones que en uno y otro grupo se presentan, la verdad — hay que decirla —, el egoísmo, es más grosero y hasta más repugnante en los bajos que en los altos.

El egoísmo en ambas clases es igual; pero en los ricos es un egoísmo manso, dulzote; es un egoísmo satisfecho; en los proletarios es un egoísmo brutal, como egoísmo insatisfecho.

Así se explica la conducta de innúmeros obreros que gastan el jornal en la taberna y dejan á la mujer y los hijos consumirse en la miseria.

Bajo el actual imperio de la libertad y la democracia, los ricos salen de los pobres y los pobres de los ricos. La observación declara que es más insoportable el egoísmo del pobre

enriquecido, que el del rico por herencia de familia. Sin pasar de un estado á otro, el capataz es más inconsiderado con el obrero que el contraamaestre con el capataz. El contraamaestre es menos humano con el capataz y sus inferiores que el director de fábrica con el contraamaestre y los que le siguen. Los mismos obreros entre sí, aun siendo igualmente pobres, basta que por cualquier circunstancia se encuentren en grado algo superior, para que abusen y maltraten al inferior.

Vimos unas pobres mujeres conducir bacalao á una lancha. El lanchero hacía de mandón. Tuvimos que separarnos de la escena. El trato del marinero á las mujeres hería dolorosamente.

Cualquier persona de sentimientos delicados sufre al ver el modo y palabras que un sota-oficial usa con el peón. Y así, mientras más bajos y más pobres, más inconsiderados son los obreros los unos con los otros.

Para resolver el problema del hambre se necesita en primer término el concurso de los que sufren; en segundo término, de los que no la experimentan. Como el problema no tiene solución sin el altruísmo, sería conveniente que

empezara por los necesitados. Prácticamente no hay que esperar tanta belleza. Para convertirse al altruísmo se necesita un índice de sensibilidad extenso y delicado, sentir vivamente las penas de los demás, un grado de ilustración superior, y de todo ello carece en general la clase obrera. Eso no se opone á que haya obreros excepcionales, virtuosos, generosos y dispuestos al sacrificio por cualquier principio noble. De ellos hay que esperar útiles iniciativas, y, sobre todo, la enseñanza y el ejemplo.

La imposición moral que gravita sobre los bienhallados es ineludible. De no cumplir con ella, tomará esta fórmula: *La bolsa ó la vida*.

Mas ¿cómo se puede llegar á las consecuencias prácticas de ese altruísmo, de esa fraternidad escrita por la revolución y no cumplida?

Si se redujera el altruísmo á una pura mimoseria, sobre el hambre montaríamos el empacho.

Desde luego resultaría ilusorio pretender cambio tan radical por medio del Estado, ni por medio de los burgueses, ni de las clases trabajadoras.

Es preciso el esfuerzo activo, pero paciente, de todos juntos: Estado, clases é individuos.

Antes de montar una fábrica es preciso *estudiar* infinitas materias: el precio y mercado de los productos, su coste, los beneficios líquidos que deban resultar, los medios de conducción, el terreno, el plano mejor, el abastecimiento de aguas, la erección del edificio, los materiales más convenientes, la elección de maquinaria, la instalación, etc., etc. Pero, obsérvese bien, si alguna cosa se olvida, si alguna cosa se estudia mal, la fábrica no funciona ó no prospera.

Todos estos puntos están ya hoy resueltos por la teoría y la práctica; pero ¿cuánto tiempo, cuántos esfuerzos, cuánto discurrir, cuánto contratiempo no ha costado?

Pretender que las cosas difíciles y graves han de seguir un curso de realización más rápido y fácil que las ordinarias, es demencia.

Pretender que se pueda llevar á la práctica sin haberlas estudiado y resuelto en el pensamiento, más demencia todavía.

Estado, pues, clases y no clases, sabios y no sabios, gentes de todas partes unidas en una buena voluntad, necesitan *trabajar* en el estudio del problema del *hambre y su terapéutica*, bajo el aspecto de su satisfacción genérica, esto

es, condicionando la manera de obtener los medios necesarios para el goce perfecto y fisiológico de la vida.

De lo dicho hasta ahora, sólo se saca en limpio que los recursos con que se cuenta para obtener el predicho fin se reducen: al *trabajo*, hoy en su período de estudio, y al *altruismo*, reemplazando al *egoísmo*. Pero el trabajo de todos, y el altruismo, al menos, de una gran parte.

La Historia dice que no se necesita ni aun de la mayoría numérica de las personas para obtener un cambio. Diez hombres activos hacen una casa. Mil inactivos no hacen nada.

Las mayorías tienen menos de cantidad de lo que á primera vista parece. Un solo hombre de talento, enérgico y de buena voluntad, vale más y puede más que un millón de apáticos.

Trabajo y altruismo: poco parece. Sin embargo, son dos palancas, y con una sola puede levantarse grandes pesos.

Los principios, si no traen aparejada su aplicación, quedan reducidos á palabras vanas.

No se puede hacer una escultura de un hazo.

En este libro baladí sólo podrán encontrar-

se algunos datos, algunos antecedentes, ciertas líneas generales, algunas indicaciones de materiales y de medios.

Conviene recordar que el mero problema del hambre de pan está resuelto en la Historia. Lo resolvió Esparta con su guiso en común; lo resolvió Roma con sus clientes y sus esclavos.

El cliente recibía su ración á cambio de bajezas y algunos puntapiés. El esclavo no tenía que preocuparse con el pan nuestro de cada día, ni del vestido, se lo daban mejor ó peor, ni de la habitación, se la proporcionaban, aunque fuese una mazmorra.

Las comunidades religiosas lo pasan más ó menos lindamente, pero renunciando á la familia y á la libertad de los congregados. De modo que, haciendo dejación de la libertad individual, pan, vestido y domicilio puede darse á las gentes, se ha dado y se da todavía.

Mas ésta es la dificultad. El programa del siglo dice: «Libertad, igualdad, fraternidad.» La libertad en primer término.

Poner los hombres á pienso, que en último resultado es lo que se ha hecho hasta aquí, á precio de su libertad, es, si bien se mira, reducirnos á las condiciones de los asnos.

Por esto, es sandio pedir el socialismo por el Estado.

La cuestión ha de resolverse precisa y necesariamente como se ha resuelto el punto de la libertad y el punto de la igualdad: por, en y dentro de la misma Sociedad subsistente: mejorando sus elementos, combatiendo ideas, intereses y derechos falsos; armonizando relaciones, disolviendo lo que no pueda engranarse, y sustituyéndolo con piezas nuevas.

X

DEL IDEAL PRESENTE

De lo dicho antes y de lo dicho ahora se desprende una afirmación, á saber: *tenemos un ideal*.

Vale más tener un ideal y un ideal tan alto y noble como la conquista de la fraternidad, que cualquiera dón, porpreciado que sea.

El ideal es un faro divino que guía al bien; podrá ser largo el camino y erizado de peligros; pero los avances, progresos y mejoras de la Humanidad, solamente se obtienen persiguiendo ideales.

Desdichados tiempos, desdichados países y más desdichadas gentes las que se estancan como las aguas muertas por carecer de ideales.

Bien se pueden sufrir por él los abrojos del camino.

XI

PRIMERAS EXIGENCIAS

No son las primeras exigencias que se presentan pidiendo solución las que aparecen en forma de gritos, amenazas y crímenes.

Las verdaderas exigencias son las que lógicamente saltan á la razón, á saber:

Hay que proporcionar á los necesitados los medios para que gocen de la vida.

Hay que proporcionárselo por el concurso del trabajo y de la fraternidad.

Hay que mantener *la libertad en el individuo, en su trabajo y en los productos* de ese mismo trabajo.

Quiere decir que estas exigencias ineludibles, lógicas, niegan, destruyen y matan el con-

cepto vulgar actual del socialismo, del comunismo y del anarquismo.

No queda más socialismo que, en cuanto la Sociedad total presente, corporaciones, clases é individuos tienen que imponerse el régimen altruísta, unido al democrático y liberal, armonizados para el efecto.

Queda del comunismo la solidaridad resultante entre los individuos, sus corporaciones colectivas y el Estado, que les permita producir y consumir libre, pero armónicamente, de manera que no resulte ningún miembro sin tener, por cambio de su trabajo, los medios necesarios para la vida.

Queda del anarquismo la disminución de la esfera de las funciones del Estado, hasta el extremo de llegar á constituir, más que un poder, un punto de engranaje.

— ¡Ilusión, idealismos, fuegos fatuos; nada de eso es real, ni posible, ni es, ni puede ser!

Esto oigo decir por todas partes.

Y tienen razón. No es real. No se ha realizado.

No es. ¿Ni cómo, siendo ideal, cosa que todavía es pura mente?

Ni puede ser.

Ya lo veremos... ¡La bolsa ó la vida!

— ¡Bonita fórmula de idealismo ese que toma la que usan los bandidos!

Pues esto sí que es real. Las evoluciones se convierten en revoluciones cuando se les dice: — No puede ser. — Y una vez convertidas en revoluciones, siempre emplean la frase de la fuerza bruta: — ¡Muerte ó libertad! ¡La bolsa ó la vida!

La libertad, la igualdad, la fraternidad, no son palabras estériles: son ideas madres de altísimos principios. Ponen á su servicio diversas emociones y originan estados de sentimientos que llegan á la pasión y al fanatismo, desarrollando fuerzas gigantescas, superiores á todos los explosivos conocidos.

Más idea de la libertad, y más perfecta, existía en nuestra última guerra civil que en la primera. Sin embargo, en la primera tenían sus partidarios pocos recursos; sus contrarios, muchos. Lucharon y venció la libertad. Ambos estaban animados de la pasión.

Lucharon luego otra vez, y lucharon la última.

Aunque en período agitado, y débil el Gobierno, la libertad había echado hondas raíces;

la democracia hacía sus esfuerzos para constituirse; pero el Ejército, no desnudo, hambriento y descalzo como antes, sino bien armado y racionado, luchaba mal y flojamente. Ya no gritaba: — ¡Libertad ó muerte! — La tenía, y la bandera de la democracia, ya con el nombre de Gobierno provisional, ya de República, no apasionaba ni entusiasmaba á oficiales ni á tropa. Faltábales la pasión. Los contrarios seguían sintiendo su fanatismo, y así, una guerra hecha en condiciones triplemente mejor por nuestra parte, duró tanto como la primera, demostrando que la pasión triplica las energías.

Prácticamente, hubiera sido imposible realizar el programa de la Revolución francesa en otro orden. No se puede llegar á la igualdad sin pasar por los caminos de la libertad; no se puede llegar á la fraternidad sino por las vías abiertas por la libertad y la igualdad.

Cualquiera sea el número de dificultades y obstáculos que actualmente se presenten, se cuenta, para allanarlos, con la libertad del pensamiento, y cada cual puede examinar el asunto y revelar el fruto de sus estudios. Antes, imposible.

Lo que uno propone, acertado ó desacertado,

lo da á conocer la Prensa, lo aprecia el común de las gentes y hace opinión en uno ú otro sentido.

La libertad permite el estudio de las ciencias naturales, antes ahogadas y mal miradas, ó miradas con desconfianza, por la Teología y la Dogmática.

Las ciencias naturales, una vez libres, han llegado á conocer mejor los fenómenos ó funciones de la vida, contribuyendo en gran manera á la solución de los problemas de la fraternidad.

La libertad y la igualdad, transformando el círculo de los derechos, permiten armas de que antes se carecía: derecho de reunión, de asociación, etc.

Ya se ve que la libertad y la igualdad no son vanas palabras, sino ideas madres encarnadas y fecundas. Han producido y seguirán produciendo nuevas ideas, medios, recursos y poderes, para traer la fraternidad al campo de la realidad.

Tal cosa, ni más ni menos, constituye la solución de la terapéutica del hambre, ó problema social.

Los obreros se asocian ya con varios fines;

usan y abusan de este derecho. Con él van haciendo su camino. Desesperan á veces, pero siguen y seguirán.

Es largo; todavía tocan sus frutos en muy pequeña escala: sociedades cooperativas, de socorro mutuo, de resistencia, de previsión, etcétera; pero algo es. En ellas pueden amaestrarse y capacitarse para mayores logros.

Deben estimarse como escuelas, donde los necesitados aprendan prácticamente á trabajar en beneficio de todos y de sí mismos; donde aprendan los sistemas más sencillos y prácticos de dirección y administración; donde puedan observar los efectos de la acumulación constante de las pequeñas cantidades.

En la actualidad ejercen tan importante oficio con motivo de las cajas de resistencia. Los fondos reunidos los dedican al sostenimiento de las huelgas. Cometan un error. Pronto se vencerán. Pero error dichoso: experimentalmente enseña al obrero que no le es tan imposible como creía hacerse de capital.

En el principio de las cosas, los hombres más serios son pueriles. No hay cosa más pueril que las huelgas. Hacerse un daño como dos para causarlo como uno.

Reunir considerables sumas obtenidas por el ahorro para echarlas á pelón.

Con el simple producto de su renta, podía emprender la clase obrera estudios ó ensayos experimentales que son precisos para resolver algunas dificultades que salen al paso.

Los Gobiernos procuran seguir el camino del estudio por medio de informaciones y estadísticas. No está mal; pero, verdaderamente, no es lo más fructífero.

Los hombres científicos se dan á escribir ó á pronunciar discursos. No está mal; pero, en último término, gracias si el lector ó auditor concluye por decir: — Quedamos enterados.

Algunos fabricantes de buena voluntad han dado á los obreros participación en los beneficios.

Resulta un principio altruísta y una conducta loable. No ha dado los frutos que debía esperarse; la mayoría de las veces ha fracasado el ensayo. Sin embargo, el principio es bueno. Deben estudiarse los motivos de insuceso.

Se han establecido sociedades cooperativas para la producción. La historia de ellas no es satisfactoria; pero la causa ha sido desconocimiento ó mala aplicación del altruísmo; el

egoísmo, á que todos estamos acostumbrados, lleva las cosas á su antiguo surco.

Las estadísticas publicadas y conocidas, relativas á los gastos de las huelgas, declaran de un modo patente á qué altura puede llegar ese capital triplicado por la creación de un Banco.

Llegará á suma tan alta, que la asociación misma de los capitalistas no la podrá contrastar.

Por otra parte, es preciso convenir en que se declama y exagera el antagonismo del capital y el trabajo. No están armonizados altruistamente, es verdad; antes al contrario, como representante de la vida presente, en él viene á cuajarse la antipatía que engendra el egoísmo. Tiene el capital actual, y tiene el trabajo también, algo semejante á la fisonomía de los avaros y usureros; pero grado á grado la irá perdiendo.

Hoy mismo ha disminuído el valor del capital y aumentado el del trabajo. El interés del primero viene decreciendo, y el del trabajo aumentando.

No es imposible armonizarlos. Basta un poco menos de egoísmo y un poco más de altruísmo.

Aunque los bienhallados *deben* ser los que

comiencen, los malhallados *tienen* que ser los primeros á dar el ejemplo, deponiendo sus egoísmos.

El egoísmo, que en ellos ofrece, como primer impulso, devorar todo producto inmediatamente que cae en su poder.

Y es natural. Privados de muchas cosas necesarias para el goce de la vida, tienen hambre y sed de ellas, y les sucede lo que á los esquimales, cuando, después de mucho tiempo de abstinencia, encuentran una ballena muerta y se ceban en ella.

Hay que ver los mercados de los mineros de Huelva, por ejemplo. Allí se encontrará abundancia de pollos, gallinas y perdices y las mejores frutas. No declaran ciertamente el régimen parco, sano y sobrio que conviene á todo hombre rico ó pobre, sino el abastecimiento de burgueses ignorantes y glotones.

Así ocurre el hecho extraño de que el aumento de precio de jornales dé por resultado inmediato desorden en el régimen, y, por resultado mediato, mayores necesidades insatisfechas y mayor miseria.

Estas y otras tendencias de la animalidad del egoísmo necesitan corregirlas; si no lo hacen,

tendrán que sufrir *resignados* su actual situación. Y decimos resignados, porque, no hay que hacerse ilusiones, para vencer en las empresas grandes es indispensable tener razón, y no ser, en todo ó en parte, causante del mal que se procura combatir.

Que los trabajadores pueden allegar capital, y capital considerable, ya lo han demostrado ellos mismos con las cajas de resistencia. Lo han malgastado en las huelgas. No importa. Los niños rompen siempre las primeras cosas que manejan.

Volverán á reunir capital para fines más provechosos; si no muchos, algunos de las clases bienhalladas les ayudarán con aportes voluntarios, y más tarde en mayor número.

Nos abstenemos de decir lo que puede esperarse de estas fuerzas acumuladas y asociadas al trabajo. Basta fijar la atención en el número de personas que viven regaladamente sin hacer nada, sólo porque tienen un poco de capital, convertido por una asociación en ferrocarril, línea de vapores ó cables eléctricos.

Pero el régimen altruísta trae consigo una, al parecer, ruda imposición, una especie de su-

plicio de Tántalo. Tener capital y no poder cada cual, cada uno, tomar de él una parte mayor ó más chica para satisfacer sus apetitos. Pues no hay otro remedio. Hay que sufrir la privación. El caso es igual al de un ejército sediento que llega al fin á un río. El general manda hacer alto. Las tropas hacen alto. El general manda á una guardia que ocupe las orillas. El general ordena que se acerque un batallón y que vaya bebiendo compañía por compañía, y entretanto pasan las horas y á los soldados los devora la sed. Pero no hay remedio: de no hacerlo así, el egoísmo de cada soldado le haría correr, pugnando por llegar el primero; se precipitarían miles de hombres los unos sobre los otros, y, todos en el río, ennegarían las aguas y se ahogarían sedientos.

En la transformación que vemos necesaria no podrá pasarse de un golpe repentino del absoluto régimen egoísta al absoluto régimen altruísta.

El cambio tiene que efectuarse primero en los espíritus, y darle corporidad grado á grado.

El trabajador ha de continuar con su trabajo, y disponer como hasta aquí de su producto, más ó menos suficiente ó insuficiente. Pero el

capital de ahorro que obtenga, ya por los medios que lo ha obtenido hasta aquí, ya por donaciones, etc., no podrá destinarse á socorro ni beneficio de ningún individuo particular, sino á cosas que atiendan al beneficio de la universalidad, y sólo indirectamente al beneficio del individuo. Cuando vemos apalea los trabajadores franceses á los italianos, los españoles á los portugueses, y viceversa, por trabajar los unos los campos de los otros, presenciarnos una de las escenas del egoísmo. Los efectos de la idea exagerada de la propiedad en los que no tienen propiedad.

Absurdo pretender la propiedad del sol ó del aire; pero más absurdo pretender la propiedad del espacio y del tiempo.

El trabajo es una función.

Función: un fenómeno de movimiento determinante de fuerzas.

Movimiento y fuerzas: la resultante de un cambio de estado de la materia.

Dirigido el trabajo á producir algo, lo producido es propio del que lo produjo. Es la primera y más sagrada de todas las propiedades. Oponerse al trabajo es un delito, una tiranía. Pero el trabajo de uno concurre ó no concurre

armónicamente con el trabajo de otro, y aquí un conflicto.

A nuestro modo de ver, mayor que el exagerado entre el capital y el trabajo.

Se impone para obtener la armonía un acuerdo internacional.

El instinto humano, que es la intuición, la propiedad de ver con la inteligencia alguna cosa sin necesidad de discurrirla, ha sentido esa necesidad en medio de los delirios del anarquismo, y así, la palabra «Internacional» ha salido de todos los labios.

En efecto, sin un acuerdo internacional, es imposible resolver las dificultades que ofrece la armonía del trabajo con el trabajo.

Y preguntamos: ¿es medio conducente á un acuerdo internacional hacer estallar una bomba en Barcelona ó París?

Lo dudamos. ¡Como no sea para que sus estallidos se oigan en todas las naciones!

De todos modos, no parece lo más humano ni altruísta.

Tratándose de la felicidad; haciéndola consistir en el goce resultante de la satisfacción completa y fisiológica de las necesidades de la vida; siendo una de ellas el cambio del mundo

interno ó microcosmo con el mundo externo ó macrocosmo; siendo la alimentación cosa que ofrece dificultades para obtenerse; resultando de ello la insatisfacción y el hambre, quieras que no quieras, hemos tenido que entrar en pleno examen de lo que hoy agita los espíritus, de la cuestión social, cuyo tema no es otro que el de la satisfacción de las necesidades de la vida en aquellos que no las sienten satisfechas.

Claro está que hemos entrado por accidente, y que, por tanto, ni podemos ni debemos escribir un tratado sobre las cuestiones sociales.

Pero fatal y necesariamente, como la medicina del hambre es el comer, y lo que se come son los alimentos, y los alimentos se proporcionan de distinta manera y por diversos modos en cada estado de civilización, no hay más remedio que examinar y estudiar el modo y manera de conseguirlos más fácilmente en los tiempos actuales.

Llegando á tal punto, nos encontramos con que el régimen individual egoísta que rige las sociedades humanas se opone á la obtención fácil de los alimentos para muchas criaturas, y

que, para facilitar dicha obtención, es necesario cambiar el régimen *individual egoísta* por el régimen *individual altruísta*.

Resulta una diferencia capitalísima entre lo que proclama el vocerío de comunistas, socialistas y anarquistas, y lo que nos da por resultado el estudio del hambre.

El análisis no nos da más que la última palabra del programa del siglo: *fraternidad*.

Y esperamos — ése es nuestro pecado de optimismo —, esperamos que, unida á los derechos y beneficios obtenidos por la libertad y la igualdad, nos lleve, por medio de procedimientos altruístas, á modificar la Sociedad apropiadamente, para que el *comer* sea más universal, y menos difícil adquirir los alimentos.

Por lo demás, ya se verá después cómo resulta verdadero que no sólo de pan vive el hombre, y que, si no le están mal algunas hojas de Catecismo, necesita tanto ó más, y le están muy bien, otras hojas que no son de Catecismo.

Sirva la advertencia de disculpa para los que, al vernos en tratos con la felicidad, la alimentación y el hambre, nos vean ahora metidos en el *maremagnum* del socialismo.

Sería un error de graves consecuencias halagar la inclinación que algunos sienten hacia la gratuidad de los alimentos.

« Como el agua y el aire — piensa alguno — nada cuestan, así debían ser los alimentos, gratuitos. El Estado debía darlos. »

Mala tentación y desdichada idea, que reduciría la Humanidad al estado de mendicidad, á la pereza del salvaje y la barbarie, después de haberla deshonrado.

El trabajo, hasta la fecha, *ha sido pena*. Hoy todavía se siente como tal. Se sentirá como tal hasta que alcancemos un estado de cultura que se halla algo distante.

Antes que se sienta el trabajo como ocupación, como función armónica de la propia actividad, y antes que se sienta como fruición grata, necesita el poderoso acicate de la necesidad ineludible.

No es lo peor que lo sintamos como *pena*, sino que lo *creemos como pena impuesta*.

Librarse de esa pena es el conato general. De aquí procede que observemos mayor inactividad y pereza en los individuos y en los pueblos á medida que les es más fácil obtener lo indispensable para su alimento.

El embrutecido habitante de la isla de los Mosquitos unta su cuerpo con grasa, y, sentado, espera que acudan en buen número; pasa la mano, arrollando grasa y mosquitos, hace una bola y se la come. Y aquí pára su trabajo.

Los españoles que regresan de Filipinas se quejan de no poder hacer trabajar á los indígenas, porque con un poco de arroz están mantenidos, y con un gallo de pelea divertidos y contentos.

En nuestro propio suelo lo podemos ver.

Los habitantes de las provincias vascongadas, con su pobre tierra, no pueden hacerla producir para vivir, sino á costa y á fuerza de constante trabajo.

El mismo hábito de trabajar los hace laboriosos y los hace prosperar cuando se trasladan á otros puntos mejores.

Se verifica en ellos un efecto propio del índice de sensibilidad. El trabajo se les hace menos sensible, y pasa á la categoría de *ocupación*; esto es, pierde *pena*.

En las provincias fértiles, las necesidades se satisfacen fácilmente. Véase por qué sus habitantes huyen del trabajo, buscan *un acomodo*, y la mayoría de los españoles un empleo. *Una*

convenencia, como dicen las gentes del campo de Andalucía.

Esos de la *convenencia* son precisamente los que poseen suelo y cielo más fértiles; por eso mismo, son los que más sienten la pena del trabajo y los más inclinados á la holganza.

No hay que pensarlo siquiera. No hay que caer en la mala tentación. Sacrificando la libertad, puede obtenerse el alimento gratuito á *costa* de la cosa de más precio que tiene la criatura. Se comprende á Fausto dando su alma al demonio á cambio de la juventud y los placeres. No se comprende trocándola por una ración de carne y vino.

Dijimos que nos parecían exagerados los clamores contra el capital. Podrá la queja tener razón, referida á los capitalistas, pero no al capital.

Dijimos también que los trabajadores necesitaban tener capital, y que lo pueden tener, no personalmente como trabajador, pero sí como clase trabajadora, altruístamente.

En efecto, las desarmonías entre el capital y el trabajo no ofrecen las dificultades que se abultan.

Obsérvese bien: en realidad, lo que viene

creciendo es la desarmonía entre *capitalistas y capitalistas* por la competencia; haciendo que el capital, desde la x de la usura, baje al 3 y al 2 por 100.

En cambio, el trabajo viene aumentando de precio ó de valor. Seguirá así hasta quedar en las debidas proporciones del nivel relativo que le corresponda.

Hemos probado con razones y con hechos que la gratuidad de la alimentación no es imposible, pero que no debe ni conviene solicitarse.

Otra cosa es la gratuidad aplicada á otro género de medios que faciliten la obtención del alimento.

Por ejemplo: la enseñanza universal y gratuita. La enseñanza no lleva el pan á la boca, pero proporciona medios para adquirirlo.

Los trabajadores dicen ahora: — Á menos que trabajen, más ración para los que trabajan. — Egoísmo, error. Por este camino no irán á ninguna parte. Antes, con sus fondos y su pericia, deben fomentar la enseñanza de artes y oficios. De esta manera, quitarán una parte de *pena* al trabajo, convirtiéndolo en ocupación. El que inventó el pilón hidráulico ha hecho tanto

bien á los obreros, como martillazos han dejado de dar.

La enseñanza de artes y oficios eleva el trabajo bruto á trabajo racional, y mientras más inteligente, á menos esfuerzos y fatigas obliga; y así, de menos á menos ingrato, llega hasta producir cierta fruición y goce que hoy no conocen ni experimentan; pero lo cierto es que truecan la pena en placer, de que podrán dar cuenta algunos trabajadores inteligentes, como ajustadores, tallistas, pintores y escultores. Y, finalmente, aunque porque haya enseñanza ó no la haya no han de ir aquel día los trabajadores á la plaza, lo cierto es que, á mejor producción, mejor consumo, y que si la blusa que cubre sus carnes es mala costándole cuatro pesetas, si compra una mejor por tres, gana una peseta, ó, lo que es lo mismo, gasta una peseta menos, y podrá con ella ir á la plaza.

Se ve con este ejemplo que recibe un beneficio indirecto, que no lo aprecia el egoísmo que dice: — ¡Ahora! — Pero que lo aprecia el entendimiento que dice: — Ahora no será nada mañana, sino un punto en el recuerdo del pasado. Mañana será presente mañana, y mañana, y hasta que acabe mi existencia,

El correo también puede y debe ser gratuito. Esta reforma corresponde al Estado.

El pobre que carece de quince céntimos no puede ponerse en relación con los ausentes. Cerrada su esfera de acción y actividad, queda, por consiguiente, en condiciones desiguales é inferiores á los que pueden disponer de mayor suma. Se dirá que la medida beneficia con una cantidad insignificante al obrero y con fuertes sumas á los poderosos.

La objeción trae á la memoria una (sabia parábola del Nuevo Testamento, pero pase. Al Estado no le pesará una transacción, imponiendo á los ricos contribución equitativa por servicio de correo.

Á igual reforma debe aspirarse respecto á las comunicaciones telegráficas, telefónicas y á la circulación ó medios de ambulancia interurbana primero, y más tarde general.

Todos estos servicios, facilitados así, aumentarían considerablemente la esfera de acción y de poder de cada individuo; facilitarían y multiplicarían la suma de su trabajo útil, le dispensaría muchos gastos, y, en último resultado, abaratándole la vida, vendrían á resolver la dificultad de obtener los alimentos,

En cambio de estas cosas, que son justas y no imposibles de obtener, ¿qué piden los socialistas?

Pues piden la abolición del trabajo de las mujeres y los niños.

Piden la jornada de ocho horas y la abolición de los destajos.

Reclamaciones todas inspiradas por el egoísmo.

¡La abolición del trabajo de la mujer! ¿Y con qué se mantiene la viuda y sustenta á sus hijos?

— Que los mantenga el Estado.

Esto es, que vayan á un asilo.

¡Bonita solución!

La viuda, la soltera huérfana, necesitan y deben trabajar.

La casada ya tiene bastante trabajo con cuidar su casa, su marido é hijos, educar éstos, ordenar los gastos domésticos y fomentar el ahorro. *Puede* trabajar en otras cosas, si, por desgracia, las escasas fuerzas del marido no bastan para subvenir á todas las necesidades; pero no *debe* trabajar sino en la esfera que naturalmente le compete. Si no lo hace, los resultados son deplorables. Deja en abandono

á la familia; desempeña mal é insuficientemente la lactancia, que es su primer deber; la casa y las personas caen en desaseo y en desorden.

Si su trabajo es algo productivo, el marido afloja su actividad y va cayendo en la holganza.

Para convencerse de la certeza de estos hechos, basta observar lo que acontece á las lavanderas, modistas, parteras, actrices y *primas donnas*. Los maridos de estas mujeres ofrecen, por lo general, y con pocas excepciones, un espectáculo deplorable.

En sus clases y esferas respectivas, son haraganes, borrachos, jugadores, degradados y sinvergüenza.

El mismo resultado que daría la alimentación gratuita. Por esto entendemos que la mujer casada no debe trabajar más que en las labores de su casa, y miramos con desconfianza la opinión de los que sostienen que la educación de la mujer debe extenderse á las carreras profesionales.

Estúdielas, si puede, y ejérzalas en buen hora, si es soltera ó llega á viuda; pero, casada, renuncie á todo trabajo incompatible con el de madre y reina de su casa.

El niño no debe trabajar hasta que adquiriera la fuerza necesaria para el trabajo á que pretenda dedicarse; pero ¿por qué no ha de guardar la vaca, cuidar del corral ó poner el dedo en un botón que deje paso á una fuerza de cien caballos?

La jornada de ocho horas y la abolición de los destajos: ¿quién tiene derecho para limitar la libertad del hombre diciéndole: — No trabajarás más que cuando y lo que yo te imponga?

Pero donde llega á su colmo la tiranía del egoísmo es en las huelgas. Aquí gritan los obreros á los obreros: — ¡No trabajes; deja sin comer á tus hijos, porque yo no quiero, y si trabajas te apaleo! — Y todo ¿para qué? Para volver los mismos violentadores á trabajar, después de dilapidados preciosos recursos, macilentos y rotos. Á tanto llega la ceguedad del egoísmo insensato.

Á menos trabajadores, más jornal. Tal es su lógica. La de los mendigos que están á la puerta de las iglesias y regañan y arañan á los que llegan después. Á más pobres, menos ochavos de limosna.

Si no tuviéramos más armas para combatir

los males; si no contáramos con más recursos para favorecer la evolución social que lleve á su perfeccionamiento y al mejor estar de sus criaturas, estábamos divertidos.

La libertad y la igualdad han puesto en manos de los desgraciados, que son el mayor número, la gran *soberanía* del sufragio.

Por él pueden dictar leyes.

— ¡Es un engaño! ¡El sufragio se falsea, se reduce á una mentira!

Cierto, por desgracia. Pero aun así.

El sufragio, falseado y todo, tiene un poder incontrastable impulsado por la idea.

Las mayorías, producto de falsedad, ceden y se rinden al fin á las minorías, cuando las minorías tienen razón.

Pretender la propiedad del espacio y del tiempo es una pretensión demente del egoísmo.

En rigor, nadie tiene derecho á más que al producto de su trabajo y á los valores ó recursos necesarios para gozar la satisfacción de las necesidades de la vida cuando, por enfermo, imposibilitado ó viejo, no pueda trabajar. De aquí se deduce que el hombre tiene derecho á su trabajo y á su capital, á su trabajo capitali-

zado. La esposa y el esposo, formando dos en una carne, tienen derecho á la propiedad y capital del marido, como el marido al de la mujer. Los hijos, mientras dependientes de los padres, ó por su edad, no pudiendo trabajar ó no habiendo aún tenido tiempo de ahorrar para disponer de capital propio, tienen derecho al de los padres cuando fallezcan, pues son carne de su carne y vida de su vida. Pero sólo en la medida necesaria para estar á cubierto de las eventualidades de salud y de vejez.

Al morir un individuo, todo sobrante no es del que dejó de pertenecer al tiempo y al espacio: es de la comunidad de los supervivientes.

El estado debe aplicar estos recursos, en primer término, á aliviar á los venideros, amortizando la deuda pública, porque si bien es cierto que una generación trabaja y deja obras y beneficios para la que le sucede, éste es su deber, y no es justo que carguen sobre los futuros las obligaciones demasiado pesadas de lo que fué.

Deuda pública debe mantenerse para regular la renta, pero nada más, y en una medida reglada y prudente.

Ya, con menos obligaciones á que acudir, puede ir dedicando los ingresos á los gastos reproductivos, y, grado á grado, al mayor desarrollo de la gratuidad de los servicios y la beneficencia domiciliaria, de la manera antes explicada.

Donde haya un impedido para el trabajo por cualquiera causa, allí debe ir; no para cargar con él y llevarlo á un hospital ó á un asilo, sino para darle el dinero preciso, para que el mismo necesitado satisfaga las necesidades de su vida.

Quedarán muchos dolores producidos por el egoísmo; pero, estudiados, no consideramos imposible su remedio. Por ejemplo: parte el corazón ver llegar una pobre bordadora á una tienda de comercio. Como hay mucha oferta, la despiden desabridamente. Si por caso la admiten, letras, cifras y dibujos primorosamente bordados, que exigen las veinticuatro horas del día para su labor, se las pagan en dos reales.

Es una iniquidad. Primero, porque el comerciante carga quintuplicado el precio, y, aunque no fuese así, no debe moralmente consentirse que la concurrencia de la necesidad asesine lentamente á las criaturas.

Esa labor, continuada un día y otro, no permitiendo alimento suficiente, vivienda sana, ni aire y luz, concluye con la salud y la vista y la vida de muchas de estas pobres trabajadoras.

— ¿Qué rēmedio á esto?

Pues los Sindicatos y Jurados.

Consideramos que los Sindicatos no deben reducirse á las cuestiones colectivas entre obreros y patronos. Deben también formar tribunales que, oyendo las quejas de los trabajadores en particular, si son justas, como la que se acaba de indicar, provean á su remedio.

No podemos volver á la tasa de nuestros padres; pero puede el Sindicato valorar el mínimo de precio de un trabajo, como se valora un mueble, cuadro ó joya por perito, y no consentir que se pague á menos precio.

— No lo pagarán los comerciantes.

Aquí de la renta de los fondos comunales de los obreros, y ya amansarán los malos comerciantes.

XII

CONSIDERACIONES

ACERCA DE LO EXPUESTO

No presumimos haber resuelto todos los problemas de la terapéutica del hambre, ni ninguno de ellos totalmente. Sería jactancia injustificada.

Pero creemos haber tratado el asunto con el método y de la manera que trata sus análogos la terapéutica científica constituída.

Hemos dicho á las gentes: — ¡Alto, que vais extraviados! Los unos por el temor, los otros por el delirio. ¡Éste es el camino!

Sentimos la fruición íntima y suave del trabajo. No decimos como el Supremo Hacedor al concluir la obra del mundo: — *Está bien.*

Sino decimos: — Seguid la vía. Trabajadla, allanadla y os ahorraréis muchas penas.

Si bien se mira, la medicación y los medios propuestos no tienen nada de radicalmente extraordinarios. Los más fuertes se reducen á ciertas leyes, como las relativas á la herencia, y no son más que una ampliación de los principios de las leyes de mayorazgos, herencias, amortización é indemnizaciones.

En último extremo, sólo podrá objetarse seriamente que, privado el hombre del estímulo de un allegar y de un adquirir ilimitado, se reducirían sus esfuerzos al cuánto de peculio que la ley permita, disminuyendo así los ricos y la riqueza de las naciones.

No se ha visto bien el asunto.

Pueden todos y cada uno trabajar, ahorrar y adquirir ilimitadamente, y gozar de los productos de su trabajo, de sus ahorros ó capital, y de las rentas de este capital.

Lo que no puede, al morir, es seguir gozando de estas cosas, que lo diga la ley ó no lo diga.

Y, puesto que no puede, no debe disponer.

Lo que en el mundo quede vivo como resto y continuación de su propia vida, hijos y mu-

jer, ya no tiene derecho á más que á lo necesario para satisfacer las necesidades de su vida propia.

— ¿Y quién y cómo puede fijar el cuánto de esas necesidades?

Ése es otro problema que procuraremos á su tiempo examinar.

— De todos modos, el amor á la familia es un poderoso y moralizador estímulo que lleva al trabajo y á la creación de la riqueza.

Verdad. Pero ¿no hay solteros millonarios?

Los avaros son comúnmente célibes.

La pérdida de estímulo que pueda ocurrir á un padre por no dejarlo todo á la familia ó á un extraño, se compensa con la satisfacción que debe experimentar considerando que el fruto de su trabajo no va á perderse, y que va á ser destinado á disminuir en un algo los sufrimientos de los supervivientes.

Y, en último caso, ¿qué importa que haya algunos millonarios menos, si resultan muchos bienhallados más?

XIII

NO SOLO DE PAN VIVE EL HOMBRE

Manifiesta tan evangélica verdad que la dicha, no se obtiene comiendo, ni teniendo techo ni vestido.

Tan cierto es, como esto otro, que, si no evangélico, queda demostrado:

Sin comer, sin hogar y sin vestido, no se puede vivir bien.

También queda dicho y demostrado que las necesidades de la vida crecen con el proceso de la civilización.

Así, pues, á más y mejor civilización, más necesidades.

Igualmente creemos haber demostrado el génesis de estos fenómenos, sus enlaces y consecuencias.

Los animales jóvenes, los niños y los pájaros sienten naturalmente *el placer de la vida*.

Pasada la infancia y rayana la pubertad, ese placer, esa alegría íntima, va extinguiéndose y trocándose en ciertos deseos vagos, que al fin se particularizan en el apetito genésico.

A su impulso, así como el cuerpo se transforma, se desarrollan unos órganos, aparece el vello y cambian los rasgos de la fisonomía, así cambia la afectividad, las emociones, las ideas, el modo de sentir la propia vida, sus deseos y sus ansias.

Todas estas cosas, sobre que las siente menos, las satisface fácilmente el hombre en estado de naturaleza. No siempre, sin embargo, y en los primeros rudimentos de civilización ya se perciben dificultades, contrariedades y desdichas. Ya tiene que comprar el hombre á la mujer, prueba evidente de que le cuesta algo satisfacer el deseo. Ya tiene que robarla y sufrir los azares del robo, sus luchas y consecuencias.

Para tomar un punto de partida de la infelicidad, esto es, de lo contrario á la felicidad, podemos elegir su fenómeno más culminante. Convendremos en que el hecho más declarador

de la infelicidad sentida es el suicidio. El acto por el cual, sintiéndose un malestar, un dolor, una pena tan intensa, se hace la propia vida insoportable, y se atenta contra ella.

Si paramos mientes en los motivos de los suicidios, recordaremos que unos son por amores contrariados, otros por el hambre ó las necesidades insatisfechas, otros por no sufrir el deshonor y la vergüenza, y otros por enfermedades y demencias.

Suman cuatro grupos. Cada uno da su contingente de víctimas.

Las estadísticas deben declarar el orden que las corresponda según el número debido á cada uno.

No lo recordamos. Ni queremos suspender el pensamiento para ir en busca de la estadística.

Lo esencial para el objeto es observar que unos suicidios provienen de contrariedades fisiológicas, otros de causas psicofisiológicas y otros de causas patológicas.

Dejemos á un lado los suicidios por locura y enfermedades largas y penosas.

El hecho es que el hambre, la miseria, el deshonor, no son los que dan el mayor contin-

gente, teniendo en cuenta el número infinito de míseros y hambrientos que existen en el mundo.

El número mayor, puede asegurarse *à priori*, procede de los amores contrariados. Luego aquí, esta causa, resulta la más fuerte, más frecuente y enérgica.

En efecto, el hambre pertenece á la mera fisiología contrariada. Mas el amor pertenece á la fisiología y á la psíquica, á los órganos sexuales y á la mente.

Los suicidios por temor al deshonor y la vergüenza son menos frecuentes, aun agregándose aquellos que proceden de la vergüenza y deshonor asociados á la idea de un porvenir miserable.

De todos modos, es un grupo perteneciente á causas psíquicas.

Declara lo expuesto de modo evidente que, viniendo la infelicidad de tres fuentes, la dicha no puede cumplirse, aunque proporcione la Sociedad pan, vestido y albergue á todos y á cada uno de sus miembros.

Hay otras necesidades, si menos perentorias, no menos precisas para la felicidad de las criaturas.

Hemos dicho, y es la pura verdad, que los pobres y desnudos, con ser miserrísimos y numerososísimos, dan poco contingente al suicidio; pues ahora considérese que los que se arruinan, esto es, los ricos, que son relativamente pocos, y de ellos los que se arruinan, que son menos, dan en esta relación un gran contingente de suicidas; ó, lo que es lo mismo, el sufrimiento y penuria del hambre y la miseria da pocos suicidios, pocos desgraciados hasta la desesperación, y los arruinados que no han sufrido todavía esas penurias, ante la idea del menosprecio en que van á caer y la imagen de la miseria que les aguarda, se quitan la existencia.

Procede, pues, examinar estos asuntos, si se ha de investigar el modo de disminuir la infelicidad y obtener la felicidad correspondiente á la vida, no esa otra en que ponen el pensamiento con la boca abierta los que están mirando siempre á las estrellas y no advierten lo que pasa en su alrededor; ni menos el *sumo bien*, que, como hace notar Santo Tomás, hasta su concepto es dado á errores.

Circunscribámonos á estudiar la dicha de la vida que empieza con el nacimiento y acaba

con la fermentación pútrida. Y esto no quita, ni se opone, ni perjudica, ni niega que sea muy oportuno, muy justo y muy loable que otros piensen, discurran y crean en cuantas vidas y felicidades quepan en su juicio ó en su imaginación. Hablamos con entera sinceridad. No es metódico mirar á lo lejos sin haber mirado antes lo que está cerca. La Ciencia no es la Fe. La Ciencia es la investigación metódica y sistemática.

Así, no se hagan muecas ni se frunza el entrecejo.

Tratábamos, y hemos de seguir tratando, del grupo psicofisiológico.

XIV

NECESIDAD DEL PLACER

RESULTANTE DEL EJERCICIO PERFECTO
DE LAS FUNCIONES DE LA VIDA

Efectivamente, ni sano, ni comido y bebido, ni vestido como un palmito, basta para ser feliz.

Es preciso vivir alegre, plácido, contento y satisfecho. Estar alegre, plácido, contento y satisfecho, son meros estados graduales de las sensaciones armónicas.

El niño, los pájaros, los animales jóvenes, dan señales de sus alegrías; corren, sintiendo el placer de la función de sus músculos; saltan, brincan y gritan, sintiendo el placer de respirar. En los niños brillantean los ojos, sintiendo el placer del mundo externo; idean travesuras, sintiendo el placer de su actividad; las ejecu-

tan, sintiendo el placer de su poder, y se ríen, declarándose felices.

Los jóvenes siguen dando estas manifestaciones, menos tumultuosas, modificándolas algo. Los saltos y carreras en juegos corporales, los gritos en cantos, las travesuras en determinaciones más cuerdas, la risa en placidez.

Llegada la pubertad, prosiguen ofreciéndose los mismos fenómenos, considerablemente modificados, y más en la mujer que en el hombre.

La placidez balancea entre el contento y descontento. Los juegos corporales se transforman en bailes. Los cantos no son los de:

« Alimón, alimón,
que se ha roto la fuente » ;

tienen otro contenido, son de amor.

Los ojos, si alegres por lo común, presentan á veces pinceladas de luz vaga, otras pardas como de insatisfacción, otras melancólicas y dulces como tardes de otoño.

Ya el goce de la vida no es completo.

Otro sér igual, de sexo distinto, se aproxima; se agradan, se unen, constituyen familia, y la felicidad llega á su colmo, si la escasez ú otro motivo no la turba.

El contento de la plena vida satisfecha viene menguando en cantidad y creciendo en intensidad; extiéndese el amor á los hijos hasta que, adultos é independientes, se ve disminuir, viniendo el contento á convertirse en cierta satisfacción tranquila de haber llenado una misión.

Los nietos, la presencia de la segunda generación, aviva el sentimiento del goce de la vida en los últimos días; y cuando próxima á extinguirse, vuelve á flamear con un conato ó recuerdo de alegría infantil.

He aquí el cuadro sintomático de la felicidad.

Con él á la vista, y conocidas las causas que la perturban, queda el ánimo racionalmente convencido de la dificultad de mantener constantemente el estado de dicha, y la facilidad con que ocurren desequilibrios orgánicos, psicofisiológicos, etc., y, últimamente, mostrándonos que el hambre no es el mayor ni el único motivo de insatisfacción ni de desdicha; sino que lo es también, y en mayor grado, el amor, función relacionada con el apetito genésico y el de la conservación de la especie. Por tanto, es un punto de partida insuficiente el que informa el actual movimiento socialista.

XV

DEL AMOR EN SUS RELACIONES

CON LA FELICIDAD É INFELICIDAD

Puesto que, cual se toma un termómetro para medir los grados de calor, hemos hecho con los motivos de suicidio una escala para medir los grados de infelicidad, y esa escala nos demuestra que el máximo numérico corresponde á las insatisfacciones del amor, claro está que ahora corresponde estudiarlo y examinarlo en esas sus relaciones con la felicidad é infelicidad.

El amor parte del apetito genésico.

La observación atenta de los fenómenos de la Naturaleza, ofrece, respecto al particular, cosas tan extrañas, que verdaderamente parecen misteriosas.

Creemos haber encontrado el cabo del hilo

del misterio en la primera manifestación orgánica que nos ofrece el mundo, que es la célula; y cuando vamos á coger el cabo, se nos escapa de las manos y se va á posar en otro mundo más pequeño y microscópico, al núcleo de la célula misma. Lo perseguimos allí, y nos vuelve á burlar, huyéndose al nucléolo.

Á pesar de todo, los sabios no desmayan: discurren é inventan medios y recursos eficaces para penetrar en esa última trinchera, por su pequeñez, casi invisible, y para el pensamiento un mero punto de la divisoria entre el sér y la nada. ¡Y cuál será la sorpresa, al encontrar allí, en el incluído más pequeño del incluído, en el último microcosmo, hallado por la análisis, en el núcleo del núcleo, en el nucléolo, el espléndido teatro de la función *karyokynesis*!

Deploramos que estas palabras extrañas, y algunas de las ideas que vamos emitiendo, no las puedan entender, *no las puedan llevar ahora*, como dice el Evangelio, la mayoría de los lectores. Para entenderlas es indispensable haber estudiado *Histología*; pero, en fin, como hablamos de descubrimientos comprobados y admitidos, no decimos nada nuevo ni necesitamos alegar pruebas por nuestra parte.

En el estado actual de conocimientos, se supone haber encontrado el primer y más rudimentario y más indistinto punto de partida orgánico en el *protoplasma*.

El protoplasma es una materia orgánica blanda, compuesta de principios inmediatos químicos, en que entra el ázoe. Materia informe y cambiante, dotada de excitabilidad, igual é indistinta en su todo y en sus partes, que cambia con lo que le rodea, ó sea con el mundo externo, y que se divide ó parte en uno ó más fragmentos espontáneamente, dando lugar cada parte á un sér ó cosa igual al todo de que procede y con iguales fenómenos de vida.

Pero, cosa más singular aún: cuanto tiene de obscuro y de intrincado el asunto perseguido objetivamente, tiene de claro mirado subjetivamente.

Á la inteligencia, por virtud de todos los fenómenos observados, se presenta una idea clara y distinta, á saber: que la duplicación ó multiplicación de lo vivo es debida y está relacionada con el complemento y el exceso de materia necesaria para la vida del sér que se multiplica. Llegado el complemento de su des-

arrollo, no crece más, y desde entonces, lo asimilado que le sobra, lo desprende como parte viva de su todo, y esa parte sigue viviendo independiente, para multiplicarse á su vez, de igual manera.

Sin salir del mundo de los *protistos*, esto es, de los individuos de organización más embrionaria é indiferenciada, que asimilan, desasimilan y se reproducen del modo que acaba de decirse; sin salir de ellos, se ven ya algunas complicaciones. Pasando, por ejemplo, al reino de las algas microscópicas, unas, simplemente se dividen, dando lugar á otras algas; otras, además de éste, adoptan el siguiente procedimiento:

Un tubo suyo se pone en contacto con otro tubo, cual dos dedos que se cruzan ó se tocan. Los puntos de contacto se desgastan y perforan; la materia protoplasmática del uno pasa al otro; éste se hincha, se rompe, deja escapar su contenido, se fragmenta, y de cada parte resulta un alga nueva. Resulta aquí ya un enlace, un matrimonio, una verdadera fecundación, gestación y alumbramiento.

Todos los modos y maneras de reproducción que pueden verse en las escalas más altas, tie-

nen ya delineado su tipo y su representación en las más inferiores.

Los animales superiores concentran sus energías reproductoras en un solo modo de función. Pero los seres inferiores echan mano de todos los medios de función posible, mostrando su avaricia de perpetuar la especie.

La idea que declara la Naturaleza es reproducir los individuos á toda costa y de diversos modos, para que, si no de uno, se multipliquen de otro.

En los árboles lo ha visto todo el mundo. No sólo se reproducen por semillas: se reproducen por yemas, por ramas que salen de las raíces, por acodo y de varias maneras.

Desde la asexualidad á la sexualidad, desde la monogamia á la poligamia, todo declara que la reproducción es la función *i m p e r a t i s* de las funciones de la Naturaleza.

Estas declaraciones, estas varias maneras, estas transformaciones, suponen poderosas fuerzas procedentes de cambios y movimientos combinados, directos y reflejos, primarios y secundarios, de la materia orgánica y de la materia inorgánica, al cambio de sus estados respectivos.

Dados estos antecedentes, ¿qué extraño es que el individuo racional, suma y compendio del mundo todo, cuando llegue al complemento de su sér, sienta las vibraciones de esos movimientos y los impulsos casi irresistibles de esas fuerzas? Y, en efecto, los siente, y los siente de dos modos, según su estado de civilización: como hambre genésica y emoción, el incivilizado; como apetito, emoción y pasión, el civilizado.

El hambre genésica se realiza en los órganos sexuales ya individualizados.

En los animales superiores se determina en períodos que se llaman de celo.

La emoción genésica no se circunscribe á dichos órganos: afecta todo el aparato de la sensibilidad. Aquí, el apetito está en todo el cuerpo.

El apetito y la emoción genésica, actuando en el hombre civilizado, mueven el pensamiento; la idea se asocia á la emoción, y nace el sentimiento del amor, que asciende á pasión mientras no se satisface.

El hambre no llega á apasionar.

Se queda en apetito apremiante; generalmente languidece y abate; en algún caso y

momento provoca furia é impulso á acometer.

De lo expuesto se deduce que el estudio del asunto da por resultado la misma conclusión que la estadística del suicidio, á saber; que el amor sexual influye más que el hambre en la dicha ó la desdicha.

El hambre resulta de la necesidad de conservar la propia vida.

La pasión amorosa procede de la insatisfacción de la necesidad de conservar la especie.

Ha sido preciso entrar en los intrincados y difíciles antecedentes que dejamos expuestos, porque siendo el tema del amor el tema eterno de la Religión, de la Filosofía y del Arte, tanto y tanto se ha dicho de él, que hemos concluído por no saber nada de él que tenga aplicación al remedio de sus infinitas desdichas.

Cuando el amor no llega á amor, cuando se queda en el límite de estímulo genésico, no causa verdadera desdicha. Ese estímulo se satisface más ó menos gratuitamente.

Por esto los socialistas se preocupan poco del amor, á pesar de ser causante de tantas desventuras.

La emoción genésica es algo más exigente. Puede provocarla una cosa, y otra no. Puede la

determinación venir de puntos inconvenientes.

El espectáculo de una pareja de ganado acoplada, excita la emoción y puede conducir á la pederastia. Conviene discretamente saltar donde hay fango.

Hacemos estas leves indicaciones para demostrar que la emoción tiene también su lado conveniente y bueno, y que es indispensable su estudio para darnos cuenta de algunos problemas.

Nada más bello que las auras sonrosadas que repentinamente encienden el rostro inocente de la niña, á los anuncios de la pubertad, declarando la emoción delicada del pudor.

Pues esa emoción, idealizada y dirigida rectamente, engendra el sentimiento del verdadero amor semidivino, que luego se difunde en atmósfera suave al esposo y los hijos y á todas las criaturas.

De ahí resulta el amor purificado y libre de la cárcel del espacio y del tiempo, que nos lleva á concebir cómo nos ama el Autor de lo creado, y nos enseña cómo debemos amarlo sobre todas las cosas.

Decíamos que la emoción y la idea producen el sentimiento.

Ahora debe añadirse que el sentimiento se fija en la persona que produce la emoción.

Por eso, el verdadero amor, el que no se reduce á mero apetito, con ó sin emoción, es unipersonal y no se satisface más que con y en la persona que produjo la emoción.

Bien puede dársele á un enamorado ó apasionado insatisfecho un serrallo elegido; quedará tan insatisfecho, apasionado é infeliz como se estaba.

Así, pues, la monogamia y sólo la monogamia tiene derecho al amor; ó, mejor dicho, sólo se satisface el amor verdadero dentro de la monogamia.

El matrimonio, por consiguiente, es la única constitución que corresponde á nuestro estado social.

Aquel cuya afectividad no pase de apetito y de emoción, no debe casarse. Absténgase si puede, ó satisfaga las necesidades como pueda, pero con personas que estén en igual grado de afectividad. De otro modo, ambos serían desgraciados.

Debe observarse que, si el amor es irresistible, el apetito genésico no es irresistible.

Efectivamente, si examinamos este punto,

veremos que concuerda con los antecedentes expuestos.

Si el apetito genésico reside en los órganos especiales, y la emoción genésica en todo el cuerpo, cada uno ha de tener su fuerza, que, unidas, suman más que separadas. Responden al impulso mayor, que declara, como hemos visto, la naturaleza; el que determina la conservación de la especie. Pero este impulso tiene por carácter ser periódico y ser impersonal.

Como periódico, pasa, para volverse á sentir más ó menos tarde. Como impersonal, casi le es indiferente que sea una ú otra mujer la que sirva de pasto.

Pero cuando se asocia la idea á la emoción, ya el sentimiento es fijo, no es transitorio. Se ama sin erotismo, lo mismo que en los períodos de él; se ama á todas horas, de día con el pensamiento, de noche con el sueño, y no con esta ó la otra persona, sino sola y exclusivamente con la que produjo y sigue produciendo la emoción. Al llegar á este punto, es cuando la fuerza de los tres factores del amor resulta in-contrastable y produce la mayor dicha, como la mayor desdicha.

Que el mero apetito genésico y la emoción

genésica no idealizada se pueden resistir, es verdad palmaria.

Presente por testigo el celibato continente ó incontinente de laicos y sacerdotes, de vestales y monjas, de solteras inmaculadas voluntaria ó involuntariamente.

Verdad también que esto no los hace felices, que por un tiempo largo de sus existencias sufren ansias sordas ó ansias vivas, que se les modifica el carácter en sentido generalmente árido y seco; pero al fin la situación se conlleva, los órganos se atrofian por desuso, las emociones se repliegan y transforman, en irascibilidad unas veces, en histerismo otras, en paciencia, mansedumbre y dominio propio en no pocas ocasiones.

Bajo este último respecto, la continencia viene á ser la mejor educación y disciplina para la abnegación y la virtud.

La pasión del amor, pues, aunque una, contiene tres elementos: el orgánico localizado, el orgánico generalizado y el psíquico ó ideal. Estos elementos juegan solos ó asociados. El orden de evolución: primero el orgánico local, luego el orgánico local y general, y últimamente, con el local y general, el psíquico,

Esperamos que ahora podrá explicarse el lector el *maremagnum* que existe acerca del amor, y no extrañará que haya quien lo defina como el contacto de dos epidermis, y haya quien lo ponga por las nubes.

También podrá explicarse el hecho extraño de que un mismo escritor, tratando del amor, lo considere inconsecuentemente, según la situación variante afectiva en que el mismo escritor se encuentre, y que unas veces cante al amor carnal más basto, y otras al amor platónico imposible. Y, de igual é inconsecuente manera, que ya se jacte de haber abusado de la inocencia, como si fuera una gracia, y ya que acto continuo escriba una tragedia sobre el mismo tema.

Conviene observar que en la infelicidad originada por el amor entran necesariamente dos personas: una que hace de víctima y otra de verdugo, y suele suceder que ambas á la vez ofician de verdugo y víctima.

Todo depende de la dificultad de armonizar tantos movimientos, tantas cosas que vibran en diversas escalas, y que forman una orquesta difícilísima de mantener al unísono.

Amar un hombre á una mujer ó una mujer

á un hombre en afectividades diferentes, es ya causa de desdichas. Amarse en diverso género de amor, es causa de trágicas catástrofes.

Extraño parece que hechos tan conocidos, tan bien descritos en dramas y novelas, no hayan sido analizados filosóficamente.

Santa Teresa y otros muchos se han ocupado del amor divino. Los fisiólogos, de las funciones de reproducción; pero falta el estudio psicofisiológico.

Carecemos de fuerzas, tiempo y oportunidad para hacerlo. Nos circunscribimos á lo más preciso para tratar la patología del amor y de los medios y maneras de evitar sus infelicidades.

Recordemos, en primer término, lo que ya queda observado: que es la causa que da lugar á mayor número de suicidios. Quiere decir, que llega á la ebullición, al grado ciento, en el termómetro de la desdicha.

¿Por qué sucede así?

Pues, seguramente, porque debe sentirse con mayor intensidad ó con mayor frecuencia que las demás desdichas.

Examinemos este punto.

Si se recuerda la génesis y escala de la sensibilidad, aparecerá más claro.

G é n e s i s d e l a s e n s i b i l i d a d .
Actividad, excitabilidad, protosensibilidad, sensibilidad consciente, apetito, emoción, sentimientos, pasiones.

Resulta de esto que por el amor corren todos los grados de la sensibilidad, y que, por tanto, contiene la máxima suma de todos los grados y modos de la afectividad, desde la actividad rudimentaria hasta la pasión, que es ya un trastorno rayano á la locura. Agréguese á esto una idealidad de felicidad suprema y eterna, que, al sentirse engañada, destruída y perdida para siempre, hace odiosa la vida y pide á gritos la muerte.

Sobre esto, añádase también, en la pobre mujer, el cuadro horrible del deshonor y la miseria, y, por si no fuese bastante todavía, el peso del fruto de su pasión cuando lo lleva en las entrañas.

No diremos que la muerte; pero para sufrir así, valiera más no haber nacido.

¿Cómo evitar tales conflictos?

Por lo pronto, lo ignoramos.

Siquiera, la cuestión del hambre tiene soluciones más ó menos inmediatas.

Pensemos, sin embargo.

Causas y tratamiento de la patología del amor: Desde luego, es necesario que hombres y mujeres se acostumbren á hacer estrecho y diario examen de conciencia, con el propósito de no engañarse á sí mismos ni engañar á otro, tomando como amor el mero impulso de la carne; el apetito sexual, apenas satisfecho que ya hartó, apenas hartó que hastiado.

Averiguado el extremo en sí propio, necesita inquirirlo en la persona á quien ha de entregar la llave de su dicha. Difícil es llegar al íntimo conocimiento de sí mismo; más difícil al conocimiento recóndito de otro.

De cualquier modo, aunque resultemos muchas veces engañados, no sucederá con tanta frecuencia, y al menos, sabida la responsabilidad de tales actos, no se irá, como ahora, casi deliberadamente y por capricho, á hacer la infelicidad de una pobre criatura, ó á aceptar un enlace por satisfacer meros estímulos, ó por conveniencias pecuniarias, á riesgo de convertirse en asesino de una dicha prometida, de más valor que la vida.

Celos. — Nos referimos á los infundados.

Los fundados corresponden á lo dicho ante-

riormente. Los celos infundados dependen de un estado patológico de la mente.

Así como el delirio de persecución procede de la aberración del sentimiento de conservación, así los celos dependen de la aberración del sentimiento del amor.

Es una enfermedad, y como enfermedad debe considerarse.

Hace desgraciados á ambos cónyuges: al celoso y al supuesto infiel. Como enfermedad, tiene sus grados de mayor ó menor exaltación y gravedad.

Es incurable. Aun paliarla es difícil.

Necesítase para conllevarla gran suma de talento, paciencia, virtud y resignación en el esposo sano.

El que observe en la persona con quien trate de enlazarse decidida tendencia á dicha enfermedad, debe pretextar un viaje, alejarse y disolver sus compromisos.

Si se casa, hará tan mal como si lo verificara con leproso.

Los celos infundados suelen convertirse en gran galeoto. Nuestro inmortal dramático Tamyayo y Baus, ha fundado en esta observación uno de sus mejores dramas.

Inconstancia. — Concebido como eterno el sentimiento del amor, su inconstancia determina graves penas. Afortunadamente, muchas veces, lo que empieza por estímulo genésico, va luego ascendiendo á emoción idealizada, hasta elevarse á verdadero amor.

La mayoría del bello sexo posee natural y espontáneamente el arte de verificar este cambio feliz; pero suelen abusar de él convirtiéndolo en coquetería, juego peligroso con el cual, si fijan alguna vez el sentimiento del amante, otras veces producen un efecto contrario, y, aunque logren el que se prometen, siempre es á expensas de la tranquilidad y de la verdadera dicha.

Los dramaturgos también han observado el punto, y hecho de él tema de numerosos dramas y comedias.

Dentro de la inconstancia, lo peor, por más frecuente, es el decrecimiento del afecto. Efectivamente, todos los días somos testigos del enlace de dos personas que al parecer se aman, y que luego descienden á la indiferencia, al hastío, al desamor y al odio.

Conviene examinar los motivos de tan deplorables casos.

El principal, quizá, consiste en la contrariedad de caracteres.

Con caracteres normales, si hay verdadero amor en ambos cónyuges, la mujer domina al hombre.

Si hay más amor en el hombre que en la mujer, la mujer domina al hombre.

Si hay más amor en la mujer que en el hombre, según los grados de diferencia, ó se establece equilibrio, ó el hombre domina á la mujer con mayor ó menor imperio, soliendo llegar á despotismo.

De aquí se deduce que, de tres matrimonios, en dos domina la mujer, en uno el hombre.

El factor de la capacidad intelectual varía un tanto las relaciones del dominio, pero no las altera esencialmente; en cambio, sí altera los efectos sentidos ó sensibles del dominio, haciéndoles correr una escala de lo dulce á lo amargo.

Del caso primero, igual amor, dijimos que la mujer dominaba; pero si esta circunstancia ocurre unida á igual ó mayor talento en la mujer, los efectos de su dominación no se sienten; al contrario, ella infiltra su voluntad tan silenciosa y dulcemente en el marido, que éste obra por sugestión, en la firme creencia de que lo que

se hace y determina es su absoluto mandato.

Igual sucede en el segundo caso; pero si la mujer carece de talento, abusa, y el marido conoce y siente su esclavitud, protestando resignado.

En el caso tercero, si están dotados de talento hombre y mujer, hay cierta lucha, cierta oscilación entre la mujer, que reclama su imperio sobre el hombre, y el hombre, que pretende el suyo absoluto. Al fin cede la mujer. En este caso, si el marido carece de educación, abusa de su superioridad haciendo á la esposa poco feliz.

Las perturbaciones más frecuentes de las relaciones conyugales dijimos que procedían de las contrariedades del carácter.

Los prontos é irascibles, si se dan en uno y otro cónyuge, quebrantan el amor.

Si son, sobre irascibles, rencorosos, lo quebrantan y pulverizan.

Si son temosos, peor que peor.

Si uno tiene carácter violento, pero no rencoroso, y el otro, sobre tener talento, tiene carácter dulce, la turbación es nube de verano, y más enardece que apaga los afectos.

En fin, afirmamos, como cosa cierta, que la

intervención del carácter y sus combinaciones deben fijar la atención de los contrayentes antes de su enlace, porque influyen mucho en la dicha ó la desdicha.

Abusos.— Otro de los motivos de la inconstancia del amor son los abusos sexuales.

Los apetitos siguen todos la misma ley. Una vez satisfechos, el alimento resulta indiferente. Si se llega al hartazgo, se hacen repugnantes y provocan náuseas. La ley mantiene su acción en el apetito sexual.

El abuso de un cónyuge determina necesariamente en el otro el aburrimiento y el fastidio.

Las consecuencias son más transcendentales de lo que á primera vista parece. El abusador no produce emoción sobre el que es objeto del abuso, y este miembro, harto, y juntamente insatisfecho, queda muy predispuesto á recibir la emoción de parte de cualquiera otra persona. Ya son dos las consecuencias desgraciadas: desamor y tendencia á la infidelidad.

Hay otra más grave todavía, porque extiende la desgracia á mayor número de seres.

Para que la fecundación y la generación dé frutos sanos y robustos, se necesita, ante todo, que sea buena la semilla.

Los hijos concebidos sin *estro*, sin la fuerza de la emoción y del apetito sexual reunidos, ó, lo que es igual, sin los estímulos que declaran que la persona está en condiciones de reproducción, resultan desmirriados y más ó menos degenerados.

No hay que decir las desgracias que sobrevienen con una prole así, tanto para los padres como para la Sociedad.

Se impone, pues, la sobriedad para la constancia del amor.

Otras causas hay de inconstancia que provienen, no del mero apetito mal satisfecho.

Más ocultas, menos observadas, son por consiguiente menos conocidas. No provienen directamente de los órganos especiales de la generación: vienen de todos los sentidos, trastornando la emoción.

Una de las causas principales es el:

Quebrantamiento del pudor. — Muchas personas casadas entienden que el estado las hace dueñas absolutas de ambos cuerpos, cuando en realidad no es así. No digamos de los dos; ni aun de su propio cuerpo es nadie dueño absoluto, ni casado, ni soltero.

Evidentemente que no debemos maltratar el

cuerpo propio, ni abusar de él, ni mutilarlo, ni atentar contra su existencia. También es evidente que le debemos cierto respeto, guardarle cierta clase de decoro.

La ignorancia de estos deberes hace que muchos cónyuges se vistan y desnuden, hagan sus necesidades y abandonen sus carnes habitualmente á la presencia los unos de los otros. Sobre que no hay espectáculo, por bello que sea, que repetido y repetido no pierda su interés y magia, resulta que los esposos concluyen por agotar los resortes de su emoción. Agréguese que el amor necesita el concurso ideal, y que este ideal huye en presencia de las imperfecciones físicas de toda criatura. Sea la pareja una Venus y un Apolo, que, puestos en cuculillas, mucho tiene que hacer el ideal para no salir huyendo.

Considerando que no hay más Apolos y Venus que en esculturas, y que, por guapos que sean hombre y mujer, la edad y mil accidentes los deforman, que el vientre crece y la hermosura es inconstante, comprenderán la necesidad de la reserva del espectáculo de los cuerpos, la observancia de la honestidad, para que, al mantenerse vivo el pudor, fuente de las emocio-

nes delicadas y ennoblecidas, la idealidad no desaparezca, sino se agrande, estableciéndose en más altas esferas.

Otra causa. — El desaseo también procede del desconocimiento del deber que tenemos con nuestro propio cuerpo, de la ignorancia de que le debemos la parte de higiene necesaria para mantenerlo apto para la vida, en estado de salud y decoro.

Además, el olfato es un órgano muy importante de emoción genésica; lo es más que la vista.

Los animales montaraces por el olfato se estimulan, por el olfato se guían para buscar la pareja, y por el olfato se encienden, como podemos observar en los solípedos y en nuestros animales domésticos.

El olor limpio y suave de la carne femenina la envuelve en atmósfera atractiva para la emoción del hombre.

El olor más acentuado masculino, atenuado por la limpieza, despierta en la mujer la emoción vaga de acercarse á un no sabe qué de su complemento interior.

Á todas esas importantes y naturales emociones se opone la repugnante suciedad.

La transpiración elimina ácidos grasos, que, detenidos y acumulados en la piel, fermentan, cambian sus propiedades y se convierten en fé-tidos, como las carnes sonrosadas de la virgen en verduzcas y pútridas, cuando de ellas se apodera la muerte. No es otra cosa el desaseo: llevar puesto un sudario de *detritus* muertos.

Que uno ó ambos cónyuges sean desaseados, aunque por iguales hábitos no adviertan el efecto, el resultado es el mismo; si bien, cuando un miembro es aseado y el otro no, á la repugnancia sentida, se une el conocimiento del motivo y el desprecio del motivador.

Hay que poner cuidado en este punto de la Higiene: hay que fijarse en él, si se desea evitar uno de los motivos que suelen influir en la inconstancia del amor.

Determinados estados patológicos convierten en más ó menos desagradables las secreciones de las personas. Si la enfermedad es aguda, no hay caso. En tales circunstancias, el mismo amor sólo se cuida del peligro; no ejerce más que para sentir la pena, el dolor y las inquietudes del peligro.

Ni tampoco empecen las enfermedades crónicas por la misma causa, y porque la absti-

nencia á que la enfermedad obliga, aviva los sentimientos de cariño en el sano y el enfermo.

Pero á veces la enfermedad se reduce tan sólo á la producción del mal olor, constituyendo éste la enfermedad total y el único síntoma.

Puede suceder que, enamorado de una mujer con todos los atractivos de su aspecto virginal, cuyo aliento sea comparable al aroma de los prados, por una modificación de las funciones gástricas, pasado más ó menos tiempo del matrimonio, se vuelva desagradable. Conviene en este caso recurrir á un médico especialista. Podrá ser el defecto curable ó incurable; en todo caso, podrá atenuarse de manera que no produzca infelicidad.

La moda, conducida por la ignorancia, ha generalizado la costumbre de los perfumes. Costumbre estúpida y más fatal para la dicha de lo que la generalidad de las gentes pueden comprender.

Que se empolven las señoras hasta el exceso de llevar los rostros como salidos de una fábrica de harinas, con las cejas y pestañas entrapadas y los ojos irritados y fruncidos por el polvo, pase, si en el polvo no hay albayalde. Suele ser causa de leves oftalmías y nada más.

La ridiculez del empolvado desaparece bajo la aprobación de la costumbre.

¡Pero los perfumes!

Examinemos la materia.

Los perfumes, en grado tenue y leve, los más de ellos, resultan agradables.

¿Quién no se recrea con el perfume de las flores? Pero, entiéndase bien, sin pasar de cierto grado.

Las azucenas ya impresionan fuertemente al aire libre. De cerca no es fácil soportar el ambiente de un jardín en que florezca la dama de noche. El cinamomo no se puede resistir ni lejos ni cerca sin sentir trastornos.

En habitación cerrada, todos los perfumes son nocivos.

Nadie ignora que es perjudicial tener flores en los dormitorios. Y esto tratándose de perfumes y flores naturales. ¿Qué habrá de suceder con los artificiales?

Los operarios de las fábricas de perfumes caen gravemente enfermos. Su industria se cuenta entre las más peligrosas para la salud.

A poco, pierden el olfato, sufren náuseas, vértigos y neuralgias. Otros, trastornos más graves: inapetencia, debilidad muscular y ge-

nésica; se desemblantan y adquieren una coloración denunciadora de mal estado de salud.

Las personas que acostumbran á perfumarse pierden su natural olfato.

No se huelen, y recargan la fuerza de la droga, hasta hacerse mal y desagradar á las gentes.

Una señorita sufría constantes dolores de cabeza. Había apelado á varios médicos y usado muchas medicinas.

Después de largo tiempo de padecer, nos consultó por casualidad; tenía una palidez de tinte extraño, sus párpados estaban caídos y abotargados. Despedía fuerte olor á un malhadado perfume que la moda sostiene hace tiempo; y como no encontramos enfermedad conocida relacionada con su estado, sospechamos que fuera dependiente del abuso del perfume.

En efecto, así era. Dejó de usarlo, é inmediatamente sintió alivio. Á poco, sin más remedio, estaba libre de su enfermedad.

No es esto sólo. Muévenos á particularizar la materia la directa relación que los perfumes tienen con las emociones del amor, y, por tanto, con sus dichas y desdichas,

Se comprenderá más fácilmente recordando lo dicho acerca del olor humano y su alteración por el desaseo.

La fragancia de la pubertad se obscurece y ahoga en los perfumes. Si suaves, pueden soportarse; si acentuados y constantes, embotan el sentido de las emociones genésicas y aumentan el erotismo orgánico localizado, para agotarlo pronto por su propio abuso. Su acción final es parecida á la de las cantáridas.

La comida doméstica regularmente condimentada satisface la necesidad y no cansa ni se hace repugnante.

La comida de fonda aviva el apetito y causa placer; pero á los quince días ha perdido su agrado, es indigesta y no puede soportarse.

Una mujer ó un hombre perfumados hacen á sus cónyuges, primero lujuriosos, luego impotentes relativos, y los llevan á la infelicidad, buscando inconscientemente otros olores.

Desorden. — Causa de desdicha en todas las cosas de la vida. No puede ser menos en el amor y en su constancia.

El desorden del hombre ó la mujer apareja la ruina y la miseria.

Bajo sus sufrimientos depresivos, no crecen

más emociones que las del fastidio y mal humor.

La mujer ó el hombre ordenado y arreglado modestamente en su persona, vestido y domicilio, ordena y arregla los demás asuntos y sus medios de vivir.

Bien lo expresa el sentido común y bien ha dicho:

Hombre ordenado,
siempre bien hallado.

—

La mujer compuesta
quita al marido de otra puerta.

XVI

DEL HONOR

CONSIDERADO COMO CAUSA DE FELICIDAD Ó INFELICIDAD

Convengamos en que estamos equivocados. Se cree generalmente que el honor es una cosa ideal, y como idea se trata y considera. Ése es precisamente el error. Se ha tomado la parte por el todo.

El honor es un sentimiento, una cosa sentida. Sabemos que los sentimientos son estados permanentes del ánimo, engendrados por una emoción que la idea fija al asociarse.

La emoción es una sensación interna general, una vibración de la totalidad viviente.

Hemos estudiado las emociones del amor en correspondencia con la conservación de la especie.

Pues la conservación individual determina el *amor propio*, el cual produce también sus emociones.

Luego viene la idea, que, asociándose á la emoción, produce monstruos, ó produce actos divinos, según la idea dirija el sentimiento producido.

Aunque dejamos explicado lo que son las emociones, no estará de más insistir algo, ampliando el asunto.

Sabemos que son movimientos generales de la sensibilidad total. Estas vibraciones vienen solamente de dos puntos, de dos fuentes. La primera, de la exigencia ó necesidad de conservar la existencia individual. La segunda, de la necesidad de conservar la especie. Son, pues, los dos fenómenos universalmente conocidos con los nombres de instinto de conservación é instinto de reproducción. Uno y otro constituyen los dos apetitos primordiales, inconscientes primero, y que hasta el momento presente no han pasado de su período protoconsciente.

En efecto, obsérvese bien: aunque el hombre sentía sus emociones, ni las conocía intelectualmente, ni se las había explicado, ni sabía dónde las sentía, ni se paraba á reconocer la

causa de ellas, sus enlaces ni relaciones. Quedaba, pues, á este respecto, reducido poco más ó menos á lo que el caballo que se espanta, al perro que huye atemorizado ó al niño que salta alegre sin saber por qué.

No existiendo más fuentes de emociones que las dos indicadas, todos los movimientos emocionales, que son muchos, corresponden, no obstante su variedad, á una de las dichas fuentes. Ya hicimos notar que el sentimiento primitivo de la belleza partía de la emoción del miedo, unido á la idea de matar para no ser matado. Aquí se ve la emoción del miedo, dando lugar al primer género de valor. Al valor de la cobardía, valor que en nuestra propia sociedad vemos en los individuos de las clases bajas, en esos que en sus riñas *madrugan* (1), el valor actual del alevoso que espera oculto para disparar un tiro á su contrario.

Tómanse estos actos, en los primeros pasos de la Sociedad, como grandes, meritorios y hermosos; los hombres gallardean de ellos, procuran tomar aspecto fiero; ya dijimos cómo: ra-

(1) Palabra usada por el pueblo, para expresar el acto del que hiere ó mata á su contrario acometiéndole de repente y antes que pueda defenderse.

yándose el rostro, pintarrajeándose, tatuándose y de otras maneras ya indicadas; estas formas dieron el tipo de la belleza, y la belleza partió de tal fealdad, como allí vimos partir el valor del miedo.

Vemos, pues, que el valor y la belleza tienen la misma madre emotiva, surgen de una misma fuente, son dos sentimientos procedentes de una sola emoción, diversificada ó modificada por distinta idea.

Empezando el valor por el miedo, sigue inmediata y necesariamente el alarde de no tenerlo: la fanfarronería, forma bien apreciada por el sentido común, y que aprecia, señala y distingue con la exactísima frase de *amor propio*. — Ése, se dice, tiene mucho amor propio, cuando se trata de un vanidoso, de un fanfarrón ó del que alardea de alguna cosa.

Y, en efecto, del amor propio se ven partir los extraños y, al parecer, paradójicos fenómenos: del miedo, el valor; de la fealdad, la belleza.

Las emociones, unidas á sus ideas respectivas, dando lugar, como hemos visto, á sentimientos deformes y groseros, al exteriorizarse, sirven de pauta de conducta, establecen una

ética más ó menos rara y establecen modas y costumbres.

Una de sus exteriorizaciones es la *vanidad*, el alarde del valor propio; y esa vanidad, la que procura satisfacerse con la admiración y reconocimiento de las demás gentes.

Véase aquí el embrión deforme y feo del sentimiento del honor.

¿Quién lo diría? Ser el valor hijo del miedo; la belleza, de la fealdad; el honor, de la vanidad, y todos nietos mal criados de la necesidad de la conservación del individuo.

Comprendemos las dificultades que se ofrecerán á las gentes para admitir estas verdades. ¡Son tan opuestas, tan contrarias á lo dicho y sentido hasta aquí...!

Nosotros, que tenemos un concepto tan noble del valor; nosotros, que tenemos un concepto tan sublime de la belleza; nosotros, que tenemos una idea tan alta del honor, ¿cómo hemos de admitir esas bajezas?

De la belleza, léanse los tratados de Estética, los mejores. Gran cosa es la belleza; pero ni se sabe dónde está, ni de dónde viene.

Del valor, en puridad, lo que se ha dicho de más cierto es lo que sigue:

Que sentir el *temor* es ser prudente,
Y saberlo vencer es ser valiente.

¿Y del honor? ¡Qué cosas tan estupendas y tan raras se han entendido y se entienden por honor!

Convengamos en que, ignorada la naturaleza de las emociones; que, desconocido el origen y motivo de los sentimientos, no es posible formar juicio exacto de la belleza ni del honor.

Sin la luz que puede proyectar la Psicofisiología, no hay claridad para estas cosas.

Á obscuras la Estética.

La Ética en tinieblas.

Ni de la belleza ni del valor queremos ni debemos ocuparnos más ahora.

Preciso será añadir cuatro palabras acerca del *honor*: lo necesario solamente para el problema de la felicidad.

El honor es una cosa noble y alta.

Pero porque tome su origen de un padre mísero, cual lo es la vanidad y el amor propio; porque su primer ascendiente, el miedo ó el temor, nos parezca injustamente plebeyo y despreciable, ¿ha de ser precisa y necesariamente originado de otra cosa, aunque esa otra cosa sea un no sé qué ó un sentimiento pristino, in-

maculado y nobilísimo, desde el primer instante de su sér natural?

¿Y ha de ser precisa y necesariamente, si no ha de perder su prestigio y noble alcurnia, sellado en el espíritu del hombre, al tiempo de su creación, con todas sus preeminencias y atributos?

¿Quién tiene la culpa de esta maraña de ideas falsas? ¿Quién más que la ignorancia?

Y, sin embargo, esas ideas falsas informan actualmente el honor, y determinan una serie de imposiciones sociales y de actos que contribuyen á la infelicidad de las criaturas, como lo declara el termómetro del suicidio.

El honor no procede de ninguna fuente impura, ni menos despreciable. Procede de la necesidad que tiene el hombre de mantener su vida, y, por consiguiente, su origen se eleva hasta la categoría de un *deber*.

Si esa necesidad y ese deber no puede cumplirlos, por las condiciones del mundo externo, sino acometiendo y matando, hace mal, juzgado desde nuestra altura de civilización; pero hace lo que puede por salvarse él de la muerte, y no peca si no conoce otra ley moral, que ni rige todavía para él, ni puede concebir.

Mucho más pecadores resultamos nosotros, los hombres civilizados actuales, que, sabiendo y conociendo que la guerra atenta á la vida de infinitos humanos, hacemos la guerra cuando creemos con más ó menos fundamento, no ya que nos sea *indispensable* para existir, sino que nos es *conveniente*.

¿Quién no sabe la anarquía que reina en esto del honor? Parécenos hasta pedantesco recurrir á citas.

¿Quién no ha leído un libro de viajes por África, América, Oceanía ó Asia, ó por la misma Europa?

¿Quién ignora que lo que en unos puntos es honra, en otros es infamia; que cada período de civilización entiende el honor á su manera, y que nosotros, nosotros mismos, ingleses, franceses, alemanes, todos, ofrecemos tintas variantes respecto á la manera de considerar el honor?

Hace poco, los ingleses dejan perecer un general y sus tropas por la cuestión de Egipto, y ni hacen por vengarlo, ni creen por eso menoscabado su honor.

Un rifeño mata unos soldados en Melilla, y los españoles, ciega y neciamente, se levantan,

obligando á una guerra innecesaria é inconveniente.

Para los españoles, los ingleses, en el caso de Gordon, nos recuerda aquel cuento del célibe que ora y dice:

« Señor, que no me asalte la mala tentación de casarme.

Y si me caso, que sea con mujer honrada.

Y si no lo es, que yo no lo sepa.

Y si lo sé, que no me dé ningún cuidado. »

Para los ingleses, los españoles, enviando un ejército de treinta y dos generales contra los rifeños, les recordarán á D. Quijote, atacando los molinos de viento, dar el batacazo.

¡Oh! ¡Alto, muy alto el sentimiento del honor! De él proceden las más heroicas virtudes, las más grandes acciones; pero convengamos en que, dado el estado de nuestra civilización, relativamente, en lo que al honor respecta, somos más bárbaros que los bárbaros.

Que el cortacabezas de nuestras islas Filipinas considere como gran honor rodear de cráneos humanos su morada, malo es, cruel é innoble en realidad; pero que el mejor y más educado europeo se considere y lo consideren

deshonrado si no concurre á un duelo, es más fuerte todavía.

Que unas gentes entiendan por deshonra que esté virgen la mujer elegida en matrimonio, pase; pero que entendamos en Europa que una soltera, si una vez fué víctima de la seducción ó la violencia, queda para siempre é irremisiblemente deshonorada, es más duro de pelar.

Sin hacer excursiones comparativas, dentro de nosotros mismos, existe un caos en esto del honor.

Caos del que proceden infinitas desdichas.

Sobre el honor, más ó menos convencional, se carece de régimen. Hay, sin embargo, una excepción: el régimen del honor establecido en la esfera militar por sus ordenanzas.

El temor á la derrota inspira su mitad; el deseo de la victoria su otra mitad.

En la Ordenanza, el honor se funda en el mero cumplimiento del deber, consignado clara y expresamente.

¿Se cumple por el individuo? El honor recompensa el cumplimiento y se corporiza en forma de aprobación, aplauso, distinción, grado ó ascenso. ¿No se cumple? Pues el deshonor, el castigo y la muerte.

¿Por qué un régimen aquí, y una falta de régimen en otras esferas?

La explicación es sencilla.

Consiste en que el sentimiento del honor, como todos los demás, es resultante de una evolución. Esa evolución es más antigua en las armas que en las otras esferas; por consiguiente, lleva más tiempo de desarrollo y cuenta con un régimen, con una regla de conducta á la que se atempera toda la sociedad militante, desde el general en jefe hasta el último soldado.

Pero aunque el honor militar, establecido y fijo por su régimen del deber, parece cosa opuesta y superior al temor, no es así; conserva la raíz de origen; sólo consigue sobreponerse al temor de la muerte con el miedo á la muerte, que impone indefectiblemente si se llega á delinquir.

Por lo demás, si consideramos el honor militar por los signos con que la Humanidad, en todos tiempos y lugares, ha pretendido exteriorizarlo, manifestarlo, ostentarlo, veremos que el medio elegido fué y es la insignia del escudo. Honor, nobleza y valor juntos, es lo que los escudos se proponen declarar.

¿Y qué declaran, en suma?

El valor y la nobleza, se supone que lo quieren decir; pero el miedo, no hay que suponerlo: es lo único que resulta expresa y distintamente declarado.

Ya es un león rapante con alas ó sin alas; ya una serpiente temerosa; ya un leopardo con mal gesto, enseñando los dientes; ya un águila carnífera de fuerte y encorvado pico y garras; ya un elefante con la trompa levantada.

Agotadas las fieras, echa mano de otras cosas que están diciendo: «Guarda, Pablo.» Ya son lobos ó perros encadenados. Cuando no hay más, inventa dragones, salvajes peludos, ó echa mano de calderas que vocean: «Yo puedo dar de comer á muchas gentes para la guerra.»

Los escudos procuran cristalizar el valor con la nobleza; pero lo que en ellos saca las orejas es el miedo original, disfrazado de valor.

¡Cuánto nos reíamos, siendo jóvenes, al leer en los periódicos que ciertos pueblos de la India salían á pelear contra sus conquistadores los ingleses, llevando, para asustarlos, carantanas y tarascas de trapo y de cartón!

Pasamos por delante de los escudos y nos quitamos el sombrero.

— ¡Pero, señor! — alguien exclamará — ¿no

hay honor, no hay honra; el sentimiento del honor es una falsedad, una mentira?

¡Pues no ha de existir el sentimiento del honor!

Existe, y es tan positivo como el sentimiento del amor; velando el uno por la conservación y mejoramiento del individuo, y el otro de la especie.

Lo que hay, en último resultado, y ya se ha dicho hasta la saciedad, es que se entiende muy mal el honor, como se entiende muy mal el amor; que las emociones positivas, ciertas, evidentes, se asocian á ideas y á exigencias de estados imperfectos de civilización, y que esta asociación determina un producto monstruoso para estados de civilización superior. Un sentimiento verdadero, y un concepto y unas aplicaciones falsas y desdichadas.

Ni nada más, ni nada menos.

XVII

TERAPÉUTICA

DE LAS INFELICIDADES PRODUCIDAS
POR LAS FALSAS IDEAS DEL SENTIMIENTO
DEL HONOR.

La terapéutica total y radical de estos males estriba en la luz que debe alumbrar la inteligencia, en depurar los errores de la Ética vulgar, ahuyentarlos y sustituirlos por reglas de justicia.

Conviene advertir que hay dos Éticas: una, la científica, la dogmática, la que se manda observar en libros, sermones y Catecismos; otra, la práctica, la que rige verdaderamente, la que impone la Sociedad á sus individuos.

Pues esta Ética, la Ética vulgar de nuestros días, se personifica bien en la severa beata que, tras la celosía, escudriña vidas ajenas para de-

sollar al prójimo, y recibe luego la visita de un fraile.

La Ética científica necesita variar su método de inquisición y su punto de partida; dejar los hábitos talares de la Metafísica y Dogmática y vestirse la sencilla blusa del trabajador en ciencias naturales.

¡No es nada la pretensión! ¡Rebajar la *dignidad* de la Ética! Locura pretenderlo.

Lo sabemos. Es difícilísimo desarraigar las ideas falsas que han imperado. Más difícil aún enderezar los torcidos sentimientos.

Al anarquista más fanático al que, por predicar la matanza de no importa á quién — mientras más, mejor —, venera como candidato al martirio otro compañero amigo, lo abre de un navajazo si le unta la oreja con saliva.

El concepto del honor viene enlazado al concepto de superioridad. No se concibe honor sin dominio. Pero no el dominio de uno propio, sino el dominio sobre los demás.

Y es natural: siglos y siglos nos hemos acostumbrado á ver á los honorificados como poderosos, á los exentos de poder como cosa baladí, á los humildes como pobres de espíritu y de cuerpo.

Hemos llegado á confundir los honores con la honra, porque, en efecto, honra no reconocida no parece honor.

Concebir el honor en sí mismo y por su propia virtud, sentirle así como una dicha, es cosa demasiado delicada para nuestro todavía tosco paladar.

Pretenderlo hoy, sí que sería optimismo ridículo, por extemporáneo.

—Pues con una moral falseada y otra que no la pueda reemplazar, ¿qué va á hacerse? ¿Qué nos va á suceder?

Pues que la Ética vieja se va secando. Que todos gritan: — ¡Estamos perdidos; estamos desmoralizados; nos amenaza un cataclismo!

Pero que la fraternidad asome la cabeza pidiendo su puesto, y los mismos bárbaros que predicán y practican el exterminio, y el mismo *compañero* que echó al aire las tripas del compañero, sintiendo el *honor á la antigua*, se convertirán en instrumento inconsciente ó consciente de un *honor* y de una Ética moderna.

Extrañará todavía á alguno que hablemos de Ética vulgar y Ética científica, porque dirá, con visos de razón, que no hay más que una Ética. Así es, en efecto. No debía haber más

que una Ética, la que fuese determinada por la razón científica de cada estado de civilización. Pero realmente, en la práctica, no sucede así. Hay otra Ética práctica que es la dominante, la que ejerce el vulgo y el común de las gentes. Nuestra Ética científica está diciendo desde las tablas de Moisés: *No matarás*. Pero nuestra Ética práctica nos dice: *Mata, y si no, quedarás deshonrado*.

Los usos y costumbres determinan la Ética práctica y falsean la Ética del dogma: *No levantar falso testimonio ni mentir*.

En nuestro estado de civilización, más ó menos, miente todo el mundo. Casi es forzoso mentir en algunas ocasiones, ó, cuando menos, desfigurar, disimular la verdad.

¿Qué hombre de Estado podría vivir revelando secretos al ser interpelado?

No decimos esto para abonarlo, sino para aclarar el sentido de nuestras frases.

—Pero, bien, todo eso de la Ética científica y vulgar, ¿á qué conduce? ¿Qué *Ética nueva* es esa de que se habla? ¿Qué milagros va á producir? ¿Qué influencia va á tener en nuestra dicha ó desdicha? Bien preguntado. Esas preguntas plantean cerradamente la cuestión.

Vamos á examinarlas, y veremos lo que salga.

Es indudable, es evidente; si alguien niega que hay luz, cierra los ojos para no ver el sol y decir que no existe.

Más verdad todavía, que el principio más alto de la Ética actual es el de la moral cristiana cuando sencillamente dice:

«No quieras para otro lo que no quieras para ti.»

Páginas atrás dejamos dicho que debía sustituirse por este otro:

«Quiere para los demás lo que quieras para ti.»

Saliendo al reparo de los que pudieran objetar que ambos mandatos ordenaban lo mismo, señalamos sus diferencias.

Creemos haber probado que el segundo es evolución del primero; por tanto, que contiene su mandato y algo más. Pide, no sólo abstenerse de observar una conducta que no quería que se observara con él mismo, sino que exige que quiera y *procure* hacer á otro el bien que desee para sí mismo.

Evolución, pues, del principio de la Ética que da la Religión, ni tiene siquiera el vicio de

soberbia de enmendarle la plana, puesto que en otros lugares dice el Evangelio: « Amaos como hermanos los unos á los otros », y todo su espíritu se dirige á esa fraternidad.

Si el dogma tomó por fórmula el « no quieras para otro », y no el « quiere para otro », fué porque así debió hacerlo.

Es improcedente é inútil dar reglas de conducta inobservables.

Rigiendo en toda la Naturaleza, y, por consiguiente, en el hombre, la ley de evolución, es imposible pedir lo perfecto á lo que todavía no está dispuesto ni tiene capacidad para ejecutar lo menos imperfecto. Mandando que no quiera uno para otro lo que no quiera para sí, le ordenaba la única conducta práctica que en su tiempo y condiciones podía cumplirse, y, además, colocaba á los hombres en camino de perfeccionarse moral, intelectual y socialmente, de manera que pudiesen llegar á entender, sentir y desear hacer á otro el bien que desearan para sí.

Esto explicado, y reconociendo de buen grado que la *pura* moral evangélica contiene en sí los elementos que informan el ideal presente de la *fraternidad*, pasemos adelante.

Vamos á descender, desde el empíreo de la esfera religiosa, al frío, obscuro y bajo pozo de la brutal naturaleza.

Vimos nacer el honor, de la vanidad; la vanidad, del falso concepto del valor; el valor, del miedo; el miedo, de la necesidad individual de conservar la vida, de lo que se llama instinto de conservación.

Tal como estamos habituados á considerar, entender y sentir las cosas — lo repetiremos hasta la saciedad —, no nos extraña la dificultad y aun aversión que habrá de experimentarse para admitir ciertas ideas.

¡El honor, eso tan alto, eso que, por el mismo que le asigna origen tan miserable, se confiesa que es un sentimiento efectivo y lo más noble que mueve á la criatura, eso ha de ser un feo engendro de la vanidad y el miedo!

Creemos haberlo probado examinando su ejecutoria en los escudos.

Si no es bastante, observe cada cual sus impresiones.

Si lee los periódicos, habrá leído estos días que el emperador de la China acaba de exonerar á un general, quitándole la túnica amarilla y la pluma de pavo real.

¿Qué impresión le ha producido la noticia?
¿No le ha causado el mismo efecto que el que produce en nuestra sensibilidad la presencia de un personaje que se *pavonea* ó de un hombre vanidoso?

Si no es así, vuelva la vista al reyezuelo de país semibárbaro en contacto con algunos europeos.

Contémplole desnudo de medio cuerpo abajo, vestido con una casaca vieja de marino y un sombrero de tres picos.

Vea á otro luciendo por insignia el tapón de cristal de una botella, colgado al cuello.

Pues igual vanidad, aunque no la sintamos por efecto de la costumbre, entraña el armiño de los solios; el mismo origen tiene y reconoce.

La piel pelada y sucia de zorro que rodea la cintura del cacique, parece vanidad. La piel de armiño extendida en forma de manto, honor, dignidad y realeza.

Del egoísmo, del amor á uno propio, respondiendo á la conservación individual, vimos nacer el sentimiento de la belleza, aunque puesto primero en lo deforme, en lo horribilmente feo y temeroso. Del egoísmo, y por igual mo-

tivo, surge el sentimiento del honor y de la honra, que luego de seguir, á nuestro parecer, extravagantes y ridículos caminos, llega á sublime altura convertido en estímulo, pábulo y premio de las buenas acciones.

Nació de la raíz de la ley primera:

« Conservarás tu vida. »

La civilización ha caminado.

Es necesario que hoy posponga esa ley á esta otra:

« Conservarás la especie. »

Ambas son naturales. Ambas proceden de la revelación.

De la revelación de la Naturaleza.

La primera antes. La segunda después.

La primera egoísta. La segunda altruísta.

.....
.....

Y puesto que ha sonado la hora de la revelación del altruísmo, y puesto que el trabajo, la observación y el estudio nos declara que la obra del Creador da preferencia á la especie sobre el individuo, preciso, necesario é indispensable es que atemperemos nuestra conducta presente á querer, por ahora, para los demás, lo que queramos para nosotros mismos,

y, una vez establecido el régimen práctico de la *fraternidad*, perseguir otro nuevo y más fecundo *ideal* en el altruísmo contenido, y que tendrá por ley:

«Sacrificarás tu vida y tu dicha á la vida y á la dicha de la especie.».....

.....

.....

.....

— Eso no es novedad. Eso proclaman y practican las órdenes monásticas.

*
* *

No hay nada nuevo bajo el sol.

El monastismo siente y declara el principio.

Lo practica como el indio procura realizar lo bello.

Á éste le salen figuras toscas y deformes.

Al monastismo le salen encierros, rejas, cárceles, opresión del cuerpo y del espíritu, pérdida de la voluntad y de la libertad. Exaltación de la virtud en cinco, exaltación de las pasiones en diez, tristeza en veinte, indiferencia en cuarenta, hipocresía en los restantes.

No prospera la igualdad sino en el campo de

la libertad. No nace la fraternidad sino á la sombra de la libertad y la igualdad.

De cuanto queda expuesto acerca del honor, viene á sacarse la consecuencia de que, casi todas las desdichas ocurridas por los conflictos del honor, se deben al insensato concepto que de él tenemos y á la anarquía de su régimen práctico vulgar. Es preciso, por consiguiente, reformar la Ética acerca de estos puntos.

Las leyes fundamentales para el nuevo código creemos haberlas indicado. Su desarrollo no es obra del momento ni para un trabajo abocetado y de conjunto como el que ofrecemos á la atención de los hombres de buena voluntad.

No es difícil hacerlo; pero, entretanto, nos permitiremos adelantar ligeras observaciones.

La Ética, como la Higiene, son dos ciencias generales y esencialmente prácticas. La una atiende á prevenir las enfermedades orgánicas. La otra á prevenir la desarmonía de los movimientos de la sensibilidad y de sus engendradas las emociones y pasiones. La una procura la salud, robustez y perfeccionamiento del hombre. La otra la sanidad de sus apetitos y deseos, el desarrollo mayor de su bondad y el mejor goce de la dicha.

Ambas se abren difícilmente el paso á través de los obstáculos que ofrece la ignorancia.

Muchas veces hemos exclamado: — Para la higiene que practica la inmensa mayoría, ¿de que sirven los adelantos de la Higiene?

Y muchas veces estamos á punto de exclamar: — ¡Para la moral práctica de las gentes, todavía viene ancha la Ética dogmática!

Dice: no matarás.

Y los hombres siguen matando.

No hurtarás.

Y los hombres siguen hurtando.

Gracias al cielo que hay pasado y hay presente, y que hay futuro; y que, comparando presente con pasado, civilización con civilización, se respira diciendo: — Se mata menos, se roba menos hoy que ayer.

Esperemos á mañana.

Y lo mismo: mala higiene la de hoy; pero mejor la de Londres que la de Madrid; mejor la de Madrid que la de los pueblos de Castilla ó Aragón. ¡Adelante y empujemos!

El honor: sentimiento capaz de hacer felices ó infelices á infinitas criaturas.

Que unas yerbas dan la vida
Y quitan la vida yerbas.

Versos conceptuosos de nuestro *Romancero* que á este propósito se nos vienen al recuerdo.

Todos los males que provienen del concepto errado del honor, deben desaparecer; sustituidos por otros racionales y justos, se abrirán, en cambio, muchas fuentes de puros goces.

Antes, de la fuerza los honores y el poder.

Hoy de la riqueza.

Mañana del trabajo.

Cuando se vea pasar con indiferencia un rico, si no puede ostentar más título que el oro; cuando las gentes saluden con respeto al que haya hecho alguna cosa influyente en el bien de los demás; cuando el modesto operario goce de más consideración social que el holgazán, gastador de fortunas heredadas, ¡qué de envidias!; bajarán la cabeza, y ¡cuántas penas hallarán consuelo! Porque, en efecto, no sólo de pan vive el hombre.

Muy poco se necesita para vivir con limpieza. La pobreza limpia es muy llevadera; si se le añade la dignidad, es casi plácida.

La miseria sólo resulta del consorcio de la pobreza con la suciedad ó con la degradación del vicio.

Las gentes no estiman tanto el aumento de

dinero como el aumento de consideración social.

Menestrales y obreros regularmente acomodados dan carreras literarias á sus hijos, no porque esperen que ganen más de lo que los padres han adquirido con su oficio, sino por satisfacer el apetito de la distinción.

Alborean las ideas que acabamos de expresar, y lo demuestran los premios á la virtud, las condecoraciones de Beneficencia y Salvamento de náufragos.

Para nuestro tiempo no está mal. Lo aprobamos.

Aplicada esta práctica sin discernimiento á la Pedagogía escolar, ya es otra cosa.

Estimular la aplicación por medio de los cuadros de honor, los regalos de libros y medallas, resulta pábulo á la vanidad, y separa al educando del goce del honor puro, que surge del cumplimiento desinteresado del deber.

En suma, lo separa del altruísmo y lo fija en el egoísmo.

No lo educa para el porvenir.

XVIII

DE LOS VICIOS

COMO CAUSA DE INFELICIDAD

Puesto que, ligeramente, hemos tenido que decir algo de la Ética, no podemos pasar de largo sin pararnos ante las virtudes y los vicios.

Tratándose de la felicidad, es evidente que las virtudes son fuentes directas é indirectas de la dicha, como los vicios de la desdicha.

Los vicios son el resultado del abuso en la satisfacción de los apetitos.

Vienen á constituir verdaderas enfermedades, estados patológicos, trastornos de estados naturales fisiológicos.

Algunos proceden de causas físicas. Por ejemplo: la lujuria determinada por el fimosis, el prúrigo de la vulva ó del glande, la excita-

ción cerebral que antecede á la parálisis general, etc.

Otros proceden de mala educación y malos ejemplos; de exaltación de unos deseos por insatisfacción de otros, etc.

El asunto es muy vasto. Pertenece tanto á la Medicina como á la Higiene y á la Ética.

Hasta ahora, la Ética es la que exclusivamente se ha ocupado de los vicios. Así ha resultado impotente para corregirlos.

No ha podido hacer más que señalarlos, condenarlos y demostrar sus fatales consecuencias para el vicioso, su familia y la Sociedad.

La Higiene y la Medicina apenas se han preocupado de estos asuntos, si se exceptúa el problema de la prostitución.

La medicina de las pasiones, libro escrito por Descuret, viene á ser el primer conato de un estudio en esa dirección.

Aparte de los vicios procedentes de estados patológicos, que no resultan imposibles de curar, los restantes obligan á un tratamiento preventivo que debe encomendarse á la Pedagogía.

Consideramos la pereza como el vicio más capital para las criaturas.

Las degrada cuanto menguan sus actividades. Se opone al trabajo, fuente de todo bien y de toda dicha. Se atraviesa como obstáculo invencible á que el trabajo corra su escala evolutiva de trabajo de pena á trabajo de ocupación, y de trabajo de ocupación á trabajo ameno y grato. En sólo esto hay un aumento de infelicidad considerable.

Nada parece á primera vista más descansado y holgado que el oficio de canónigo, y, sin embargo, esta obligación de dejar las comodidades de la casa, levantarse temprano y abandonar el lecho, decir misa, ir á coro á hora fija por mañana y tarde, todos los días, que haga frío ó calor, que llueva ó que ventee, resulta más penoso que llevar el timón del arado desde que sale el sol hasta que se oculta.

Entre el maestro de escuela que, poseído de su noble misión, goza desempeñándola, goza con la alegría y travesuras de los chicuelos, goza con sus inocentes ignorancias, goza con sus adelantos, y aquel otro maestro carente de vocación, impaciente, irritable, que mira y siente las horas de trabajo como una condena, hay la distancia que media entre el feliz y el desgraciado.

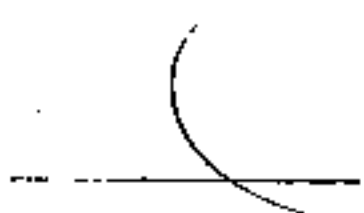
La pereza tiene algo de temperamento. Unas veces procede efectivamente de cierta constitución apática. Otras de falta de estímulos ideales; de la inercia, propiedad general de los cuerpos.

Cuando á un niño no se le vea jugar ni hacer diabluras, si no está enfermo, desconfiad de sus aptitudes para el trabajo.

Conviene estudiarlo á fondo. Ver si su inactividad es para todo, ó si conserva algún resorte tónico, aunque sea en sentido sedentario. Podrá ser indiligente para muchas cosas, y no serlo para la música ó para la lectura de cuentos. Apercibidos de que á los cuentos consagra su atención, ya podrá educársele para que salga un historiador, un erudito ó un novelista. En los perezosos por temperamento conviene emplear un régimen tónico. Las duchas frías, ó las abluciones frías, son convenientes. No cansarlos ni violentarlos, sino gradualmente y poco á poco id desenvolviendo sus energías.

XIX

EDUCACION PARA LA FELICIDAD



Nos ha salido al paso, al examinar el tema de la felicidad, un grupo de tres artes-ciencias, ó artes científicas: la Ética, la Higiene y la Pedagogía.

Como ciencias, las tres son enciclopédicas, esto es, necesitan la contribución de los conocimientos de las demás ciencias conocidas. Como artes, ofrecen un carácter práctico y de aplicación tan esencial, que si se les quita, quedan anuladas. En efecto, si la Ética no hubiera de servir para modelar y reglar las costumbres, carecería de razón de ser.

La misma observación puede hacerse respecto de la Higiene y la Pedagogía. Si ésta no

sirviera para educar é instruir, nada nos importarían sus lucubraciones.

Hemos derramado rápidamente la vista por cada una de ellas. Hemos observado que las tres coinciden en un ideal y propósito común, á saber: el perfeccionamiento del hombre. Procede, pues, lógicamente, examinar su asociación y la manera como pueden proceder.

En primer término, salta á la observación el hecho de que, para ser feliz, se necesita algo más que no ser desgraciado.

Se puede estar sano, bien alimentado, bien vestido, bien amado, y, con todo esto, estar triste y aburrido.

Aquí empieza una especie de infelicidad, que pudiera llamarse la infelicidad de los felices.

No es tan aína como pudiera suponerse. Es tremenda, no tiene límites, se la fragua el mismo sujeto gratuitamente, es muy difícil de curar y llega hasta el suicidio.

No se observa un solo caso de esta singular infelicidad en los pueblos bárbaros, ni en las clases que sufren, ni en los hambrientos, ni en los mendigos. En cambio, es común en los pueblos que llegan al *summum* de su prosperidad.

Es el *tedium vitae* de los romanos. El *spleen* de los ingleses y el aburrimiento, la indisplicencia y el fastidio que se ceba en los ricos y saciados de goces.

Fenómeno tan singular y paradójico éste de que la felicidad conduzca á la infelicidad, tiene, sin embargo, su explicación, y no es incomprensible.

Procede el hecho del *índice de la sensibilidad*, del cual ya hemos dicho alguna cosa, y sobre el que hicimos observar que era la providencia de los que sufren, permitiéndoles sufrir menos y poder soportar los sufrimientos. Pues ahora, y á su vez, vamos á ver que el mismo índice de sensibilidad que, disminuído y agotado en un sentido, atenúa el dolor y la desdicha, disminuído y agotado en opuesto sentido impide el goce de todo placer y causa la desdicha.

Representada gráficamente la sensibilidad como una escala armónica de vibraciones, dividamos dicha escala por la mitad exactamente. Á la izquierda quedan las vibraciones graves, á la derecha las agudas.

Consideremos el punto de equidistancia en el centro donde la escala se parte en dos men-

talmente, y no costará trabajo comprender que un hombre en estado de naturaleza debe tener por índice una sola octava, mientras que otro de civilización menos ruda deberá tener dos, y otro más adelantado tres, una y media á la izquierda y otra y media á la derecha. Y así sucesivamente conforme á la mayor sensibilidad de cada criatura. Porque, en efecto, aunque el estado de civilización, como hemos visto, es el factor más influyente en la sensibilidad, no hay que olvidar que, dentro de una civilización dada, unos individuos quedan retrasados, organizados y dispuestos, como los miembros de las civilizaciones pasadas; otros, en cambio, se adelantan, y sienten ó tienen una escala é índice de sensibilidad mayor que el común de los coetáneos, y así sucesiva y respectivamente.

Siente, pues, menos el bárbaro; sufre menos y goza menos.

Sienten más, unos en pos de otros, los humanos; sufren, por tanto, más, y *necesitan* gozar más.

Arbitrar medios para alejar los motivos de sufrimiento, mantener y aumentar los de los goces: tal es la labor de toda civilización, desde la más embrionaria á la más perfec-

cionada. Esta es la lucha social de todos los siglos, ya latente, ya más ó menos vociferante; ya inconsciente, ya consciente.

Cuando el bosquimán roba la mujer ó la hija del vecino, va á satisfacer su apetito; no se ocupa de más. Sin embargo, ejecuta un acto tan socialista ó de conjunto, como los romanos robando las sabinas. Robo en que ya se ven actuar los dos motivos deliberadamente: satisfacer el apetito de la carne y asegurar la existencia del pueblo romano.

Llega el estado de civilización á permitir á algunos de sus miembros afortunados eludir las causas más frecuentes de la pena. No necesitan trabajar para comer. Todas sus demás necesidades las satisfacen sin dificultad. Desde este momento, el goce se viene atenuando. Como el africano siente poco el calor, el satisfecho deja de sentir el goce de la satisfacción de unos apetitos que antes de pedir están servidos. Se impiden las vibraciones del placer, y, por tanto, se anulan, resultando, con la tentativa de satisfacer una cosa no reclamada, motivo de hastío y de infelicidad.

Acentúanse los estímulos de la cocina para obtener el placer de la mesa; fuérganse los ar-

tificios para los otros goces, la escala del placer no vibra, y nacen los caprichos y los vicios, la tendencia á las fuertes emociones, al juego, que puede enriquecer ó arruinar en un momento, á las mundanas de moda, difíciles de poseer por lo solicitadas y costosas, ú otros vicios más degradantes y peores.

De este modo, las octavas del placer quedan inutilizadas, y las octavas del dolor adquieren mayor energía vibratoria. Ya no se sienten sólo las penas naturales, sino también otro número infinito de penas artificialmente creadas.

El transtorno de la sensibilidad lo transtorna todo. Sigue en pos el desorden fatalmente, como la sombra al cuerpo, como el cambio sigue á la materia.

Ya no se puede con el abono de la ópera. De la ópera, que se oye indiferente é indisplaciente. — Pero ¿qué se dirá? ¡*La honra*, el decoro; van á decir que vengo á *menos*, que estoy *perdido*! (1). Quiero el palco. — Lleva el aderezo á la casa de empeño.

Y, una tras otra, la fuente de los goces se va

(1) Nótese qué acúmulo de errores éticos acerca del concepto del honor y cuánta infelicidad entrañan.

agotando, y la fuente de los pesares convirtiéndose en torrente.

Y no es todavía lo peor: aquí siquiera hay vida, vida aperreada; pero al fin existe lucha y emociones.

Mucho peor cuando éstas llegan á agotarse también.

En tales casos, la lucha abandona el campo de la sensibilidad y se establece en la ideación. Allí crea fantasmas innumerables. Ya en una dirección, ya en otra, ya apáticos, fastidiosos, insoportables, ya iracundos y ceñudos, ya temerosos y temblorosos, como si constantemente se estuviese bajo el puñal de un asesino. De aquí á la demencia no existe divisoria.

No es fácil hacerse cargo ni completa idea del trastorno del índice de la sensibilidad bajo el influjo de las causas que hemos mencionado. No bastan explicaciones: se necesita observar sus efectos clínicamente en las personas.

No siendo posible ofrecer aquí un curso práctico de observaciones personales, fijaremos la atención del lector sobre un hecho conocido y que demuestra la altura á que pueden alcanzar las modificaciones del índice de la sensibilidad.

El que haya estado en la isla de Cuba y los que no han estado saben cuán rigurosa es la estación canicular, y también han visto, ó saben por oídas, el caso extraño de que, al medio día, cuando más sofocante es el calor, los negros que pueden disponer de sí permanecen acurrucados en sus chozas con las puertas cerradas, medio enterrados en cenizas y lo más próximos que pueden al fuego que arde allí.

La piel negra de la raza y las mismas condiciones orgánicas que en ellos se desenvuelven para soportar el calor, les hace traspasar y agotar el índice de sensibilidad, y sienten frío cuando el calor es excesivo.

No necesitamos esforzarnos para hacer comprender la importancia que Ética, Higiene y Pedagogía, de consuno, deben conceder al índice de sensibilidad, y cómo han de procurar el estudio de tan vital materia.

Causan miedo, bajo este respecto, la Ética y Pedagogía al uso que de presente imperan. No parece sino que, deliberadamente y exprofeso, procuran los medios más conducentes á perturbar y malear el índice de sensibilidad de la juventud.

En la primera y la segunda infancia, cole-

gios conventuales; rígida y severa observancia en la represión de los apetitos. De repente, suelta absoluta. Allá va ese adolescente, reprimido, roto el freno y desbocado, adonde le lleve la Providencia.

Si la educación es doméstica, no resulta mejor.

Encomiéndase primero á alguna institutriz. Bueno, si se trata de niñas, ó de niños que no pasen de seis años. Pero no es infrecuente que sigan educados por señoritas hasta los nueve ó los diez. Su influencia es nociva. Ocupados los padres ó distraídos, el niño se cría y educa en una atmósfera exclusivamente femenina, y suele adquirir esas formas y tendencias, que siguen desenvolviéndose después en el degradante sentido del *f e m i n i s m o*. Por desgracia, acentúase más la incorrección. Se pone al niño, así dispuesto, al cuidado de un joven sacerdote, elegido por su aplicación y buenas costumbres, y que, en efecto, lucha consigo mismo y está en ese duro período de disciplina en que el buen sacerdote ha de educarse á sí propio para la abstinencia y la virtud. Triunfo que no se logra sin luchas y tristezas. La cabeza baja, los ojos en el suelo, el pensamiento en el temor

del pecado, huyendo de tentaciones, parece que está retenido por la violencia en el trato con las gentes.

Y esos estados afectivos y sus formas externas se transmiten al niño, tomando el carácter de pacatez é hipocresía, que con el feminismo antecedente dan un producto cuya contemplación hace llorar...

Producto que luego llena los casinos y se pone de muestra en sus balcones á todas horas del día, *haciendo tiempo* con ver pasar las gentes, como mujeres ventaneras.

Y todo en mucha parte procede de que, al decir «no sólo de pan vive el hombre», se ha entendido y se entiende que lo más se reduce á las hojas de Catecismo.

*
* *

El índice de sensibilidad tiene unas octavas para el dolor. Tiene otras octavas para el placer.

La risa es moral y signo de alegría.

La placidez es moral y es signo de la dicha.

Desconfiemos de las instituciones que tengan por señales la tristeza.

Algo de equivocado, algo de preternatural hay en ellas.

Los juegos corporales salen del niño como la yerba del campo.

Tienen los juegos grandes influencias en el índice de la sensibilidad.

Estudia ese tema de los juegos la Pedagogía; estúdialo la Higiene; conveniente sería que lo estudiase también la Ética.

De cualquier modo, resulta una afirmación importantísima, á saber: el niño, además de comer, vestir, etc., necesita jugar para sentirse feliz.

Y sigue el adulto, y el juego sigue siéndole necesario en otro grado, transformado en bailes, músicas y otras diversiones.

Observen las tres ciencias reunidas que el campo se agranda; la alegría intensa del niño que juega se difunde á mayor extensión en el joven y el adulto: pierde en intensidad lo que gana en extensión; pierde en exterioridad lo que gana en interioridad.

Obsérvese también que se establece en la unidad *d i v e r s i ó n* gran variedad de inclinaciones, ya á divertirse más con el baile, ya con lo música, etc.

En este período es necesario vigilar mucho tales inclinaciones, favorecer y dar pábulo á las unas, contener ó distraer las otras, según y conforme las condiciones del individuo.

Existen muchas fuentes de placer enteramente cegadas para varias criaturas: el placer del campo, el de los viajes, el placer de cultivar las flores, la caza, etc.

Conviene despertar la afición á estos placeres honestos. Hay que deplorar cuántas gentes de ciudades carecen de amor al campo.

El que se distrae y goza con el espectáculo de la Naturaleza, afina su índice de sensibilidad y huye de las impresiones fuertes.

El que se aficiona á la música, el que goza con la pintura ú otra arte bella, ya tiene mucho camino andado para ser feliz á poca costa.

Todo eso disciplina la sensibilidad de tal manera, que la dispone para apetecer las vibraciones delicadas y la indispose contra las fuertes y groseras.

Bien está decir: no matarás.

Está mejor hacer que se sienta horror y repugnancia al derramamiento de la sangre.

Las aficiones honestas conviene fomentarlas desde la primera infancia.

Llevad un niño de cuatro ó cinco años al campo; dejadlo correr y saltar; proporcionadle un cordero con que juegue, un asnillo que monte, y seguirá acordándose con gusto toda su vida del campo aquel y su contento.

De análogo modo han de desenvolver y fomentar las aficiones.

El que siente placer coleccionando minerales, ó moluscos, ó plantas, difícil es que sea vicioso.

Educar el índice de la sensibilidad: he aquí una cosa más útil para la criatura que hacerla poderosa.

Y he aquí una cosa que cuesta poco y que está más á la mano de un pobre discreto que en la de un rico ahito y estragado.

Pero ni aun los honestos resultan goces si no se conciertan con el trabajo.

El más apasionado numismático, el rayano en maníaco, no sentirá placer contemplando su colección de monedas, sin el trabajo á que le obliga la aspiración de mejorarla.

Resumiendo: el trabajo elevado á ocupación habitual y luego á labor agradable. Las emociones plácidas y honestas.

El concepto y sentimiento de la propia dig-

- nidad. La satisfacción de las necesidades fisiológicas indispensables: he aquí cuanto se necesita para ser feliz.

Revisemos estos puntos nuevamente en capítulo aparte.

XX

REVISTA DE LAS IDEAS EXPUESTAS

La primera garantía de acierto, cuando se estudia un punto problemático, la constituye el estado de ánimo indiferente del investigador.

Si va impulsado por el amor propio; si inconscientemente se deja guiar por una idea preconcebida, es fácil que se engañe y engañe á los demás.

Prevenirse contra ese pecado original, padre de infinitos errores, es el primer deber del pensador.

El que investiga la verdad, ha de procurar, ante todo, despojarse de sus simpatías y de sus inclinaciones hacia una ú otra solución.

Necesita colocarse en un estado de ánimo *absolutamente indiferente*, y no tomar para

nada en cuenta si los resultados de su observación y de su estudio son favorables ó contrarios á sus sentimientos, opiniones ó creencias.

El deber ineludible del escritor es buscar la verdad, sin más interés que la verdad.

No puede pretenderse la sabiduría sin tener el pasaporte de la honradez.

Ni siquiera la *consecuencia*, aunque sea una virtud, debe influir en trocar ó disimular aquellos datos y aquellas consecuencias del estudio que resulten contrarios á lo que se creía haber probado y demostrado.

Y puesto que, según el resumen de las cosas que se necesitan para ser feliz, estas cosas se contienen en cuatro títulos diversos, volvamos á dedicar á cada uno la atención mental necesaria, para ver si son exactos ó inexactos.

* * *

I.^o EL TRABAJO ELEVADO Á OCUPACIÓN HABITUAL Y LUEGO Á LABOR AGRADABLE.

.

.

.

Si el lector ha meditado, como nosotros, nuevamente ahora, sobre esta proposición, creemos que le parecerá exacta.

El trabajo es ley primera de la Naturaleza, bajo forma de *cambio*.

En el hombre, es la última evolución del cambio, que ya deja de ser inconsciente y bruto, y se eleva y dignifica á función libre.

No solamente aparece del nuevo examen, necesario para la felicidad, sino que no se concibe felicidad posible sin el trabajo.

El que se reduce á la inactividad se condena á la desdicha.

*
* *

2.º LAS EMOCIONES PLÁCIDAS Y HONESTAS.

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

En esta segunda proposición no encontramos error.

.....

Pero sentimos vacío.....

Para el hombre actual, para el que rige su existencia por la ley del egoísmo individualista, le basta, para ser feliz, sentir en su interior los armónicos y agradables movimientos que determinan las emociones plácidas y honestas. Pero para los que se encuentran en diverso caso, para los que padecen sed de verdad, sed de amor y sed de justicia, la mera satisfacción de las emociones plácidas y honestas no le es suficiente.

Dejan un vacío hondo, enmedio del campo, de una existencia dulzarrona de estrechísimo horizonte.

Sed de verdad, sed de amor y de justicia.
 La sentimos.....

.....

No creemos engañarnos.

Verdad que esta sed no nos hace desgraciados; pero inquieta, no permite el complemento de la dicha.

¿Sucederá esto mismo á la universalidad de las criaturas?

La observación deja dudoso.

Parece que á todas no,

Parece que á muchas sí, en más ó menos grado.

La Historia, puesto que personalmente no podemos visitar lo pasado, los monumentos, la observación de los pueblos que hoy viven como se vivió entonces, revelan y declaran la existencia de ciertas aspiraciones indefinidas, de cierta inclinación é impulso á cosas extraordinarias, ya de ultratumba, ya supranaturales.

Existe y ha existido, pues, siempre, alguna sed oculta, que la Historia y la observación declaran haberse puesto en cosas diversas y más ó menos extravagantes.

Entre esa sed y la nuestra, parece haber alguna relación. La discordia surge al determinar el deseo, *poniéndolo* sobre algo. Ellos lo ponían en el sol ó la luna, en la serpiente ó en un escarabajo.

Observadores científicos, nos está vedado ponerlo en Júpiter ó en Minerva, en el dogma de Moisés ó de Mahoma.

No es posible investigar científicamente nada con los ojos vendados por la fe.

El investigador ha de empezar por no creer saber lo que investiga. Si lo sabe, ¿qué necesidad tiene de investigarlo?

La Dogmática se irrita con los científicos, denostándolos de escépticos, ateos y hasta impíos.

Carece de razón.

El investigador de la Ciencia debe partir desde el punto de vista más escéptico que le sea posible.

¡Buena ciencia resultaría la que fuese llevada por la mano de Confucio!

Si de sus investigaciones resulta algo contrario á la Dogmática, ¿qué se ha de hacer?

Si resulta favorable, ¿qué se ha de hacer?

La Ciencia no dice: « Cree ó te condeno. »

Dice lo que le parece, y cada cual queda en libertad de aceptarlo en todo ó en parte, ó de rechazarlo en parte ó en todo.

Afirmamos ahora que esa sed, sentida deformemente en todos los tiempos, es la que vibra en nuestro interior actualmente, como sed de amor y de verdad.

Hay aquí, pues, algo insatisfecho.

Y puesto que la felicidad consiste en el cumplimiento armónico y normal de las necesidades fisiológicas de la vida, algo resulta aquí incumplido, algo falta para la felicidad que no está expresamente declarado en la segunda

proposición que examinamos, aunque esté dentro de su espíritu, como esperando su evolución.

Estudiemos este asunto.

Hemos visto y declarado que las emociones son estados de vibración general del organismo. Vibraciones que son determinadas por el miedo á perder la vida y por el apetito de propagarla.

Toma, pues, dos formas: amor á sí mismo (amor egoísta) y amor á la especie (amor altruísta).

Analizando los modos de las referidas emociones, vimos surgir del miedo el valor; el sentimiento de la belleza, puesto primero en la fealdad, en lo grotesco y deforme; el sentimiento del honor, el sentimiento religioso.

Dejamos expuesto que los sentimientos eran resultantes de la asociación de una emoción con una idea, y que así, siendo el sentimiento real y verdadero, si la idea era imperfecta, incompleta ó falsa, como suele ser en sus rudimentos, el sentimiento resultaba aberrado y falseado; entiéndase bien: no en su esencia fundamental emotiva, pero sí en su manera de concebirlo y aplicarlo.

No hemos de insistir. Quedan dados casos y

ejemplos demostrativos de lo dicho, y no se debe manosear ni diluir las cosas en escritos de primeros principios, como el presente.

Pero ahora preguntamos: ¿quién da la sensibilidad, quién la emoción, quién los sentimientos?

Estas cosas, ¿no las hemos encontrado en la Naturaleza? Pues si están en la Naturaleza, si las da la Naturaleza, *verdad son*. Y si son *verdad*, necesariamente son *criterio de verdad*.

Evidentísimamente, la Naturaleza no se engaña, no puede engañarse. ¡Si ella no discurre, como no discurre el olivo ó la palmera! Pero, indefectiblemente, ni la palma da olivas, ni el olivo dátiles.

Si la existencia de los ojos es verdad, no se han hecho los ojos para la mentira, no los ofrece la Naturaleza para engañarnos. Su función es verdad. Lo que vemos es verdad. Ellos no engañan; nosotros somos los que nos engañamos al interpretar alguna de sus impresiones.

Pues si las emociones existen, las emociones son verdad; si los sentimientos existen, los sentimientos son verdad. Nada importa que nos parezca innoble su origen; nada importa que sea el miedo el padre de las emociones, y el apeti-

to de la carne el origen del amor. El miedo lo da la Naturaleza. Ya es noble. Y si no lo fuera, se ennoblece después, cuando llega á engendrar el valor y á despertar el sentimiento del honor, etc.

Nada importa que los sentimientos, al aplicarlos el hombre, según su rudo modo de entender, fragüen fantasmas y hasta crímenes para nosotros, que no son crímenes para él: el sentimiento es verdad, su luz es verdadera. No la oscurezcamos nosotros. No tenemos derecho ni razón para negarla. Esa luz es la revelación que la Naturaleza inconsciente hace al microcosmo consciente.

Criterio de verdad y no de error es el gusto y el olfato; criterio de verdad el tacto y el oído; criterio de verdad las emociones; cosas todas ciegas en sí mismas como el olivo y la palmera; pero inengañables é inengañadoras.

Sólo la razón, la inteligente razón, la consciente razón es la que se engaña. Pero, dichosamente, sólo ella es la que puede conocer su error, abandonarlo y seguir de nuevo inquirendo la verdad.

Vimos cómo de la emoción del miedo surgió el sentimiento religioso.

Añadamos algunas palabras y algunas observaciones á lo dicho.

Cuando el miedo lo provoca en el hombre una criatura semejante á él ú otro sér vivo que ve y puede tocar, como un elefante, un tigre ú otra fiera, el hombre, que no encuentra otra defensa ni otro recurso para librarse del peligro que destruir aquello que le amenaza, hace de tripas corazón, y, si no puede huir, acomete y se trueca en valiente.

Pero cuando lo que le amenaza no es visible ni tangible, si es la tempestad, si es la peste, su miedo se convierte en un temor sin reacción acometedora. Conoce que en sí mismo no existe medio de defensa, y necesariamente se resigna y se humilla.

No le queda otro recurso que considerar aquello como una fuerza y un poder superior, y pedirle de rodillas misericordia ó fraguar en su mente otro sér más poderoso á quien pedir y encomendar su defensa. Éste es el origen de las religiones. Origen natural, indefectible: lo da la Naturaleza.

¿Lo da en vano? La Naturaleza no produce nada en vano. Ni es vano el miedo, ni es vano el temor, ni es vano el honor.

Todas estas cosas son positivas, reales, necesarias. ¿Qué importa que sean fenomenales? Los movimientos son tan positivos como es positivo el cuerpo que cambia sus estados. Lo que hay es que nuestra mente es todavía de indio bravo, y no podemos concebir la realidad como no se encarne en un fetiche. Lo fenomenal resulta ser el verbo de la creación.

El lenguaje encierra la revelación. La mente, por su propia necesidad, cuando tuvo que relacionarse con otra mente, echó mano del nombre sustantivo; del adjetivo, que es la forma del sustantivo, y del verbo, tan necesario como el sustantivo y más que el adjetivo.

Sin forma es posible la existencia; lo que no es posible es la existencia sin sustantivo y sin verbo.

¿Y qué nos dice todo esto? Pues nos dice que hay una Naturaleza que nos revela lo mismo que la mente nos revela. Nos dice que hay una Naturaleza que nos lleva á sentir un sentimiento religioso, y que la mente, movida por este sentimiento, cree ó duda, pero negar no puede; si niega, niega sin fundamento, no tiene datos para negar; si niega, niega porque sí, comete la fanfarronería del vanidoso.

Creer, dudar: puntos extremos entre los cuales fluctúa en nuestro estado actual de civilización la inteligencia humana.

Cree, porque siente una cosa interior que le impulsa á creer, en la cual cifra su defensa y siente consuelo.

Duda, porque esa misma cosa, al pretender darle cuerpo y forma exterior, no encuentra en qué posarse. Y si la mira en el pasado, se horroriza; y si la mira en el presente, no se satisface.

Quiere decir, que nuestro conflicto no es con el sentimiento religioso. El conflicto estriba en aceptar sus formas positivas, sus ídolos antiguos, sus dogmas bíblicos, su constitución sacerdotal, etc.

No es cierto; la Ciencia actual no es atea, ni siquiera panteísta.

La Ciencia cree, la Ciencia duda. Ése es hoy su estado y su deber.

Trabajando y estudiando, crecerá el campo de su saber cuanto mengüe el campo de su ignorancia; y la verdad que sea, será.

A la Ciencia no le toca hoy más que proclamar la existencia del sentimiento religioso, investigar sus orígenes y procurar enaltecerlo, llevándolo del *temor* de Dios al *amor* de Dios.

No consideramos herética la pretensión.

Un santo nuestro ha cantado sin protesta de nadie :

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte, *etc.*

Hay muchas penas sutiles y hondas que escapan al alimento, al honor y á todo lo consignado por nosotros; esas penas delicadas van siendo el esmeril que pulimenta, abrillanta y perfecciona á las criaturas; son necesarias para estos altos y delicados fines, y esas penas no tienen más consuelo que el amor puesto en un sér superior á todas nuestras ignorancias y flaquezas.

*
* *

3.º EL CONCEPTO Y SENTIMIENTO DE LA PROPIA DIGNIDAD.

.
.

No hay duda: evidentemente no se siente feliz el que se siente rebajado,

Impertinente sería, después de lo que ya se ha dicho, insistir en el asunto ni en los medios para que el individuo y la Sociedad de consuno faciliten y desenvuelvan el concepto de la propia dignidad, estableciéndolo en bases más justas y racionales de las en que hoy descansa, evitando así sufrimientos y envidias.

*
* *

4.º LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES FISIOLÓGICAS INDISPENSABLES.....

Esta cuarta y última proposición ha sido tratada ampliamente. En ella se contiene la parte más visible y exigente del problema social.

Del análisis verificado en su lugar respectivo, resultan bastantes conclusiones, sobre las cuales no debemos volver. Pero quedó un nudo gordiano, nudo que vuelve á presentarse ahora, como última y mayor dificultad, á saber:

¿Cuál es el cuánto de esas necesidades?

Ó mirado el nudo bajo otro aspecto:

¿Cómo se provee el necesitado de ese cuánto?

De todos modos, no está mal reducir la cuestión á su última trinchera.

Podemos descartar la atención de multitud de necesidades fisiológicas que ya están cumplidas y resueltas, y de otras que, como vimos por el examen hecho, están casi resueltas, y lo que queda por resolver no origina ni amenaza conflicto.

Descartadas también las necesidades emotivas ó éticas, ya tratadas en sus relaciones con la felicidad, nos queda la incógnita x reducida al problema de casa, vestido y alimento.

En rigor, fisiológicamente, el hombre no necesita de un modo imperativo ni vestido ni casa. Se ha pasado mucho tiempo desnudo, sin ocuparse ni preocuparse de su desnudez; antes ha pensado en su adorno, según queda probado. Tampoco en ciertos estados y períodos de civilización ha necesitado de hogar fijo. Pero luego, los progresos de la misma civilización, la *Sociedad*, le ha llevado y obligado á convertir en necesidad ineludible, para realizar sus funciones fisiológicas, tener vestido y casa.

Por tal virtud, el desnudo y el desposeído de hogar tienen razón al volver sus quejas con-

tra la Sociedad, que le ha obligado á necesitar casa y vestido.

El cumplimiento, por su parte, de la ley primera, del *trabajo*, *debe* proporcionarle ambas cosas.

Pero si no puede trabajar, ó si el producto de su trabajo es insuficiente, la *Sociedad*, la colectividad, causante de esas necesidades, debe proveer ó auxiliar el cumplimiento de las mismas.

Tiene, pues, el derecho el desnudo á ser vestido; tiene, pues, derecho á posada el que de ella carezca; pero, entiéndase bien, sólo y cuando su trabajo propio no le permita adquirir por sí casa y vestido, porque, en rigor, el primer responsable de los inconvenientes de la Sociedad es el mismo que de ella se queja, puesto que la acepta y la prefiere á irse al campo y vivir como eremita ó como se le antoje.

Por consiguiente, el holgazán absoluto ó relativo no tiene derecho á nada, y la Sociedad sí que lo tiene para expulsarlo de su seno, como miembro voluntariamente podrido.

Nada de lo dicho ahora es nuevo.

La Sociedad hace años que viene dándose cuenta de estas cosas.

La Iglesia ha dicho:

« Vestid al desnudo.

Dad posada al peregrino. »

Los Gobiernos de los Estados alojan á los mendigos en hospicios y los visten con trajes uniformes.

Pero ¿satisfacen ni cumplen así la necesidad?

De ninguna manera.

Primeramente, quebrantan una ley más superior aún que la del *trabajo: la libertad*. Ya vimos que, sacrificando la libertad, se disolvía el problema social como la sal en el agua.

El esclavo no tiene que ocuparse de su alimento.

El caballo, cuyo trabajo vale menos que el del hombre, tiene asegurado pienso y cuadra.

Dar pienso y cuadra á un hombre, que eso es el hospicio, resulta una cosa completamente absurda.

Mal se satisface una necesidad sacrificando é impidiendo la satisfacción de otra necesidad mayor.

Como el absurdo engendra al absurdo, arranca el que condenamos otra de las cosas indispensables para la dicha: el concepto y sentimiento de la propia dignidad.

De todos modos, respecto á casa y á vestido, el nudo parece aflojarse, y seguramente que no tardará mucho en deshacerse.

Los patrones por un lado, la asociación de los mismos obreros por otro, el Estado por su parte y los bienhallados, todos de consuno, proporcionarían ó facilitarían hogar y vestido á los que no puedan adquirirlos por sus propios esfuerzos.

Mas esta contribución voluntaria no puede, no debe ser directa. No puede ni debe recibirla el necesitado particularmente, como limosna. No puede ni debe ver ni conocer al individuo que le alarga la mano y le da los pantalones, porque ni tampoco debe ver los pantalones.

Todas estas cosas serían muy caritativas, muy religiosas y muy de agradecer; pero muy egoístas y muy quebrantadoras del concepto y sentimiento de la propia dignidad.

Pues ¿cómo hacemos el milagro?

¿Cuál es el cuervo que ha de traer el pan en el pico?

Pues fácilmente.

El miembro de una sociedad de socorros mutuos no se siente rebajado reclamando los auxilios de la sociedad de que forma parte, Usa de

lo suyo y está en su perfectísimo derecho. Con el concurso de obreros, patronos, capitalistas y Estado, constitúyase una sociedad que facilite, no precisamente la casa A ni el pantalón de contrata, sino los medios para obtener hogar y llevar el cuerpo con el decoro que corresponde.

Resta por averiguar qué domicilio ó casa ha de ser ésa y qué vestiduras.

La casa que individualmente llegue á proporcionarse cada uno, puede ser tan buena, cómoda, decorada y lujosa como quiera.

No faltaría más sino que se pusiese una barra de hierro delante de la voluntad de cada persona en cosas y asuntos que no coartan ni impiden el derecho y la libertad de otro.

Si la morada es superior, séalo; si lujosa, mejor que mejor.

No puede, ni debe, ni es necesario, poner un límite al goce de nadie. Cada uno es el que está en el *deber* de establecerse esos límites conforme á la razón, á la Ética, á la Higiene y al orden necesario para no caer en el abuso y sufrir sus duras consecuencias.

Pero así como no se puede ni se debe establecer un límite en el más, sí se puede y se debe establecer un límite en el menos.

Ese menos es fácil de establecer; lo determinan perfectamente la Higiene y la Ética: casa sana, hogar moral.

Casa sana es lo mismo que decir con luz y aire, exenta de humedad, provista de agua y no intemperada.

Hogar moral es lo mismo que decir con reparto necesario para que padres, hijos é hijas duerman separados.

Tales necesidades pueden llenarse sin grandes gastos de construcción.

Casi está resuelta la manera de construir á poco precio esas viviendas.

Deben tener un corral ó pequeño jardín. No deben ser gratuitas.

El arriendo módico ha de valer la propiedad, pagado en forma de trabajo directo, ó en dinero; producto del trabajo del inquilino.

El hombre necesita ser propietario de algo. Es imperfecta propiedad la que se recibe regalada.

Sólo es propio lo que *sale de uno mismo*.

Vestidos, casa y utensilios han de ser la propiedad del menos propietario.

La Higiene y la Ética establecen también el mínimum del vestido: abrigo y decoro,

La libertad y la democracia han facilitado la resolución de las dificultades. Antes, cada clase vestía de una manera diferente. Las altas usaban trajes costosísimos; las bajas andaban, y aun andan, harapientas y casi desnudas.

La americana y hongo visten hoy al prócer y al obrero. Casi no los distingue más que la educación, y la finura de las telas.

La blusa airosa puede llegar y llegará á ser la ostentación de la mayor nobleza.

Claro está que la asociación general — entendiéndose bien —, no el Estado, sino la constituida por todos los individuos y clases y el Estado mismo, no tiene obligación en esto, ni en lo que resta por decir acerca del alimento, más que á facilitar ó proporcionar lo indispensable para el ejercicio de las funciones fisiológicas de la vida, y no gratuitamente, sino de manera que el trabajador pueda con su trabajo, ó el producto del mismo, solventar el coste de esas cosas.

El *mínimum* de alimentos se encuentra también determinado por la Higiene. Y no sólo teórica, sino prácticamente.

En efecto, el Estado, hoy mismo, tiene que sustentar directamente multitud de criaturas:

acogidos en hospicios y hospitales, encarcelados, presidarios, soldados y marinos.

Causa admiración ver hasta dónde se llega á angostar la tripa de las personas.

Si paramos la atención en los precios de contrata, quedaremos absortos.

Resultan algunos absurdos y hasta ridículos. Por pocos céntimos da de comer, viste y calza algún contratista á cada penado.

Lo más particular del caso consiste en que los tales contratistas se ponen ricos.

Apartemos la vista de tan lastimosas realidades.

Seramente, hay publicadas obras especiales sobre la cantidad y coste de los alimentos necesarios para mantener fisiológicamente la vida. Léase el tratado del Dr. Pavi, ú otro de su especie.

Como no podemos entrar en detalles, impertinentes en trabajos de esta especie, nos bastará decir: que el régimen alimenticio de hospicianos y presidarios es un milagro de prestidigitación; que el régimen actual de nuestro Ejército y de los Ejércitos de Europa es suficiente, y en algunos hasta superabundante.

Nuestro Ejército, actualmente, vive bien;

come mejor que el término medio de los soldados en sus respectivas casas. Si les toca un jefe cuidadoso que evite filtraciones, el pan es bueno, y el rancho substancioso, vario y agradable. Comen carne dos veces á la semana; y en algún regimiento, hasta se da vino los domingos. Todo esto monta, sin embargo, una cantidad insignificante.

— Eso sucede porque son muchos.

Sí, un batallón, en cuartel, podrá tener 500 hombres, si los tiene.

Los obreros podrán asociarse para obtener sus alimentos en el número que quieran.

De lo que actualmente cuesta la alimentación del soldado, puede partirse como guía para determinar el mínimo coste de la alimentación del obrero, según tenga más ó menos familia.

Asunto tan interesante, á los trabajadores mismos toca estudiarlo prácticamente.

No es labor dificultosa ni menos imposible. Tratados hay, como se ha dicho, escritos sobre la materia: consúltenlos y verán que casi todos los principios están resueltos.

Añadiremos que el *mínimum* necesario no quita ni se opone al *máximum*. Sea éste el que

el individuo quiera establecer, y con su pan se lo coma; pero entiéndase que no puede pedir, ni nadie le debe facilitar, sino el *mínimum*, y eso, volvemos á repetirlo, no gratuitamente, sino por su trabajo ó el premio de su trabajo, porque, de otro modo, convertiríamos el mundo en una colmena de zánganos, en un lupanar de perdidos y borrachos, compuesto de *primos donnos* y *maridos de lavanderas*. Sólo que aquí las tiples y lavanderas resultarían los pocos hombres honrados y trabajadores que restasen por corromper.

Puesto que todo, según queda suficientemente demostrado, ha de salir del trabajo individual, asaltan ahora dos problemas difíciles: Primero, ¿qué precio ha de tener ese trabajo individual para que de él salga la suma de gastos que se necesita hacer para subvenir á las necesidades de la vida? Segundo, ¿cómo se asegurará el trabajo del hombre para que lo encuentre sin interrupción y sin insuperable dificultad?

Al precio del trabajo no debe señalársele límite máximo. Sería la tasa con todos sus inconvenientes. Pero sí debe señalársele el precio mínimo, tanto por ser el indispensable para sub-

venir al mínimo de necesidades, cuanto porque, en el régimen altruísta - individual - socialista que proponemos, es indispensable de todo punto matar el egoísmo de la menospreciadora concurrencia.

En tal virtud, una vez fijada la cantidad indispensable para subvenir al alimento, casa y vestido de cada persona, deberá triplicarse; una para el padre, otra para la madre, y la tercera para la prole; y esa suma habrá de ser el precio mínimo del trabajo.

En Andalucía hay un ajuste de jornal bastante sabio: se funda en el principio que acabamos de exponer, y viene establecido por la costumbre de tiempo inmemorial.

Nos referimos á los jornales con que se paga la recolección de las olivas. No se establece en muchos casos precio determinado, sino el que resulte del precio del pan.

Así, ¿está la hogaza á precio de un real? Pues el trabajador ha de cobrar un real por cada fanega recogida. ¿Está la hogaza á real y medio? Pues cobra la fanega á real y medio. ¿Está á dos reales? Pues á dos reales por fanega, etc.

Nótese que los precios del trabajo, como el

de las cosas, han venido á un estado de anarquía verdaderamente calamitoso, por efecto del egoísmo y la desenfrenada concurrencia. Llega el abuso hasta un extremo, que, de seguir creciendo, no se podrá vivir. No hay régimen de vida estable asegurado. El rico que tiene en el mar cincuenta buques, está á punto de parar en un asilo si otro naviero aumenta una milla el andar de los suyos.

Córrase más y vuélase; pero tomen las Compañías un acuerdo internacional para no bajar de cierto precio remunerativo la tonelada.

Esas competencias egoístas, en último extremo, no benefician á nadie y perjudican á todo el mundo.

En otro tiempo, el valor del trigo servía de norma para establecer el precio de las cosas. Eso en los pueblos agricultores. En los pueblos ganaderos servía de norma el cordero ó la vaca.

Una, dos ó tres vacas era el precio de una mujer ó el precio de un esclavo.

Hoy, el precio de las cosas se fija en el valor del signo del cambio; la plata se ha deprecia-do y no queda más signo de valor que el oro.

¿El oro vale menos? Pues las cosas cues-

tan más oro. ¿El oro vale más? Pues las cosas cuestan menos oro. En virtud de esto resulta que la fijación del mínimo precio del trabajo no puede ser constante.

Cinco pesetas por diez horas de trabajo pueden en un caso ser suficientes para atender á las necesidades de una familia, y ser insuficientes en otro.

Convendría, por tanto, no tomar el oro, sino el valor mínimo del trabajo, como régimen económico.

Difícilísimo es esto, pero no imposible, previo un estudio concienzudo y un acuerdo internacional.

*
* *

¿Cómo se asegura el trabajo del hombre, para que lo encuentre sin interrupción y sin insuperable dificultad?

El problema así planteado descarta todos aquellos casos en que el hombre no trabaja por hallarse impedido temporal ó no temporalmente. Para éstos, el remedio consiste en la asociación más que en la beneficencia.

La beneficencia tiene mucho de caridad; vir-

tud cristiana y sublime, en otro tiempo único amparo de los desdichados, no tiene ya razón de ser.

Bellas eran las *Sigilarias* que poblaban los bosques de las formaciones geológicas secundarias; pero ya no tienen condiciones de existencia; ni las cría el suelo cuaternario, ni hacen falta. Convertidas en carbón con el transcurso de los siglos, son menos bellas; pero forman los lechos hulleros, que mantienen la vida de la industria actual.

Bella la caridad; ni hebreos ni griegos ni latinos, ni Filosofía ni Religión, pudieron proclamar ni establecer principio más excelso; pero ya no sirve: la ha reducido á carbón el egoísmo de los siglos, que la transformó en beneficencia.

Hay que transfigurarla en altruísmo.

La caridad hoy, como todo lo muerto, infesta y mata.

Lo sabemos por sensible experiencia.

Si queréis reducir un hombre á la miseria para toda su vida, socorredlo tres veces.

Si, llevados de un instinto perverso, quisiéramos castigar á un enemigo, no lo mataríamos. Acudiríamos solícitos á él, le proporcionaríamos

mos los medios para satisfacer sus necesidades y aumentar sus caprichos; lo llevaríamos así á que desatendiera su trabajo habitual; le aconsejaríamos que viajara y se divirtiera; y luego que lo tuviéramos bien habituado á la holganza y los placeres de tal régimen de vida, aflojaríamos la mano.

Piense cualquiera en la caída, y qué difícil es el indulto de la pena á que quedaba condenado.

Un individuo se encuentra en un apuro y recurre á un amigo que le saque de él. Le ocurre otro apuro, y no ha pensado en preverlo ni evitarlo; ya no procura darle vado por sí mismo: recurre al amigo, y esta vez se considera con cierto derecho para ser auxiliado. Verifícase así, y crece su imprevisión y su desorden; nuevo conflicto vuelve á aparecer: si de él lo saca mano ajena, ¡pobre hombre!, está perdido para toda su vida.

La caridad pasada y la beneficencia presente, más aquella, algo menos ésta, son fábricas de sinvergüenzas y mendigos.

El que no pueda trabajar por viejo ó por enfermo, ya se sabe el remedio. Á su domicilio el socorro; y no por el sacerdote ni la congre-

gada virtuosa, sino por un trabajador, compañero del impedido, que le lleve la parte que le corresponde de los fondos sociales.

— ¿Y de dónde esos fondos?

Queda declarado: de los trabajadores mismos, de los patronos, de los burgueses, de los fondos malgastados de la beneficencia actual, del Estado, en último término.

La mendicidad es un abuso que debe ser raído de la faz de la tierra.

Es una degradación del hombre y una ignominia de la Sociedad.

Va un trabajador sin acomodo, acompañado de su familia, á uno de esos benéficos lugares en que se da sopa y hasta carne con patatas.

Llega macilento y extenuado. Su mujer sucia, sus hijos harapientos y descalzos.

¡Con cuánto placer los ve salir alegres el filántropo ó la señora caritativa que abandonan su casa y su propia familia para ejercer tan sublime caridad!

Al día siguiente vuelve el mismo hombre, la misma mujer y los mismos hijos. No desmayados, pero igualmente sucios y rotos.

Aprenden el camino. La clientela es segura. Aquella familia no tomará ya otra vereda, ni

volverá á pensar en buscarse trabajo, ni en asearse, ni en cubrir sus carnes mientras cuelguen un pingajo. Y así, acumulándose, de veinte pobres el primer día, llegan á ciento la semana siguiente y á mil al mes. Y los periódicos, informados por los benéficos, publicarán: « Socorridos con alimento en el filantrópico *tal*, en el día de ayer, dos mil quinientos pobres. »

¡Horrible gusanera!

Entremos de lleno en el problema.

¿Cómo asegurar el trabajo, dado el hombre sano y apto?

Desde luego, la contestación más inmediata es la siguiente: primero, como hoy se verifica; por natural convenio entre particular y particular, trabajador y patrono, etc., etc.

— Pero eso no basta. Quedan muchos sin trabajo.

Allá vamos: segundo, por preparación social de trabajo que distribuir en los trabajadores oportunamente.

No deben procurarse milagros, ni menos buscar la solución de las dificultades en cosas del otro jueves ni en inventos ó ideas peregrinas, sino en cosas ya hechas mejor ó peor y ya experimentadas, procurando solamente mejo-

rarlas, proporcionarlas y adaptarlas para corregir sus inconvenientes, y que sean más fáciles y fructíferas.

Hoy día todos sabemos que, cuando por cualquier motivo escasea el trabajo, se *reparten* los trabajadores, ya echándolos como carga sobre los propietarios y labradores, ya sobre los Ayuntamientos y otras corporaciones.

Aquí, pues, lo que resulta es que se *reparten los trabajadores*; que se echan á otra puerta, como se echa el expósito al porche de una iglesia ó al torno de la Inclusa.

Los resultados de la medida los conocemos todos. No hay para qué detenerse en condenarlos ni describirlos.

Pero una cosa es repartir los trabajadores y otra preparar trabajo que repartir á los trabajadores.

En Francia se procuró hacer un ensayo de esto con la idea y los conatos de los talleres nacionales.

No se acertó, como no se acierta generalmente en el primer tanteo.

No se partió del exacto conocimiento diferencial que existe entre repartir los trabajadores y repartir el trabajo,

Pretendía hacerse en los moldes egoístas, candentes entonces con el fuego de la revolución y los vientos de las necesidades perentorias; sin estudio previo, sin preparación; resultando de todo esto que nadie ha vuelto á acordarse, y han hecho bien, de los talleres nacionales, ni á poner el deseo en otra cosa que en pegar puntapiés al pícaro capital. Lo que hace el niño con la piedra con que tropieza en el camino.

Nunca *debe* faltar trabajo, por innúmeros que sean los trabajadores.

La falta de trabajo es un hecho *indebido, inmotivado, innecesario*, dependiente de la pura ignorancia.

Mientras exista monohylógeno, mientras exista luz, mientras exista materia, existirá *cambio*. Si el hombre no tiene qué cambiar, es que no *quiere* ó no *sabe* cambiar.

Hay mucho del no *quiere*, mucho más de lo que se supone. Todos los que arrastran el trabajo como una *pena*, no quieren. Si trabajan, es forzados por la necesidad. Así, consciente ó inconscientemente, aprovechan cualquier pretexto para no trabajar. Ya los días festivos, ya cualquier atención menos sagrada, ya las huel-

gas, ya porque, en efecto, anduvo una mañana buscando su trabajo de impresor ó albañil y no lo encontró á las primeras diligencias.

Obsérvese que, por lo general, los buenos trabajadores son solicitados, y que sólo excepcionalmente tienen ellos que demandar trabajo. Lo común es que les sobre.

Los que tropiezan con dificultades para encontrar trabajo son los zapateros poco hábiles ó exactos, los peores zapateros; y lo mismo carpinteros, tejedores, sastres, etc.

Fuera de crisis determinadas, los que no tienen trabajo, carecen de él más ó menos voluntariamente, ya por falta de diligencia ó de pericia, ya por vicios ó por mal carácter.

La sociedad de los elegidos y mejores debe estudiar este punto, conocer las condiciones de los miembros de sus grupos respectivos y conducirlos, por medio de las enseñanzas técnicas y del pundonor, á mejores caminos.

Suponiendo el caso de crisis, dichas crisis deben ser previstas; y, previstas, evitadas. Muchas crisis pueden evitarse.

Es criminal el que las provoca, ya acaparando las primeras materias, ya monopolizándolas, ya determinando huelgas.

Las crisis provocadas voluntariamente, la ley debe penarlas en sus autores.

Los obreros y los no obreros están interesados en hacer dichas leyes y velar por su cumplimiento.

Hay crisis fortuitas. La Naturaleza no siempre verifica sus cambios tranquilamente y sin tumulto. Pero el hombre debe procurar ser más perfecto que la Naturaleza; y su misión es ésa, mejorarla y perfeccionarla.

El desgraciado á quien arrasa su heredad y su campo una avenida, se queja y clama al cielo. Pero él y sus vecinos, ¿carecen de toda culpa? ¿No habían, por egoísmo, obstruído el cauce de la corriente? ¿Había hecho el debido caso de las amenazas del peligro?

¡Que falta trabajo!

Pues hay medio seguro para que no falte.

Preguntaos á vosotros mismos: — ¿Falta trabajo; puede faltar trabajo, y antes lo segundo que lo primero?

Porque, en efecto, ó falta trabajo, ó puede faltar trabajo. Si lo primero, no esperéis remedio perentorio. No hay purgas de Benito para los males colectivos; tened paciencia y resignación por hoy, y obrad como si os hubieseis

contestado: — Puede faltar trabajo. — Quiere decir: pechen con la imprevisión y con la impotencia de la ignorancia, y procuren poner los medios para obtener la curación mañana, ya que no es posible el mismo día.

Se reduce, por consiguiente, el problema á estudiar, buscar y condicionar los medios para que haya trabajo.

Ciertamente, la preparación es indispensable.

Que hacer, siempre hay.

Necedad decir: — No hay nada que hacer. No tengo nada que hacer.

Tan completa necesidad, ó más completa, en la Sociedad que en el individuo.

El individuo, por desocupado que esté, por cumplida que conceptúe su labor, todavía puede leer un libro, visitar y consolar á un enfermo ó separar cáscaras de fruta en las aceras.

La Sociedad debe estudiar trabajos convenientes que hacer.

Siempre falta alguna carretera, alguna canalización de aguas; siempre hay algún campo yermo que poblar de arbolado, algún desmonte, alguna sima que allanar, alguna laguna que desecar, algunas casas para obreros que construir, etc.

Estudiados y preparados esos trabajos, ú otros, ordenada y reposadamente, caso de crisis, *repártanse* las labores entre los operarios que carezcan de ocupación. Son trabajos de pena; tanto mejor: así no permanecerán en él más que los que verdaderamente no encuentren por sí su labor habitual, más cómoda y más propia.

—¿Y el dinero, y el dinero?

Trabajadores y no trabajadores, burgueses y no burgueses, fondos de calamidades y beneficencia, productos de nuevas leyes sobre testamentación, y el Estado en último término, lo han de proporcionar: son gastos reproductivos. El dinero empleado volverá crecido á las arcas sociales.

Recursos hay. Surgen, además, multitud de combinaciones financieras para facilitarlos.

La dificultad no está aquí. Estriba principalmente en acertar con la organización que haya de darse á las sociedades para atender á sus fines.

Tal problema ha surgido ya espontáneamente, como surge siempre espontáneamente todo lo que está contenido en la naturaleza de las cosas. Pero ha surgido en las colectividades

como cosa sentida, no pensada; como una emoción de fuerte deseo que, unida á la idea de su malestar, ha engendrado una pasión, y esta pasión se determina en dos direcciones: contra el Estado, por creer que el Estado es el culpable: socialistas; contra los que gozan y contra el Estado, por creer que burgueses y Estado son los causantes de los males: anarquistas.

Emocionados y apasionados, jamás harán otra cosa que declamar, amenazar y cometer ciegos excesos. Resulta, por tanto, indispensable observar estos fenómenos pasionales, reducirlos á estudio, y encauzarlos de manera que las ideas transtornadas sean sustituidas por las verdaderas y exactas, para de este modo conseguir el acierto.

Hagamos un recuento de las ideas capitales que han surgido enmedio del clamoreo.

1.^a — Internacionalistas.

La palabra internacional: Quiere decir esta palabra, en los labios de los que la proclaman, que sienten como indispensable, para conseguir los fines á que aspiran, *la constitución de una organización internacional*, ó, lo que es lo mis-

mo, entre todos los miembros de todas las naciones.

Como se ve, esta aspiración es alta y noble en sí; precisamente, es la única fórmula completa de la *fraternidad*.

Inconscientemente, los internacionalistas vienen á ser los fieles testamentarios de la última disposición de la Revolución francesa.

Nótese, además, que son internacionalistas igualmente todos los matices y pseudo-escuelas del socialismo, como todas las pseudo-escuelas y matices anarquistas.

Encontramos aquí, por tanto, una cosa común, una idea mejor ó peor discurrida, en que todos convienen.

Veamos de qué modo late en ellos su alcance y aplicación. Pues encontrándose frente á frente con los diversos Estados constituídos en naciones; viendo en tal disposición un obstáculo poderosísimo, y sólo vencible por fuerzas extraordinarias, el natural impulso los lleva á pretender destruir los Estados con lo que encuentran más á mano y con más fuerza.

Quiere decir: razonan con la lógica inmediata del hombre primitivo.

Después de esa idea primera, universalmente

aceptada, y su engendro deforme *destruir los Estados por la fuerza*, viene una segunda idea: constituir un *solo* Estado socialista, que subvenga á las necesidades de los individuos: *socialismo*.

2.^a — Socialistas.

Ya en esta idea, empieza la divergencia de pareceres, surgiendo varias pseudo-escuelas; y decimos *pseudo*, porque, realmente, ninguna ofrece principio ni sistema.

La última palabra de su cátedra se reduce á decir: — No sabemos lo que queremos ni cómo se ha de obtener, ni nos importa saberlo; despojémonos de todo lo existente, que es perverso, y ya saldrá otra cosa mejor.

En este nihilismo anárquico se funda la última esperanza.

Resumen: *Internacionalistas*, todos. *Socialistas por el Estado*, muchos. *Anarquistas nihilistas*, más.

Ahora obsérvense otros fenómenos.

Los socialistas por el Estado han adoptado cierto régimen de conducta. Han apagado algo el clamoreo. Guardan reserva sobre la declara-

ción de soluciones, que en realidad no tienen, y, en cambio, despliegan actividad prodigiosa en una propaganda de mera organización.

Notable fenómeno, digno de estudio y de alabanza.

Sin duda responde á una sabia idea, formulada seguramente así: — Pues, señor, puesto que el camino no está claro, parémonos; reconcentrémonos, organicemos nuestras fuerzas, aumentémoslas, y entretanto ya aclarará, y, con nuestros poderosos elementos, emprenderemos la marcha después y arrollaremos todos los obstáculos.

Las cosas, antes se sienten que se comprenden; por eso la poesía las indica antes que la Ciencia las explique. La diferencia está en que la poesía las coge al vuelo, sin orden ni sistema, como saltan; y la Ciencia las llega á conocer en sus relaciones, antecedentes y consecuentes. Seguros estamos de que todo el mundo siente hoy que el socialismo está en *treguas*, y que el anarquismo está en *guerra*.

Verdaderamente, la razón socialista se encuentra hoy en gravísimo apuro, entre el socialismo del Estado y otro socialismo ignoto que no sea del Estado.

Ellos, enemigos del Estado, ¿han de venir á ser los fautores de un Estado monstruo, único y grande, en cuyo enorme buche se han de meter Europa y América, la Oceanía y África, y el Asia con la muralla de la China?

Ante tan enorme disparate, no hay pasión que subsista.

El enojo del niño contra la piedra en que tropieza, ha impedido discurrir que el pobre Estado es tan inocente de la culpa de los males sociales, como los individuos que sienten los dolores.

El Estado es la piedra; los individuos los dedos de los pies.

La misma culpa tienen del tropiezo los dedos, que la piedra del dolor. La culpa estriba en la falta de atención y de cuidado y en la sensibilidad orgánica.

Será, pues, conveniente dejar el Estado aparte muy tranquilo y dejarlo donde está, y dejar los individuos ó los dedos con su propia y necesaria sensibilidad, mirando y atendiendo si por ventura las sociedades voluntarias libremente constituídas, *si la sociedad total* que aquéllas forman por virtud de una representación adecuada, pueden ó no pueden resolver el

problema del trabajo y el régimen de sus productos.

En puridad: hay que seguir el orden de la Naturaleza.

El agua es una asociación de oxígeno é hidrógeno. El aire, de oxígeno y ázoe. El protoplasma, de oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe.

Y estas asociaciones se van haciendo de lo más simple á lo más compuesto, de lo menos á lo más; y así se forma un gamo corredor, sin que el Estado quite ni ponga parte á su organismo.

Esto quiere decir sencillamente que los males sociales los han de corregir las sociedades.

Se han de constituir: las sociedades por los individuos, la *Sociedad* por las sociedades.

Y para los individuos, la *Sociedad*.

Sacar todo esto á un golpe de troquel sería pretensión necia.

Sólo Dios sabe el tiempo que tardó la Naturaleza en hacer el hidrógeno, y después el oxígeno, que pesa más, y después el carbono. Sólo Dios sabe el tiempo que costó formar la primera partícula de protoplasma.

No realizaremos una organización social per-

fecta en toda la mitad del siglo que va á cerrar las puertas del presente; pero, entretanto, los males irán disminuyendo á medida de nuestro trabajo y de nuestros merecimientos.

Consideremos los cambios producidos por las conquistas de la civilización. Antes, cada estado de ella estaba amarrado al tiempo y al espacio como el esclavo á la cadena.

La civilización de una tribu quedaba estacionada, en el límite del pedazo de tierra que ocupaba, por tiempo indefinido.

Hoy hay turcos tan civilizados como el inglés más culto; sabios en el Japón, tan sabios como en Viena pueda haberlos. Variará el número, pero no la intensidad.

Á partir de tal hecho, resulta posible la organización internacional, sin que tengamos que apalear al emperador de la China ni arrojarlo del trono.

La sociedad internacional puede tener miembros en todas partes y constituir un poder incontestable, pero sin uñas y sin dientes; será un organismo para el bien.

El organismo de la FRATERNIDAD.

3.^a -- Comunismo.

También esta palabra ha servido y aun sirve de bandera y de programa.

Va cayendo en olvido; pero sigue latente en las masas que se agitan.

Quiere significar la siguiente aspiración, bajo dos formas: una que horripila á los burgueses: quitarles lo que poseen á mano armada, para repartirlo entre los desheredados; otra que ya no les inspira directamente tanto miedo: que nadie tenga nada, que los bienes todos pertenezcan al Estado, y éste, en cambio, abra y llene la boca á cada Juan particular.

De cuanto hemos escrito se desprende que esa aspiración no carece en absoluto de sentido; lo que carece es de falta de conocimiento, y, por consiguiente, de razón y de justicia.

La parte de verdad que entraña, la realización que permite, queda señalada, y ya lo habrá advertido el que haya meditado sobre las ideas emitidas en el presente escrito.

Tiene la primera dirección de la aspiración comunista de cierto y realizable el principio inconcuso de que todo hombre, para ser feliz,

para satisfacer las necesidades fisiológicas de las funciones de su vida, necesita ser poseedor ó *propietario de algo*.

Indispensablemente, y ante todo, *de sí mismo*. Es un derecho y un deber.

Ha de ser dueño de sí propio por la libertad y por su voluntad. Por la libertad, para que nadie pueda dificultarle ni impedirle el uso de sus funciones y derechos naturales. Por su voluntad, para que vicios ó pasiones mal nacidos y peor refrenados no le hagan esclavo de ellos.

Iguales fundamentos declaran que el hombre necesita y debe ser propietario de su trabajo y del producto de su trabajo, de su hogar, de sus vestidos y utensilios, y que éste es el *mínimum* de su necesaria propiedad, sin que este *mínimum* obste para que lo eleve á mayor grado si sus facultades creadoras y productivas se lo permiten.

Absurdo sería que al autor de un cuadro se le dijese :

— Ese cuadro es tuyo; pero todos los demás que inventes ó que pintes serán de los vecinos.

Tan absurdo é imposible de llevar á efecto como si se le dijese:

— Ese primer cuadro que has hecho y todos

los que hagas en tu vida no serán tuyos, serán del común de las gentes.

Porque ¿qué iban á hacer los comunistas con esos cuadros?

¿Llevarlos á un museo público?

¿Y si valían poco ó eran mamarrachos?

Estad tranquilos, pacíficos burgueses. Lo que no puede ser, no puede ser.

Mas medita un poco; salid de vuestro apático egoísmo; id preparándoos para convertirlos en altruístas; aflojad un tanto los cordones de vuestra repleta bolsa, y verted la tercera parte siquiera de lo que gastáis en vanidades, superfluidades y limosnas necias, en las cajas sociales de la Buena Nueva.

4.^a — Anarquismo.

Esta bandera, y esta palabra, y esta idea, es la que tremolan los más desesperados, más amenazadores y más fieros.

Bandera cuyos actos han llegado á tanta insensatez, que repugna, cohibe y acobarda á todos, y á la inmensa mayoría de internaciona-
listas, socialistas y comunistas inclusive.

Encierra, sin embargo, un sentir oculto cierto, horriblemente determinado.

Representa un fenómeno igual, y unos hechos exactamente iguales, á los de los sacerdotes de aquellos tiempos que, inspirados en el sentimiento religioso de sus divinidades, arrastraban al altar las víctimas humanas y les hundían fervorosamente el cuchillo en las entrañas.

El anarquismo, fanático y ciego, significa las últimas sacudidas convulsivas del egoísmo en medio de su estertor.

Es la visión en sombras del Estado actual, que ha de perder multitud de funciones, quedando reducido á un mero punto de engranaje y equilibrio.

Piden la muerte y aniquilamiento total de la primera entidad constitutiva de la Sociedad, del Estado, como si la Sociedad pudiera existir sin personificación que la represente y la mantenga.

Al Estado, la suerte que le toca, es la que han seguido los reyes: de absolutos y dispensadores de todo bien, como de todo mal, han pasado á ser funcionarios inactivos. Y ya conserven el nombre de realeza, ya el de presidente de República, sus facultades se reducen

á un veto casi ilusorio y más ilusorio cada día.

Pues el Estado actual, en su elemento parlamentario y gubernativo, necesita seguir la misma marcha y por igual vereda.

Hoy desempeña las funciones de gran maestro. Cuida de las universidades y de las escuelas, lo mismo de Veterinaria que de Leyes, lo mismo de ingenieros que de cómicos ó cantantes, lo mismo de párvulos que de barbudos.

Lo hace así, porque no hay otro que lo haga.

Lo hace mal, porque no hay otro que lo haga mejor.

El día que una sociedad poderosa se organice especialmente, para atender á esos fines, el Estado aparecerá con uno menos de sus largos y deformes tentáculos. Y esa sociedad, agregada á otra organizada para otro fin, y á otra y otra, y unidas todas, llegarán á constituir un régimen socialista, haciendo al Estado perder, tras el tentáculo atrofiado de la enseñanza, el tentáculo de la beneficencia, y el de la administración de justicia, y el de semipontífice de la Iglesia, etc., etc., quedando reducido á un solo punto donde resida el arca santa de las leyes, la dirección de la fuerza armada

para mantenerlas, y el poder ejecutivo para velar por la seguridad y libertad de todos.

Como se ve, no contiene poco de cordura el anarquismo demente.

Cual queda ampliamente demostrado, la cuestión social ni abarca ni resuelve el problema de la felicidad: sólo puede disminuir un tanto de desdicha.

— ¡Ilusión, utopía, ideal, ideal!

No es nuestro, es el legado por el siglo XVIII al XIX.

Dejadnos con él ó dádnoslo mejor.

FIN

GLOSARIO

GLOSARIO

DE LAS

PALABRAS TÉCNICAS DE QUE NO SE HA PODIDO
PRESCINDIR EN ESTA OBRA

A

Algas. — Vegetales simplísimos, generalmente acuáticos, y muchos de ellos tan pequeños, que, para verlos, se necesita la ayuda del microscopio.

Altruísmo. — Principio moral ó de ética, fundado en el mayor amor á la especie que á sí mismo.

Amibo. — Infusorio rudimentario y sin organización diferenciada.

Autógeno. — Palabra científica que quiere significar: cosa engendrada dentro de uno mismo ó por el mismo autor.

Ázoe. — Gas, llamado también nitrógeno. Cuerpo hasta ahora simple, y que, unido al oxígeno, forma el aire que respiramos.

B

Bohio. — Chozazgo mal fraguado, unido á una corraliza, y donde habitan los negros.

Bosquimán. — Hombre de los bosques. Raza salvaje.

C

Consciente. — Estado en el cual, dado un sujeto, siente que siente, ó siente que conoce, ó siente que desconoce.

Consensus. — Palabra latina adoptada por las ciencias médicas para significar la solidaridad y armonía de las funciones orgánicas entre sí y con la totalidad del sér.

E

Enteleguía. — Palabra usada é inventada por Aristóteles. Pretendía significar lo que poseía en sí el principio de su acción.

Por antítesis, está usada por nosotros, queriendo expresar la idea de *ente fantástico, cosa de fantasía*.

Esporos. — Corpúsculos microscópicos reproductores de las plantas criptógamas.

Ética. — La ciencia de los deberes.

F

Fisiología. — Ciencia de las funciones orgánicas.

G

Génesis. — Creación, origen de algo.

H

Hidrógeno. — Gas. Cuerpo simple hasta el presente, que, unido al oxígeno, forma el agua.

I

Inconsciente. — Estado en el cual, dado un sujeto, ni siente que siente, ni siente que conoce. || Lo que por su naturaleza suprasensible no puede ser sentido ó conocido.

K

Karyokynesis. — Palabra que comprende los varios fenómenos que ocurren en el nucléolo de las células cuando se preparan para la reproducción.

M

Macrocosmo. — Gran cosmos. || El gran mundo. || El conjunto de la Naturaleza.

Medio externo. — Lo que nos rodea inmediata ó mediatamente y que corresponde al gran mundo ó Naturaleza.

Medio interno. — El total contenido en cada sér individual.

Microcosmo. — El pequeño mundo constituido por cada sér orgánico. || El hombre, como tipo de

un mundo completo, contenido en la Naturaleza ó mundo mayor.

Micrografía. — Ciencia que estudia y describe los organismos pequeños que sólo pueden observarse á beneficio del microscopio.

Monogamia. — Relaciones sexuales establecidas entre un solo varón y una sola hembra exclusivamente.

O

Objetivo. — Lo que es visible ó apreciable por los sentidos. || Tiene otras acepciones; pero sólo se ha usado por nosotros en la que queda expresada.

Oxígeno. — Cuerpo gaseoso simple hasta ahora, ó que no ha podido descomponerse. Unido al ázoe, constituye el aire; y unido al hidrógeno, forma el agua. Goza de la propiedad de unirse á la mayor parte de los metales y metaloides, oxidándolos.

P

Patología. — Ciencia que estudia las enfermedades ó los trastornos fisiológicos.

Pécticas. — Glándulas que elaboran la pepsina; fermento que descompone los alimentos para hacerlos digeribles y asimilables.

Protoplasma. — Materia orgánica indiferenciada dotada de vida, envuelta ó no por una membrana

tenuísima ó por una mayor condensación exterior del protoplasma mismo.

Protoorganismos. — Seres vivos sin órganos diferenciados, reducidos á una partícula mayor ó menor protoplasmática.

Protistos. — Seres microscópicos indiferenciados, y que, por tanto, no se pueden considerar como vegetales ni como animales.

Protozoarios. — Seres microscópicos indiferenciados, pero que ofrecen más caracteres zoológicos ó de animales que botánicos ó de plantas.

Pseudopodos. — Infusorios con falsos tentáculos ó miembros aparentes.

Psicofisiología. — Ciencia que estudia las relaciones de la mente con las funciones fisiológicas del cerebro y del organismo humano.

S

Sarcófagos. — Seres que se alimentan de carne.

Sideral. — Mundo universal de los astros.

Sigilarias. — Helechos arbóreos y gigantescos que poblaban la mayor parte de los bosques de la tierra en la segunda época de su formación, y que, reducidos á carbón, constituyen en gran parte los depósitos ó minas de hulla ó carbón de piedra.

Sintomático. — Lo que corresponde á los síntomas, ya de las enfermedades, ó ya señalando algún estado ó cosa.

Subjetivo. — Lo que se ve ó percibe con el pensamiento de un sujeto.

T

Terapéutica. — Ciencia que estudia el tratamiento ó modo de curar las enfermedades.

Z

Zoológica. — Escala: derivada de la palabra zoolo-
logía. Ciencia que estudia el reino animal.
